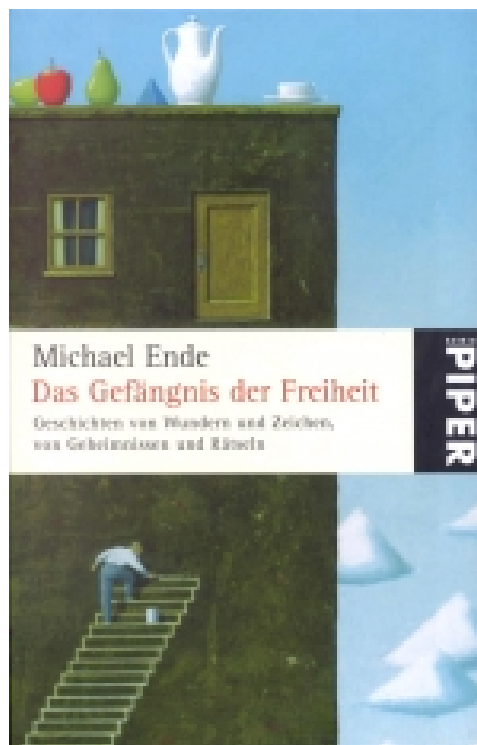


LA PRISION DE LA LIBERTAD
Das gefängnis der freiheit

MICHAEL ENDE



Endeland 2007 <http://endeland.es.tl>

** En la edición original cuenta con notas de Michael Ende

INDICE

La Meta De Un Largo Viaje	3
El Pasillo De Borromeo Colmi	36
La Casa De Las Afueras	41
Sin Duda Algo Pequeño	51
Las Catacumbas De Misraim	58
Notas De Max Muto, Viajero Por El Mundo Del Sueño	78
Cuento De La Mil Y Once Noche	87
La Leyenda De Indicavía	99

LA META DE UN LARGO VIAJE

Con ocho años Cyril conocía todos los hoteles de lujo del continente europeo y la mayoría de los del Próximo Oriente, pero más allá de esto no sabía prácticamente nada del mundo. El portero con librea que en todas partes llevaba las mismas imponentes patillas y la misma gorra de visera era, por así decir, el policía de fronteras y el guardián de su infancia.

El padre de Cyril, lord Basil Abercomby, era miembro del servicio diplomático de su majestad la reina Victoria. La sección en la que trabajaba era difícil de definir: se dedicaba a los así llamados asuntos especiales. En cualquier caso obligaba al lord a desplazarse constantemente de una gran ciudad a otra, sin permanecer nunca más de un mes o dos en el mismo sitio. Por necesidades de su movilidad empleaba el menor número posible de personas a su servicio. Entre ellas se hallaban, en primer lugar, su ayuda de cámara Henry, Miss Twiggle, la institutriz, una señorita madura con dientes de caballo que tenía por obligación atender a Cyril y enseñarle buenos modales, y por fin Mr. Ashley, un joven demacrado y descolorido, si se prescinde de su afición a emborracharse durante sus horas de ocio en soledad y ensimismamiento totales. Mr. Ashley servía a lord Abercomby de secretario privado y al mismo tiempo ocupaba el cargo de tutor, es decir, de profesor particular de Cyril. El interés paternal de lord Basil se agotaba en la contratación de estas dos personas. Una vez por semana cenaba a solas con su hijo, pero como ambos no tenían otro empeño que no permitir que el otro se le acercara demasiado, la conversación se arrastraba más bien con dificultad. Al final padre e hijo se sentían igualmente aliviados de que, una vez más, hubieran superado el encuentro.

Cyril, ya por su aspecto, no se trataba de un niño que despertase simpatías. Su figura era desgarbada -lo que en general sólo se dice de personas mayores-, tenía una constitución huesuda, desprovista de carne, pelo pajizo, incoloro, ojos acuosos algo protuberantes, labios gruesos que expresaban descontento y una barbilla extraordinariamente larga. Lo más curioso, sin embargo, en un muchacho de su edad era la total ausencia de movimiento en el rostro. Lo llevaba como una máscara. La mayoría de los empleados de los hoteles le consideraban arrogante. Algunos -sobre todo las camareras en países mediterráneos- temían su mirada y evitaban encontrarse a solas con él.

Eso era naturalmente una exageración, pero no obstante había algo en el carácter de Cyril que todos los que le trataban notaban y que a todos asustaba: su excesiva fuerza de voluntad. Por fortuna ésta sólo se manifestaba de vez en cuando, pues en general Cyril actuaba con indolencia, no demostraba ningún interés concreto y parecía carecer totalmente de temperamento. Podía pasarse días enteros en el hall del hotel observando a los clientes que llegaban o partían, o leyendo lo que encontraba a mano, ya fuera el periódico financiero o la guía para los baños termales, cuyo contenido olvidaba en el acto. Su actitud arrogante cambiaba radicalmente cuando tomaba una determinación. Entonces no había nada en el mundo que le distrajera de su objetivo. La cortesía distante con la que solía manifestar sus deseos no admitía contradicción. Si alguien intentaba oponerse a sus órdenes alzaba con asombro las cejas y no sólo Miss Twiggle o Mr. Ashley, sino también el venerable y veterano Henry obedecían inmediatamente. Cómo lograba imponerse el niño era un enigma para los que le rodeaban, y él mismo lo consideraba algo tan natural que ni siquiera reflexionaba sobre ello.

En una ocasión en la cocina de un hotel, en la que merodeaba de vez en cuando para desesperación de los cocineros, vio una langosta viva y al instante ordenó que fuera trasladada a su bañera. Así se hizo, a pesar de que el crustáceo había sido encargado por un huésped para la cena. Cyril estuvo observando durante media hora a la extraña criatura, pero como ésta no hacía más que mover de tiempo en tiempo sus largas antenas, perdió el interés y se marchó, olvidándola. Por la noche, al ir a bañarse, la descubrió de nuevo. La sacó al pasillo y la dejó allí. El animal se arrastró debajo de un armario y no volvió a aparecer. Unos días más tarde el olor insoportable alarmó al personal del hotel, que tuvo alguna dificultad para dar con el origen de aquella pestilencia. Otra vez Cyril obligó al jefe de recepción de un hotel danés a construir con él durante varias horas un hombre de nieve, que luego debió ser transportado al hall donde se derritió lentamente. En Atenas, después de un concierto de piano en el salón del comedor, hizo subir al pianista con el piano de cola a su habitación, donde exigió al desafortunado artista que le enseñara sin dilación a tocar el instrumento. Al comprender que necesitaba alguna práctica cogió una rabieta, a consecuencia de la cual sufrió especialmente el piano. Tras esta escena cayó enfermo y pasó varios días en cama con fiebre. Cuando lord Basil se enteraba de estas excentricidades de su hijo, solía parecer más divertido que enojado.

Es sin duda un Abercomby, era su indiferente comentario. Seguramente quería decir que en la larga serie de sus antepasados había existido toda clase de locura y que los caprichos de Cyril no podían medirse por el rasero de la gente corriente.

Cyril había nacido, por cierto, en la India, pero apenas si recordaba el nombre de su ciudad natal o algo del país. Su padre estaba entonces destinado en el consulado. Sobre su madre, lady Olivia, Cyril tan sólo sabía lo que lord Basil le había contado una vez, con palabras más que breves, en respuesta a sus preguntas. Lady Olivia se había fugado con un violinista a los pocos meses de nacer su hijo. Evidentemente el padre no apreciaba en absoluto las conversaciones en torno a este tema, por lo cual el hijo no volvió a tocarlo. A través de Mr. Ashley se enteró más tarde de que no se había tratado de un violinista cualquiera, sino del entonces famoso virtuoso Camillo Berenici, el ídolo de las damas de toda Europa. Esta relación romántica, sin embargo, se había disuelto al cabo de un año, como suele ocurrir con este tipo de aventuras. Mr. Ashley parecía relatar la historia con evidente placer, aunque quizá estuviera un poco bebido y por lo tanto se sintiera especialmente locuaz. El escándalo social -continuó Mr. Ashley- había sido considerable. Lady Olivia se retiró por completo del mundo y vivía en casi total soledad en una de sus propiedades del sur de Essex. Lord Basil, por cierto, no se había divorciado nunca de ella, pero había quemado todos sus retratos y daguerrotipos, y jamás pronunciaba, si se exceptúa la citada ocasión, su nombre. Cyril, pues, desconocía incluso el aspecto de su madre.

La razón por la que Abercomby llevaba a su hijo en sus viajes por el mundo en vez de meterle en uno de los internados que correspondían a su clase no estaba muy clara y daba pie a numerosas conjeturas. Entre ellas, desde luego, no figuraba el amor paterno, ya que era sobradamente conocido que lord Abercomby, dejando a un lado sus obligaciones diplomáticas, sólo se interesaba por su colección de armas y objetos militares, que completaba con adquisiciones en todo el mundo y enviaba a Claystone Manor, la casa solariega de la familia, para gran incomodidad del viejo criado Jonathan, que ya no sabía qué hacer con ellas. El motivo de lord Abercomby lo originaba

simplemente su preocupación de que lady Olivia tomara contacto con su hijo en cuanto él se distrajera y no controlara la situación. Era, pues, cuestión de evitar esa posibilidad, y no por el muchacho, sino como castigo a su esposa por la ofensa que le había infligido. Esta misma razón le hizo eludir en todos esos años volver a Inglaterra, salvo breves estancias de pocos días debidas a asuntos profesionales, durante las cuales dejaba a su hijo en el extranjero al cuidado del servicio.

En una de estas ocasiones el muchacho sorprendió a sus educadores en una situación extremadamente delicada. Ocurrió una noche en que Cyril se despertó por una razón indeterminada y llamó a su institutriz, que dormía en la habitación contigua. Como no recibía respuesta se levantó para ver qué pasaba. La cama de Miss Twiggle estaba intacta. Cyril salió en su busca. Al pasar delante de la habitación del tutor oyó extraños gemidos. Abrió con cuidado la puerta. Lo que vio le interesó. De modo que entró sin ser notado y, tras tomar asiento, se dedicó a observar atentamente la escena. Mr. Ashley y Miss Twiggle, semidesnudos, rodaban entrelazados por la alfombra como en un combate de lucha libre. Mientras él gruñía, ella chillaba. Encima de la mesa había una botella de whisky vacía y dos vasos casi llenos. Al cabo de un rato los dos combatientes fueron calmándose y se quedaron por fin quietos, jadeando. Cyril tosió discretamente. La pareja se incorporó sobresaltada y le miró con acalorada expresión. El chico no sabía cómo explicarse la escena, pero leyó en la mirada de la pareja vergüenza y sentimiento de culpabilidad. Eso le bastó. Se puso en pie y sin decir palabra volvió a su habitación. Ninguno de los dos hizo referencia a lo sucedido en los días siguientes. También Cyril guardó silencio. En el comportamiento, ya de por sí inseguro, de la institutriz y el tutor se mezcló a partir de entonces una especie de sumisión que Cyril disfrutaba. Aunque no sabía muy bien a qué se debía, se percataba por completo de que moralmente tenía a ambos en sus manos. Para acentuar la distancia entre ellos y él, insistió en cenar solo. No le molestaba en absoluto que todos los comensales le miraran de reojo o descaradamente como si fuera un bicho raro. Después de la cena solía sentarse una o dos horas en el salón. Si Miss Twiggle le rogaba con timidez que se marchara a la cama, la mandaba callar y retirarse. Ocupaba su sitio en el salón como alguien que está matando el tiempo hasta que le llegue el momento de actuar. Y, en efecto, Cyril esperaba. En el fondo esperaba desde que había venido al mundo, pero no sabía qué esperaba.

Esta incógnita se despejó una tarde en el hotel Inghilterra de Roma, cuando al pasear por los pasillos alfombrados oyó desde una ventana tapada por grandes palmeras un sollozo estrangulado pero lastimero. Se acercó con sigilo y descubrió a una niña de aproximadamente su edad que con las piernas encogidas se acurrucaba en un sillón de cuero y apretaba la cara contra el respaldo deshecha en lágrimas. El espectáculo de una explosión tan desenfadada de sentimientos le resultó nuevo y sorprendente. Durante un rato contempló a la niña en silencio y por fin preguntó:

-¿Puedo ayudarle, señorita?

La niña volvió su rostro deformado por el llanto, le fulminó con la mirada y le espetó:

-¡No me mires con esos ojos tan estúpidos y tan saltones! ¡Déjame en paz!

Había hablado en inglés, pero con una modulación curiosa que Cyril desconocía.

-Lo siento, señorita -contestó con una ligera reverencia-. No quería molestarla.

Ella parecía esperar que él se marchara, pero Cyril no se movió.

-¡Lárgate! -bufó ella-. Preocúpate de tus asuntos.

A pesar de lo grosero de sus palabras, el tono ya era menos antipático.

-Sin duda -dijo Cyril-. La comprendo perfectamente, señorita. ¿Me permite sentarme un momento?

Le echó una mirada dubitativa, pues no estaba aún muy segura si se reía de ella o no. Luego alzó los hombros.

-Haz lo que quieras. Los sillones no son míos.

Cyril se sentó enfrente de la niña, mientras ella se limpiaba la nariz.

-¿Alguien le ha hecho daño, señorita? -preguntó por fin.

La niña bufó:

-Sí, mi tía Ann. Me convenció de que la acompañara en este horrible viaje por Europa. Llevamos casi cuatro meses fuera de casa. ¡Cuatro meses! ¿Comprendes? Dice que lo ha pagado todo por adelantado y que no quiere tirar el dinero por la ventana. Dice que lo hace por mí.

Cyril reflexionó un momento; luego dijo:

-No entiendo, la verdad, lo que eso tiene de doloroso.

-¡Ah! -exclamó ella impaciente-. Tengo ganas de volver a casa, unas ganas terribles.

-¿Ganas? ¿de qué? -preguntó Cyril sin comprender nada.

La niña siguió parlotando como si no hubiera oído la pregunta:

-Si al menos me dejaran volver sola. No pretendo que me acompañen. Cogería el primer barco y regresaría a casa. Me da igual lo que dure el viaje con tal que la dirección sea la adecuada. Enseguida me sentiría mejor, cada día un poquito mejor. Papá y mamá me recogerían en Nueva York porque yo no conozco muy bien los trenes.

-¿Está usted enferma, señorita? -preguntó Cyril.

-Pues... ¡sí!... ¡No!... ¡Yo qué sé! -le miró irritada-. En cualquier caso estoy segura de que si no vuelvo inmediatamente a casa me moriré.

-¿No me diga? -exclamó él interesado-. ¿Y por qué?

Entonces ella le habló de un pequeño pueblo en el oeste de Estados Unidos donde vivían sus padres con sus dos hermanos más pequeños, Tom y Aby, y con Sarah, la negra vieja y gorda que sabía tantas canciones y cuentos de fantasmas, y su perrito Fips que cazaba ratas y una vez había atacado a un tejón. Y le habló del gran bosque situado tras la casa, en el que había bayas especiales, y de un cierto Mr. Cunnigle que tenía una tienda en el pueblo vecino, donde se podía comprar de todo y donde olía a esto y a aquello, y de otras mil cosas insignificantes. La niña se fue entusiasmando al hablar; le hacía bien enumerar cada detalle, aunque careciera de importancia.

Cyril la escuchaba e intentaba descubrir lo que había de especial en aquel lugar que justificara que alguien no quisiera estar lejos de él, ni siquiera unos meses. La niña parecía sentirse comprendida, pues al final le agradeció su interés y le invitó a visitarla cuando fuera por allí. Luego la pequeña se marchó consolada y aliviada. Cyril no se había enterado ni de su nombre.

Al día siguiente la niña probablemente había emprendido viaje con su tía, ya que Cyril no la encontró por ninguna parte y no quiso preguntar por ella. En el fondo le daba igual. Lo que le interesaba era el extraño estado de ánimo de la niña, que ella misma había definido como nostalgia, palabra que a él no le decía nada. Por primera vez comprendió confusamente que no había tenido nunca algo parecido a un hogar ni ninguna cosa por la que hubiera podido sentir nostalgia y pena. Le faltaba algo, sin duda, pero no estaba seguro de si eso era positivo o negativo. Decidió investigar el asunto.

No habló de ello ni con Mr. Ashley ni con Miss Twiggle, y aún menos con su padre, pero empezó a buscar el trato con desconocidos. más tarde o más pronto solía llevar la conversación al tema del hogar. Le daba lo mismo que se tratara de niños o de damas y caballeros de edad, de la camarera, el botones o el director del hotel, pues pronto constató que a todos, sin excepción, les gustaba hablar de ese tema y que a menudo una sonrisa iluminaba sus rostros. A algunos les brillaban los ojos y se volvían muy locuaces, otros caían en la melancolía, pero todos daban gran importancia al asunto. Aunque los detalles diferían, los relatos se asemejaban en cierto sentido. Nunca tenían un rasgo único, especial, algo que justificara tanto derroche de sentimientos. Y aún otra cosa le llamó la atención: el hogar no precisaba estar por fuerza en el lugar donde se había nacido. Tampoco coincidía con el lugar de residencia actual. ¿Qué rasgos lo caracterizaban y quién los determinaba? ¿Lo decidía cada cual según su capricho? ¿Por qué él no disponía de un hogar? Era evidente que todos los seres humanos, excepto él, poseían algo como un santuario, un tesoro cuyo valor no resultaba tangible ni mostrable, pero que constituía una realidad. La idea de que precisamente él estaba excluido de esa posesión le pareció insoportable. Estaba decidido a conseguirla a cualquier precio. En algún lugar del mundo, sin duda, existía también para él ese tesoro.

Cyril obtuvo de su padre el permiso para realizar excursiones fuera del hotel. Su padre le otorgó el permiso con la condición estricta de que esas excursiones se realizaran en compañía de Mr. Ashley o de Miss Twiggle, o de ambos a la vez.

Al principio salieron los tres juntos, pero Cyril pronto se cansó de esto, pues sus educadores solían dedicarse, en especial, el uno al otro. Miss Twiggle daba muestras de sufrir, por razones inexplicables, en presencia de Mr. Ashley. Todas sus palabras contenían un reproche hacia él. Mr. Ashley, en cambio, le contestaba con ironía y

frialdad. Cyril no sentía especial afecto por ninguno de los dos, pero puesto a elegir -y parecía inevitable- Mr. Ashley se aproximaba más a sus proyectos. Para sorpresa y también un poco de fastidio del tutor, acostumbrado a dedicarse fuera de su horario de servicio y de clases a sus diversiones, no siempre muy decorosas, Cyril se empeñó en acompañarle a todas partes. Mr. Ashley, que desconocía los verdaderos móviles de su pupilo, suspiraba en secreto, pero al mismo tiempo se sentía orgulloso, ya que creía que el súbito interés del muchacho por el país y la gente era el resultado de sus esfuerzos pedagógicos de los últimos años.

Al principio se limitó a mostrarle las avenidas principales y las plazas, los palacios, iglesias, ruinas de templos y otros monumentos, que en aquel tiempo formaban parte del acervo cultural de todo viajero inglés. Cyril contemplaba todo con intensa atención, pero lo que veía le dejaba indiferente. Para satisfacer las inarticuladas expectativas del muchacho, Mr. Ashley le llevó a zonas menos conocidas por él, como los barrios periféricos y pobres, las zonas portuarias y las tabernas, y le llevó asimismo fuera de las ciudades, a las montañas y las bahías, los desiertos y los bosques. Durante estas expediciones surgió entre ellos algo similar a una relación de camaradería, que por fin indujo a Mr. Ashley a conducir a su alumno no sólo a combates de gallos y carreras de galgos, sino también a funciones de cabaret y a otros entretenimientos de aún más dudosa índole. Cuando creyó estar seguro de la discreción de Cyril, y ya que no podía deshacerse de él de ningún modo, le condujo incluso a casas de mala nota, en las que el muchacho aguardaba a su profesor en el salón hasta que éste volvía de su acuciante conversación a solas con una de las damas allí empleadas.

Cyril tomaba nota de todo con rostro impenetrable, pues ya había aprendido a través de sus innumerables investigaciones que el hogar de cada uno podía estar en cualquier lugar. En vano, sin embargo, esperaba sentirse alegre o triste en alguno de estos sitios. Nada de lo que veía tenía el menor significado para él. Esta revelación se la guardó para sí.

Las dudosas excursiones de estudio, por supuesto, no le pasaron desapercibidas al padre de Cyril. La noticia de ellas se había extendido por toda la sociedad victoriana, despertando un considerable escándalo. Pero, como sucede a menudo, lord Abercomby no se había enterado de nada. Una tarde, pocos días después de haber cumplido Cyril los doce años, padre e hijo coincidieron en un establecimiento del mundo frívolo de Madrid, muy de moda en la época. El chico estaba sentado en el salón en un diván oriental, rodeado de drapeados, plumas de pavo real y señoritas en négligé que charlaban animadamente con él -cómo no- sobre sus respectivos hogares. Lord Basil pasó delante de su hijo sin decir palabra, como si no le conociera, y abandonó el lugar del vicio. Al día siguiente durante el té de las cinco Cyril se enteró de que su tutor había sido despedido. Entre padre e hijo no se habló ni una sola palabra sobre el episodio, pues los tiempos eran muy puritanos. Dos días más tarde Miss Twiggle, con expresión impávida pero con la nariz colorada de llorar, se despidió del lord. A solas con Cyril le confesó lo siguiente: “Seguramente no comprenderás lo que pasa, querido. Has de saber que Max..., quiero decir Mr. Ashley, es el primer y único amor de mi vida. Le seguiré a donde vaya, en la necesidad y en la muerte. Piensa en mí cuando tú también ames un día.” Luego intentó despedirse de él con un beso, lo que Cyril evitó con éxito.

La búsqueda de un nuevo tutor y de una nueva institutriz resultó ser innecesaria, ya que tres semanas después lord Abercomby recibía telegráficamente la noticia de la muerte

de lady Olivia tras una larga enfermedad, tal vez contraída en la India. Padre e hijo viajaron de inmediato al sur de Essex y tomaron parte en el solemne funeral que, como parecía previsible, se desarrolló bajo una torrencial lluvia. Era la primera ocasión en que Cyril pisaba Inglaterra. Si acaso aguardaba que le invadieran sentimientos hogareños se vio frustrado en sus esperanzas. También la mansión de los Abercomby, Claystone Manor, adonde viajó a continuación con su padre, fue una decepción. El caserón gigantesco, oscuro, repleto de armas, que comparado con los grandes hoteles internacionales no ofrecía ninguna comodidad y en el que se pasaba constantemente frío, le resultó ajeno por completo.

Lord Abercomby silenció ante su hijo que su madre, que no le había visto nunca, a excepción de los primeros meses después de su nacimiento, le había declarado heredero único de todos sus bienes. Abercomby decidió comunicarle este hecho el día de su mayoría de edad para evitar así posibles sentimientos de agradecimiento filial. Su decisión formaba parte del castigo -póstumo en este caso- a su esposa infiel.

Una vez desaparecida la necesidad de llevar a su hijo en todos sus viajes, lord Abercomby le metió inmediatamente en una de esas famosas instituciones educativas de las clases altas, el college de E., donde los niños ingleses se convierten en caballeros ingleses. Cyril se adaptó con indolencia despectiva a los rigores pedagógicos, dando a entender a sus compañeros y, sobre todo, a sus profesores que no les tomaba demasiado en serio. Como por otro lado era un excelente alumno -hablaba ya en aquel tiempo ocho idiomas impecablemente-, se le consideraba una lumbrera en el college, aunque nadie sentía por él mucho afecto. Al terminar el colegio pasó, según correspondía a su rango, a O., en cuya universidad empezó a estudiar filosofía e historia.

Al cabo de unos cursos -y curiosamente, de nuevo, poco antes de cumplir años, los veintiuno- recibió la visita inesperada de Mr. Thorne, el abogado de la familia. El venerable caballero tomó asiento en una silla resoplando y comenzó a preparar con rebuscadas palabras al joven para recibir una "trágica noticia", como la calificó. Durante una cacería de zorros en las proximidades de Fontainebleau, lord Abercomby había caído del caballo, con tan mala fortuna que se había roto el cuello. Cyril recibió la noticia imperturbable.

-Ahora sois no sólo el heredero del título de vuestro padre, sino también el único heredero de las fortunas paterna y materna, de las propiedades mobiliarias e inmobiliarias de ambos, ya que sois, mi querido y joven amigo, el único heredero de ambas familias -dijo Mr. Thorne secándose el sudor de la frente y la papada con un pañuelo-. Me he permitido traeros todos los documentos, cuentas y balances para que, si lo deseáis, os hagáis una idea del estado de vuestra fortuna.

Mr. Thorne atrajo un pesado maletín hacia sí y lo alzó sobre sus rodillas.

-Gracias -dijo Cyril-, no se moleste.

-Oh, ya comprendo -respondió Mr. Thorne-. Lo resolveremos más adelante. Perdonadme, no quería ser desconsiderado. ¿Tenéis algún deseo especial con respecto a la ceremonia del entierro?

-No, que yo sepa -contestó Cyril-. Lo dejo todo en sus manos. Ya sabrá usted lo que hay que hacer.

-Sin duda, milord. ¿Cuándo deseáis partir?

-¿Adónde?

-Bueno, pues al entierro de vuestro padre, supongo.

-Mi querido Mr. Thorne -dijo Cyril-, no veo por qué debería asumir tal responsabilidad. Odio ese tipo de ceremonias. Haga usted con el cadáver lo que estime oportuno.

El abogado tosió, su rostro se congestionó.

-Bien, sin duda -dijo luchando por no ahogarse-. Es un secreto a voces que entre vos y vuestro padre no existía... ¿cómo diría?... una relación perfecta, pero no obstante, creo que ahora que ha fallecido, perdonad que me permita recordaros que hay algo llamado la obligación filial.

-¿Ah, sí? -preguntó Cyril enarcando las cejas.

Mr. Thorne abrió indeciso el maletín y lo volvió a cerrar.

-No me interpretéis mal, milord, la decisión es vuestra. Sólo quería llamar la atención sobre el hecho de que la opinión pública observará todos los detalles de tan magno acontecimiento.

-¿Ah, sí? ¿Usted cree? -comentó Cyril aburrido.

-En fin -dijo Mr. Thorne-, por lo que se refiere a los asuntos de la herencia propongo...

-Venda todo -le interrumpió Cyril.

El abogado le miró estupefacto, con la boca abierta.

-Sí -dijo Cyril-, me ha comprendido usted bien, mi querido amigo. No deseo quedarme con nada. Convierta todo lo que no sea dinero en dinero. Sin duda sabrá usted mejor que nadie cómo hacerlo.

-¿Queréis decir -balbució Mr. Thorne- que venda las fincas, los bosques, los castillos, las obras de arte, la colección de vuestro padre. . . ?

Cyril asintió brevemente.

-Fuera con todo. Véndalo.

El viejo abogado jadeaba como un pez fuera del agua. Su rostro se puso de color violeta.

-Sería necesario recapacitar un poco, milord. Os halláis en un estado anímico peculiar...

Para decirlo con toda claridad, milord: no podéis hacer algo así. No puede ser. De ninguna manera. Desde hace cuarenta y cinco años soy abogado de confianza de la familia y tengo que deciros que... iría contra todas... Os ruego que no olvidéis que se trata de los bienes que vuestros antepasados acumularon durante siglos... Escuchad, Cyril, si es que me permitís llamaros así, estáis moralmente obligado a dejarlos en su día a vuestros propios descendientes.

El joven lord se volvió de espaldas con brusquedad y miró por la ventana. Fríamente, pero con evidente impaciencia en la voz, respondió:

-No tendré descendencia.

El abogado levantó sus gordas manos en ademán de protesta.

-Querido muchacho, a vuestra edad no se sabe con esa seguridad... Podría ser que...

-No -le interrumpió Cyril-, no podría ser. Y no me llame querido muchacho -se volvió hacia el abogado y le miró distante-. Si tiene usted escrúpulos insuperables, Mr. Thorne, sin duda será fácil encontrar a otra persona que se encargue de mis asuntos. Buenos días.

Mr. Thorne, enfadadísimo por el descarado tratamiento que había recibido, sin merecerlo en absoluto, decidió no aceptar aquel “encargo inmoral y sin conciencia”. Pero en su viaje de regreso a Londres su excitación cedió a reflexiones más claras y razonables. Después de discutir el asunto durante dos días con sus socios, Saymor y Puddleby, llegó a la conclusión de que el margen de beneficio que podía esperarse legalmente sólo por las comisiones de ventas de tan gran magnitud superaba de modo considerable todo el perjuicio que por participar en el previsible escándalo sufriría su hasta ahora intachable nombre profesional.

En un documento rebotante de cláusulas dirigido al joven lord, Mr. Thorne y Co. se declararon dispuestos a ejecutar las transacciones necesarias. A vuelta de correo recibieron la firma de Cyril Abercomby y la liquidación pudo comenzar.

Cuando la opinión pública se enteró del asunto -era difícil de evitar- se desencadenó un vendaval de protestas. No sólo la aristocracia y las clases altas del Reino expresaron unánimemente su repulsa ante una falta tal de sentido de la tradición y de la clase, la cuestión se debatió también durante días en el Parlamento, e incluso entre las clases bajas abundaron las acaloradas discusiones en torno al tema de si un personaje de tal calaña merecía llamarse súbdito de su majestad. Sin embargo, desde un punto de vista legal no existía ningún impedimento a este “saldo de la cultura y la dignidad inglesas”, como lo definieron varios periódicos. Mr. Thorne y Co. con prudente previsión ya se habían encargado de que así fuera.

A Cyril mismo el escándalo suscitado le conmovió poco. Había interrumpido inmediatamente los estudios recién empezados y se había marchado del país. En los próximos años viajó sin rumbo preciso, guiado por el capricho y el azar, por ciudades y países del mundo, pero no como en tiempos de su padre exclusivamente por Europa y el Próximo Oriente, sino también por Africa, India, América del Sur y el Lejano Oriente. Se aburría mortalmente en estos viajes, pues ni los paisajes ni los monumentos, ni los

océanos ni las costumbres de pueblos desconocidos le despertaban algo más que un interés superficial, que apenas merecía que abandonara por él las comodidades de los grandes hoteles. Al no hallar el secreto de la propia pertenencia a algo en este mundo, las demás maravillas del universo carecían de voz y significado para él.

Su único acompañante en este vagabundeo era un criado llamado Wang que había comprado en Hong Kong al jefe del sindicato del opio. Wang poseía la facultad, rayana casi en lo sobrenatural, de no existir cuando no se le necesitaba, pero estar inmediatamente presente cuando su amo requería sus servicios. Parecía incluso conocer de antemano sus deseos, por lo que apenas si intercambiaban unas palabras.

En un primer momento la aristocracia inglesa había boicoteado por tácito acuerdo la venta de los bienes Abercomby, pero pronto tuvo que revisar su actitud. Aparecieron numerosas gentes interesadas del extranjero que con sus ofertas hicieron subir los precios. Cuando un millonario americano del caucho llamado Jason Popey compró sin pestañear Claystone Manor con todo lo que rodeaba la mansión y cuanto contenía - incluido el viejo mayordomo Jonathan-, el orgullo nacional recibió un verdadero golpe. Para salvar lo que aún podía salvarse, se inició una carrera de las familias ricas y poderosas de Inglaterra dispuestas a salvar lo que aún no se había vendido. Hay que decir en honor de Mr. Torpe y Co. que siempre prefirieron a estos últimos compradores, aunque tuvieran que rebajarles algo los precios. En cualquier caso, tres años después de la muerte del viejo lord, Cyril pertenecía ya a la lista de los cien hombres más ricos del mundo, al menos por lo que se refiere a su cuenta bancaria.

El escándalo se fue apagando y la sociedad encontró otros temas de conversación. La única pregunta que de vez en cuando inquietaba los espíritus -sobre todo de las madres de hijas casaderas- era qué haría Cyril Abercomby con esas cantidades ingentes de dinero. Se sabía que no se dedicaba al juego ni a las apuestas de ningún tipo. Tampoco tenía pasiones caras, como por ejemplo coleccionar jarrones Ming o joyas indias. Se vestía impecablemente pero sin ostentación. Vivía de acuerdo con su rango, pero siempre en hoteles. No mantenía una amante cara, ni se dedicaba a otros vicios más discretos. ¿Qué se proponía hacer con el dinero? Todos, incluido él mismo, lo ignoraban.

Durante la década siguiente Cyril continuó su inquieta vida viajera. Se había acostumbrado de tal modo a lo que él definía como su “búsqueda”, que le resultaba una manera de vida normal. Naturalmente ya había perdido la esperanza ingenua de sus años de juventud de encontrar algún día lo que buscaba. Es más, ya no lo deseaba y hubiera sido un engorro encontrarlo. Definía su situación con la fórmula siguiente: la longitud del camino se halla en proporción indirecta a la posibilidad de desear alcanzar la meta. Según su opinión esta fórmula contenía toda la ironía de la búsqueda humana. El verdadero sentido de toda esperanza era que ésta permaneciera siempre sin cumplir, ya que la satisfacción, a fin de cuentas, desembocaba en una decepción. Sí, el mismo Dios hacía bien en no cumplir nunca las promesas realizadas al género humano desde el principio de los tiempos. Supongamos que un día tuviera la desafortunada idea de cumplir su palabra y que el Mesías volviera efectivamente por las nubes; que el Juicio Final se llevara a cabo y que la Jerusalén Celestial descendiera de verdad de las alturas. El resultado no sería más que un fracaso de dimensiones cósmicas. Dios había dejado a sus creyentes esperar demasiado y cualquier acontecimiento, incluso el más espectacular, sólo despertaría un generalizado: “Ah, ¿y esto es todo?” Por otro lado, sin

duda era muy sabio por parte de Dios (suponiendo que existiera) no revocar ninguna de sus promesas. La esperanza, ella sola, mantenía en marcha el mundo.

Para un hombre como Cyril, que había desenmascarado así el juego del destino, no era, naturalmente, fácil continuar jugando. Pero Cyril lo hacía y además con cierto placer burlón. Era consciente de ser uno de esos eternos insatisfechos que se han imaginado los océanos más grandes, las montañas más altas, los cielos más lejanos, pero por ello no se sentía desgraciado. Sólo que su indiferencia hacia el mundo y los hombres abarcaba ahora también su propia vida: ya no le importaba mucho, sin sentir por eso el deseo de librarse de ella.

Cyril Abercomby se había instalado en esta actitud vital, más o menos cómodamente, pues también se puede instalar uno en la provisionalidad. Paradójicamente había conseguido la seguridad, pues aparte del aburrimiento, era inasequible a cualquier sufrimiento. Al menos eso creía hasta aquella tarde en Francfort del Meno, en la que cambiaron algunas cosas para él.

Desde hacía tiempo no era invitado casi nunca a reuniones sociales. Si las reglas de la etiqueta burguesa o aristocrática no lo requerían absolutamente, se prefería prescindir de su presencia, pues era notorio que por su comportamiento excéntrico y sus comentarios despiadados terminaba con cualquier conversación y disipaba toda cordialidad.

Es improbable que el consejero de Comercio Jakob Von Erschl actuara con desconocimiento de la mala fama que precedía por todas partes a lord Abercomby. Quizá pensara que su autoridad personal bastaría para dominar situaciones en las que otros fracasaban; quizá pretendiera, sobre todo, entablar relaciones de negocios con el riquísimo inglés -el consejero de Comercio poseía uno de los bancos privados más florecientes de Alemania-; sea como fuere, envió al lord una nota al hotel Zum Romer invitándole a una “cena en el círculo íntimo de amigos del arte y de la música”. El “Von” en su nombre era, por cierto, tan reciente como su mansión, un edificio de ladrillos de estilo neogótico, situado en las afueras de la ciudad en un magnífico parque. Cyril aceptó la invitación.

Antes de la cena, fraulein Isolde, hija de la casa, una muchacha gordita, con trenzas, cantó varios lieder de un compositor -prometedor, como se dijo- llamado Joseph Katz, que también se encontraba entre la docena de invitados. Resultó ser un caballero pequeño, entrado en carnes y totalmente calvo, de unos cincuenta años, que durante el recital mantuvo los ojos cerrados y las manos juntas sobre los labios. Un teniente alto, con condecoraciones en el pecho, acompañó al piano a la cantante, que tenía una voz bonita pero un poco débil.

El aplauso fue prolongado y cordial. Tan sólo Cyril no participó en él. Herr Katz besó la mano de fraulein Isolde una y otra vez, inclinándose para recibir los aplausos. La esposa del consejero de Comercio, que llevaba una pequeña diadema de brillantes en lo alto de su peinado, sudaba visiblemente en su entusiasmo por el talento de herr Katz.

-Nosotros, los alemanes -dijo volviéndose hacia Cyril-, somos el pueblo que ha producido todos los compositores verdaderamente grandes. Incluso Handel, que es reclamado como suyo por los ingleses, vuestros compatriotas, es de origen alemán. Tenéis que reconocerlo, milord.

-Desde luego, madame -contestó secamente Cyril-. Sin duda tenía todas las razones para emigrar.

Con esta respuesta de apertura la velada tomó un rumbo imparabile hacia la catástrofe. Aunque herr Von Erschl intentara con todos sus recursos diplomáticos dar a las conversaciones un giro humorístico, la atmósfera de la reunión cayó bajo el punto de congelación. La cena aún no había llegado al postre y ya se cernía sobre los presentes un silencio glacial. Cyril, con su instinto clarividente para los puntos débiles de los demás, había conseguido ofender a cada uno de los comensales reunidos en torno a la mesa.

Cuando por fin sirvieron el café y el coñac y, para las damas, el licor de menta, el consejero de Comercio ofreció mostrar su colección de pinturas a los aficionados al arte entre sus invitados. Todos aceptaron; también lord Abercomby, para desesperación tácita de los demás.

Al final de varios pasillos y de un invernadero, los invitados llegaron a una especie de puerta blindada provista de varias cerraduras, palancas y ruedas. Herr Von Erschl utilizó un gran llavero y luego giró las palancas y las ruedas en un orden determinado.

-Como se trata de valores considerables, hay que tomar, por desgracia, tantas medidas de precaución -fue su comentario.

Una vez abierta la puerta, el grupo entró en un gabinete sin ventanas iluminado por lámparas de gas adosadas a las paredes. Cuadros de todos los tamaños, en pesados marcos dorados, colgaban uno junto al otro. Con evidente orgullo de propietario, el consejero de Comercio mostró primero las piezas maestras de su colección, el Retrato de un viejo con pipa de Rembrandt, un Pequeño entierro de Jesucristo de Durer, unos apuntes a la sanguina para una Virgen con el niño de Rafael y el Retrato de un comerciante desconocido de Tiziano, sin olvidar en cada caso de dar el precio que había pagado por la obra. Los cuadros restantes eran en su mayoría obras de autores contemporáneos, en gran parte escenas de género y representaciones históricas o mitológicas como Sansón y Dalila, La muerte de Sigfrido o El viejo Fritz y el molinero. Los precios -también citados en estos casos- eran naturalmente más modestos.

-Lo considero como una inversión -explicó, excusándose, el consejero de Comercio-. Desde luego hay que asumir un cierto riesgo en este tipo de especulaciones. Pero según la opinión de los expertos que he consultado, por supuesto, antes de comprar, su valor subirá de modo considerable.

Después de que los invitados expresaran debidamente su admiración ante las obras, todos volvieron al salón. Al cabo de un rato el anfitrión notó la falta de lord Abercomby.

-¡Dios mío! -dijo en voz baja a su hija-. ¿No le habré encerrado por descuido en el gabinete?

-Dame las llaves -dijo ella también en voz baja-. Veré si está allí. Tú ocúpate de tus invitados, papaíto.

Efectivamente, Isolde halló al lord en el gabinete de los cuadros, pero éste no parecía haberse dado cuenta de que había sido olvidado allí. Estaba inmóvil, sumido en la contemplación de un cuadro. Ella se le acercó y le miró por encima de su hombro, pero tampoco de eso pareció darse cuenta.

-Es un cuadro curioso, ¿verdad, milord? -dijo-. Se titula La meta de un largo viaje. Quizá me podáis explicar por qué se llama así.

Como lord Abercomby no reaccionara, la muchacha continuó en tono ligero:

-Mi padre lo trajo hace unos años de Nápoles. Un marqués arruinado se lo dio a cambio del saldo de sus cuentas. Su nombre, si mal no recuerdo, era Tagliasassi o algo parecido. ¿Conocéis quizá a esa familia, milord?

El silencio obstinado del invitado empezaba a ponerla nerviosa.

-Si os molesta mi charla, decídmelo. ¿Creéis que este cuadro es valioso? Seguramente sois más entendido que ninguno de nosotros. Sin duda tiene un valor: el de ser raro. Nos han dicho que sólo existen veinte o treinta cuadros de este artista. Se llama... Esperad un momento. Isidorio Messiú. ¿Habéis oído alguna vez este nombre? ¿No? Nosotros tampoco. Papá dice que quizá se trate de un artista alemán. Pero por qué residía precisamente en Nápoles es una incógnita. Por cierto, todos sus cuadros son extraños: iglesias que explotan, palacios de los muertos, ciudades fantasma... Yo soy una chica ignorante y no entiendo de estas cosas, pero ¿no creéis que debía de estar loco?

Cyril seguía inmóvil y fraulein Isolde pensó que no la había oído. Por encima de su hombro, también ella miraba fijamente el cuadro. No era muy grande, al menos al compararlo con otras piezas de la colección. Quizá sesenta centímetros de ancho por ochenta de alto. Representaba un desierto pedregoso bajo la luz extremadamente clara de la luna, aunque no se veían en el oscuro cielo nocturno ni luna ni estrellas. Extrañas formaciones montañosas cerraban hacia el fondo un amplio valle, en cuyo centro se alzaba una roca gigantesca en forma de seta, carcomida por oquedades y cuevas.

Ningún camino conducía a la cumbre de esta roca cristalina, ninguna escala o escalera, ningún ascensor comunicaba el valle con la terraza superior de la roca. Se alzaba sobre ella con innumerables torrecillas y cúpulas, ventanales y balcones, un palacio de ensueño, construido con piedra lunar lechosa, iridiscente y semitranslúcida. En los nichos de los muros y encima de las balaustradas de las terrazas había esculturas blanquecinas como huesos, bien reconocibles a pesar de su tamaño diminuto. Había caballeros con barba y fantástica armadura junto a hadas coronadas de flores, dioses con cabezas de animales y demonios, penitentes con capucha y reyes con corona; había bufones, ángeles, tullidos y parejas de amantes, niños jugando al corro y ancianos doblados por la edad. Cuanto más descansaba la mirada sobre el lienzo, tantos más detalles aparecían, como si fuera inagotable, al igual que las imágenes proliferantes del sueño y del delirio. Todas las ventanas del palacio estaban brillantemente iluminadas, como si tras ellas tuviera lugar una espléndida fiesta a la luz de las velas. Pero sólo en una ventana, situada sobre la gran puerta de entrada, cerrada, se distinguía la silueta de un hombre, con la mano alzada en ademán de saludo o rechazo.

-¿Podéis imaginar -continuó fraulein Isolde, acercándose más a su invitado- que a mi madre le espanta este cuadro? Pasa siempre muy deprisa ante él. ¿No lo habéis notado? Os confesaré, milord, que a mí me sucede lo mismo. Me parece siniestro. Tiene algo... ¿cómo decirlo? Ayudadme, milord, decidme qué impresión os causa.-Isolde le miró de reojo y se asustó-. ¿Qué os sucede, milord? ¿Lloráis?

Cyril se apartó bruscamente de ella y salió con pasos rígidos del gabinete. Fraulein Isolde le siguió con la vista, consternada. Unos momentos después apareció su madre.

-Hijita, ¿qué haces? -exclamó-. Todos te están esperando; desean que cantes otra vez. También herr Katz lo desea. ¿Dónde está ese horrible inglés? ¿No estaba aquí?

-Sí -dijo Isolde mirando a su madre con los ojos muy abiertos-. Imagínate, mamá, estaba en silencio delante del cuadro y las lágrimas le corrían por las mejillas. Lord Abercomby lloraba, yo misma lo he visto.

Madre e hija volvieron con sus invitados y relataron lo sucedido. Lord Abercomby se había marchado sin una palabra de explicación o de agradecimiento. Lo sucedido era un nuevo testimonio de su carácter excéntrico: en esto todos los demás invitados, que en esta velada, excepcionalmente, no tenían dificultades para encontrar un tema de conversación, se mostraban de acuerdo.

A la mañana siguiente el consejero de Comercio recibió una carta de lord Abercomby que no contenía ni la más mínima expresión de disculpa por su inadmisibles conducta, pero sí una petición breve, formulada casi en tono de orden, para que le vendiese enseguida el lienzo de Isidorio Messiú titulado La meta de un largo viaje. El lord estaba dispuesto a pagar por él cualquier precio.

Jakob Von Erschl le contestó con la misma brevedad y contundencia diciéndole que no pensaba en absoluto vendérselo.

Aquella misma tarde, en su palco de la ópera -sobre el escenario unas corpulentas damas con cola de sirena cantaban Wagalaweia-, informó a su esposa con breves palabras de la pretensión de lord Abercomby.

-¿Por qué no le vendes el cuadro? -le preguntó ella en voz baja-. A mí no me gusta y a ti tampoco te interesa mucho. Si su oferta es realmente... adecuada...

-¡No le vendería ni mis pantuflas! -contestó él indignado.

-¿Por qué no? -preguntó ella-. Algunos ingleses tienen spleen.

-Algunos ingleses -dijo él- creen que uno sólo piensa en el dinero. Quizá sea así en la pérfida Albión, pero aquí, en Alemania, aún creemos en los ideales.

Su esposa le miró de reojo. Conocía bien su expresión cuando se obstinaba.

-Tienes toda la razón, Jakob, querido -dijo conciliadora-. Además, nos sobra el dinero.

-Ese británico arrogante debe aprender que no todo se compra con dinero en este mundo -gruñó herr Von Erschl.

Se asomó desde el palco vecino un caballero con monóculo y les lanzó una mirada reprobadora. La esposa del consejero de Comercio dio unos golpecitos en la rodilla de su marido e hizo “¡chiss!”. Luego ambos dirigieron su atención de nuevo a las damas con cola de sirena del escenario que seguían cantando Wagalaweia. No se habían perdido nada .

En casa, a la misma hora, fraulein Isolde, recostada en su récamier y con la barbilla apoyada en la mano se contemplaba pensativa en el gran espejo de su dormitorio. Se había excusado de ir a la función de ópera alegando sentirse indispuesta. Deseaba estar sola para aclarar sus agitados sentimientos.

Se dice que los hombres están indefensos ante las lágrimas femeninas, porque, con total desconocimiento de su verdadero significado, las equiparan a las suyas propias. Suponiendo que esta afirmación sea cierta, hay que añadir que las mujeres en este punto poseen un instinto más sutil. Precisamente porque intuyen la diferencia del significado entre sus lágrimas y las de los hombres no pueden sustraerse a su poder. Un rostro pétreo de hombre por el que corre una lágrima derrite cualquier corazón femenino.

Fraulein Isolde había contemplado en un momento de clarividencia la verdad sobre Cyril Abercomby. Ahora sabía que era un ángel caído que -como el Lucifer de Dante- espera en el eterno hielo de su soledad ser redimido por el amor de una mujer. En todas las novelas que Isolde había leído el parámetro para la magnitud de un amor era el sufrimiento que ocasionaba. Sabía, o intuía, que le costaría indecibles penalidades salvar al ángel caído de sus tinieblas y se preguntaba si tendría suficientes fuerzas para ello. Una y otra vez se miraba inquisitivamente en el espejo. El rostro inocente y rollizo de jovencita no pegaba en absoluto con la dificultad de la empresa. Pero ya cambiaría. Pronto el dolor espiritualizaría sus rasgos, pronto tendría un verdadero destino y sus amigas la admirarían.

Lord Abercomby contemplaba el Francfort nocturno por la ventana de su lujosa suite en el hotel Am Romer. El criado Wang le trajo silenciosamente la cena, pero su amo la rechazó con la mano, sin volverse siquiera. El criado, siempre guardando el mismo silencio, se llevó todo otra vez. ¿Qué tenía aquel cuadro que le había impresionado tanto, que le había -literalmente- conmocionado? No se trataba, desde luego, de su valor artístico, aunque éste era considerable. Las cuestiones artísticas no interesaban a Cyril más que de un modo tangencial. No, se trataba de otra cosa. Aquel cuadro contenía un mensaje personal, incluso íntimo, para él; un mensaje que no comprendía -al menos de momento-, pero que, como sabía con claridad meridiana, estaba dirigido a él y sólo a él entre todos los habitantes de la Tierra, un mensaje a través de los siglos que no concernía a nadie más que a él. En la realidad exterior no había encontrado nada a lo que sentirse unido, como otros seres humanos se sentían unidos a su patria. Nunca se le había ocurrido buscarlo en el mundo de lo imaginario, del arte. Y ahora se encontraba inesperadamente, cara a cara, con su secreto más íntimo. Saber que se hallaba en manos extrañas y que podía ser contemplado por ojos extraños y estúpidos le producía casi malestar físico, como a un amante celoso la exhibición del cuerpo desnudo de la amada.

Todos los esfuerzos de Cyril, cada fibra de su -como ya sabemos- considerable voluntad

se dirigieron desde ese instante a esta única meta. Al igual que el montón de limaduras de hierro que se ordena hacia un polo gracias a la fuerza del imán, su vida hasta ahora caótica encontró de golpe su centro mágico. El título del cuadro, La meta de un largo viaje, tenía para él un significado muy personal. Deseaba ese cuadro. Necesitaba poseerlo a cualquier precio. Y ya de antemano sabía que alcanzaría su objetivo, right or wrong.

El rechazo de su oferta de compra le había asombrado, pues la suma que estaba dispuesto a pagar era sin duda enorme. Sin embargo, las dificultades espolearon su espíritu combativo y le confirmaron en su decisión.

Durante las siguientes semanas bombardeó al consejero de Comercio con ofertas cada vez mayores -a menudo varias veces al día-, hasta que las sumas alcanzaron proporciones verdaderamente absurdas. Al principio creyó que el sentido comercial del banquero prevalecería sobre todas las demás razones para no venderle el cuadro, pero el banquero ya ni le contestaba. Cyril comprendió al fin que el obstáculo no era el precio, sino él mismo como comprador. Sin duda herr Von Erschl hubiera cedido el lienzo en condiciones justas a cualquier otro que le interesara. A él no se lo vendería, por motivos personales.

Para evitar ese obstáculo, Cyril encargó la compra del cuadro a varios galeristas famosos. Uno de ellos acudió expresamente desde París a su llamada. Bajo la condición de no descubrir en ningún caso su nombre a lo largo de las negociaciones, les dio plenos poderes. Pero, por supuesto, Jakob Von Erschl se percató de la estratagema y el intento fracasó.

Cyril comprendió que el reto al que se enfrentaba era mayor de lo que había imaginado. El destino había decidido, según parecía, ponerle a prueba y el consejero de Comercio con su cerrazón no era más que su obtuso instrumento. Pues bien, si la lucha iba a ser a vida o muerte, él, Cyril Abercomby, estaba dispuesto a ello. En la guerra todos los medios que conducen a la victoria están justificados. Y como el destino, según se veía, no era muy sutil en la elección de sus armas, él no se sentía obligado a tener escrúpulos morales.

Cyril viajó a Londres y se presentó ante uno de los directores del Banco de Inglaterra solicitando una entrevista “para un asunto muy personal”. Como era uno de los clientes más ricos del banco fue recibido inmediatamente y con la mayor deferencia.

El director en cuestión se llamaba John Smith y, como su nombre, todo en él era de una perfecta mediocridad. Tenía alrededor de cincuenta años, un rostro vacío, insignificante, y su traje, su figura y su bigotito eran absolutamente inanes; el camuflaje perfecto. El único rasgo personal era un pequeño tic en el párpado derecho, que de vez en cuando se estremecía de modo involuntario.

Los dos hombres se sentaron el uno frente al otro en los profundos sillones de un despacho forrado de madera. Mr. Smith ofreció puros y jerez y durante un rato se habló del tiempo, que para esta época del año -principios de marzo- era extraordinariamente cálido. Luego hubo una pausa. Cyril por fin rompió el silencio:

-¿Puedo dar por sentado que nada de lo que tratemos aquí saldrá al exterior?

-Naturalmente, milord -contestó Mr. Smith-. ¿Qué puedo hacer por vos?

-¿Le suena el nombre de Jakob Von Erschl?

-Naturalmente, señor. Se trata del banquero de Francfort, ¿no? Uno de nuestros mejores socios en el continente. Aunque desde hace sólo unos años. No es una firma antigua; ya sabéis lo que quiero decir.

Cyril chupó de su cigarro y expulsó el aire formando anillos de humo.

-No parece sentir gran simpatía por nuestro país.

-Es posible, señor, pero los negocios y la simpatía no tienen por qué coincidir siempre.

Cyril asintió pensativo.

-Usted, por supuesto, conoce la situación de mi fortuna. Si no me equivoco, mis medios me permiten empresas de algún alcance.

-No os entiendo, señor.

-Quiero saber, Mr. Smith, si mi dinero me da la posibilidad de arruinar a herr Von Erschl.

El director miró a su interlocutor sin expresión alguna durante unos segundos. Luego se puso en pie y fue a coger unas carpetas finas de una pequeña caja fuerte, escondida detrás de la madera de la pared. Echó una mirada a los documentos, tomó un sorbito de jerez y carraspeó.

-Me temo, señor, que no va a ser fácil.

-Por eso estoy aquí -contestó Cyril un poco irritado.

-La primera posibilidad que hay que considerar en estos casos -explicó Mr. Smith- consiste en sondear la situación personal, es decir, la situación sociomoral de la persona en cuestión. Casi todos tienen pequeños secretos que prefieren no dar a conocer a la opinión pública.

Y el director esbozó una sonrisa que dio paso de inmediato a su expresión neutra. Su ojo derecho parpadeó.

-¿Quiere usted decir que debo emplear unos detectives? -preguntó Cyril.

-No sería necesario, señor. Tenemos por costumbre estar informados acerca de cada uno de nuestros socios más importantes, también y especialmente sobre su vida privada. Es una pura medida de seguridad, como comprenderéis. Por nuestros informes, sin embargo, puedo decirle que herr Von Erschl no es muy interesante en este sentido.

Entre nosotros y con la máxima confianza: de vez en cuando suele pasar con otros socios ciertas tardes con damas venales, pero no del rango que correspondería a su nivel social. Parece incluso tener una tendencia hacia -¿cómo decirlo?- las aventuras eróticas francamente baratas. No sabría decir si por espíritu de ahorro o por gusto. Con esto se le podría ocasionar alguna incomodidad social y familiar, milord, pero para lo que os proponéis no creo que baste. Lo siento mucho, señor.

-Bien -dijo Cyril-. Veamos ahora la posibilidad de llevarle a la bancarrota financiera.

El párpado derecho de Mr. Smith se estremeció.

-¿Tan lejos queréis ir, milord?

-¿Y por qué no?

-Perdonad, señor, pero al fin y al cabo no se trata de vuestro sastre o del frutero de la esquina. Las dimensiones son, al menos, inusuales -de nuevo el director se sumergió en sus documentos-. Sin duda, milord, vuestra fortuna os ofrece posibilidades considerables. Utilizando con cuidado y cálculo vuestros recursos podéis producir a vuestro contrincante un daño nada desdeñable. Con un poco de suerte incluso conseguiríais ponerle fuera de combate financieramente. Os tengo que advertir, sin embargo, que nosotros no lo permitiremos.

-¿Acaso por razones morales? -preguntó Cyril con sonrisa sardónica.

-Oh, no, señor. El Banco de Inglaterra no se considera el depositario de la moral...

-Eso suponía -le cortó Cyril.

-... pero tenemos cierto interés en mantener la estabilidad del Banco Erschl. Al menos por el momento. Lo siento, señor.

-Con otras palabras: también tendría que enfrentarme a ustedes.

-Algo así, señor, aunque sólo de manera indirecta. Están en juego prioridades internacionales, políticas y económicas.

Cyril giró la copa de jerez entre sus dedos.

-Dice usted que “por el momento”, Mr. Smith. Supongamos que las prioridades se alteran. Supongamos que entonces lo intente otra vez.

-Comprendo, señor -respondió el director-. Herr Von Erschl tiene fama de poseer una cabeza muy capacitada en su terreno. Os hablaré claro, milord. No podéis entrar en un duelo de ese calibre solo, es decir, sin un asesoramiento adecuado. Nosotros, siento decirlo, no estamos en situación de proporcionároslo. Tendríais que contratar especialistas que fueran verdaderamente capaces de desarrollar y ejecutar planes de altos vuelos. En varios países a la vez. Esta gente, aparte de los conocimientos técnicos, debería poseer la falta de escrúpulos necesaria para no echarse atrás ante nada. Por otro

lado su lealtad a vos, señor, tendría que ser incuestionable, pues en caso contrario vuestro contrincante podría volverlos fácilmente contra vos. Os diré sin tapujos que sería muy difícil encontrar tipos así.

-Supongamos que los encuentro -dijo Cyril-. ¿Cuánto tiempo tardarían en acabar, según sus cálculos, con el Banco Erschl?

-Bueno, señor, requeriría cierta paciencia por vuestra parte. Estas empresas no triunfan de la noche a la mañana, si es que triunfan.

-¿Cuánto tiempo?

-Es difícil de precisar. Habría que considerar las circunstancias.

-Bien, pero ¿cuánto tiempo?

Mr. Smith parpadeó nerviosamente.

-Creo, señor, que en el mejor de los casos serían cuatro o cinco años, pero probablemente habrá que contar con más años para un plan de esta envergadura.

-Demasiado tiempo -exclamó Cyril furioso.

Mr. Smith pareció aliviado.

-Eso pienso yo, señor. Sería como la labor de toda una vida. Y nadie podría predecir si al final no os arruinaríais vos mismo. Resultaría muy doloroso. Permitidme una pregunta: ¿por qué razón os proponéis tal plan?

-Estoy decidido a adquirir cierto objeto de este hombre, pero él se opone obstinadamente a vendérmelo, sea cual sea la suma que le ofrezca.

-Oh, en efecto, un asunto engorroso, señor.

-Le obligaré a esa venta de un modo u otro, se lo aseguro.

-No lo dudo, señor. ¿De qué objeto se trata?

-De una obra de arte -dijo Cyril, y poniéndose en pie cogió su sombrero y su bastón.

Mr. Smith se quedó sentado y le miró.

-¿La Mona Lisa quizá, señor, o la Venus de Milo?

-No, no -contestó impaciente Cyril-. Es un cuadro sin importancia.

-¡Oh! -exclamó Mr. Smith parpadeando.

Al acompañar a su cliente hasta la puerta, en un vano intento por bromear, observó:

-¿No sería más fácil, milord, casarse con la hija del propietario del cuadro? ¿O, si el sacrificio os parece excesivo, hacer robar la obra por unos ladrones avezados?

Cyril se quedó un momento inmóvil; luego alzó la cabeza y salió sin despedirse. Mr. Smith cerró la puerta, se dejó caer en su sillón y, perdido en reflexiones, sacudió la ceniza de su cigarro en la copa de jerez.

Naturalmente, Cyril no había tomado las últimas palabras del director más en serio de lo que éste había pretendido, al menos de momento. Durante su viaje de vuelta a Francfort surgieron una y otra vez en su mente como moscas molestas. Incluso aparecieron en sus sueños. La idea de robar o hacer robar el cuadro ejercía una fatal atracción en él. Sus intenciones eran imprecisas, como si se mantuvieran en vilo, pues para un plan concreto le faltaba toda premisa.

Cuando regresó a su suite de lujo del hotel Am Romer, Wang le entregó una nota en papel rosa que olía a violetas, un perfume que Cyril aborrecía. La carta había sido entregada por una persona desconocida en la recepción. En caligrafía recargada, de colegiala, contenía las siguientes palabras:

Tú que no has encontrado el alma gemela, que caminas por sendas perdidas, ¿no has visto la flor a tu paso?

Aquí florece un corazón humano que te entiende.

Una amiga.

A pesar de, o quizá precisamente por, el anonimato pudoroso no fue difícil para Abercomby acertar quién era la remitente de la nota. Este inesperado giro de los acontecimientos le venía como anillo al dedo. Para mayor seguridad encargó a Wang que descubriera cuándo solía salir fraulein Isolde von Erschl de su casa. Y en una de esas ocasiones le entregó, a través de un botones del hotel, una cartita en la que le pedía una cita y que firmaba como “un amigo de las flores”. Cuando la muchacha leyó la misiva se ruborizó y sin titubear entregó al mensajero un sobre, preparado desde hacía tiempo, por lo que parecía. Cyril halló en él indicados un sitio y una hora.

La primera cita tuvo lugar, muy prosaicamente, a las diez de la mañana y, para colmo, en una repostería de las afueras. Transcurrió como suelen transcurrir inevitablemente tales encuentros, con rigidez y formalismo. Isolde, en su timidez, no sabía qué cara adoptar y Cyril ocultaba con dificultad la sensación de ridículo que le producía la situación. Sin embargo, a esta primera cita siguieron otras y, poco a poco, la atmósfera se fue distendiendo.

Cyril se esforzó, en la medida de sus posibilidades, por seducir el corazón de la muchacha, o, dicho con palabras menos eufemísticas, en conseguir que obedeciera a sus intenciones. Una vez obtenido esto ya tenía, por así decir, un pie en la puerta del gabinete de arte de Erschl. La única dificultad estribaba en su escasa experiencia en el arte de la seducción, al menos en lo que se refería a sus posibilidades personales en este terreno. Su aspecto exterior, como él muy bien sabía, no resultaba atractivo para las mujeres. Hasta el momento nunca había invertido su sentimiento y su inteligencia en empresas eróticas, pues su trato esporádico con el sexo femenino se había limitado a

puras transacciones comerciales mediante el empleo de su dinero en los barrios más oscuros de las ciudades que visitaba. Quien ha de mentir convincentemente por fuerza ha de conocer la verdad, y él nunca se había interesado por ella. Así que de forma provisional se atuvo a las convenciones de la galantería. Regalaba enormes ramos de rosas rojas, joyas y perfumes caros y se inventaba con gran dificultad frases halagadoras y originales. Al mismo tiempo se sentía fatal, y no porque mintiera, sino porque notaba que lo hacía como un principiante.

De nuevo circunstancias con las que no contaba vinieron en su ayuda. Pronto descubrió que era innecesario esforzarse. Resultaba evidente que la muchacha, en lo que se refería al cortejo masculino, estaba mimada hasta el hastío y esperaba de él todo menos excesos sentimentales o arranques amorosos. Al contrario, cuanto más reservado o indiferente se mostraba él, más entregada e incluso sumisa se volvía ella. El papel que la joven deseaba interpretar en esta historia, como le dio a entender más o menos a las claras, era el de la mujer que sufre y se sacrifica. Comprensiblemente, a Cyril le costó poco darle gusto.

Como ella tenía reparos en visitarle en su hotel, por el temor a que la viera algún conocido, lord Abercomby encargó a su criado alquilar un apartamento como nido de amor. Estaba adornado con palmeras, divanes amplios, mesitas turcas, cortinas de terciopelo y figuritas lascivas de biscuit. La casa, además, poseía varias salidas. El servicio, constituido por un matrimonio de edad, vivía de la discreción y por eso era de confianza.

En su primera noche de amor, como la llamó Isolde, aunque hubiera tenido lugar a las tres de la tarde con las cortinas echadas, resultó que ella era aún virgen. Diez minutos después de dejar de serlo murmuró al oído de Cyril:

-Ahora soy tu esposa, amado mío. Te he sacrificado lo más valioso que tenía para demostrarte mi amor. ¿Me crees ahora?

Él se liberó de su abrazo, encendió un puro, soltó unos cuantos anillos de humo y respondió:

-Si algún día llego a creer en el amor me tragaré una libra de estricnina, me pegaré un tiro en la boca y, al mismo tiempo, me tiraré al vacío desde una torre bien alta para no sobrevivir.

Ella lloró un poco, pero en el fondo se sintió feliz, porque su respuesta testimoniaba de nuevo lo importante que era la labor de salvación que se disponía a llevar a cabo con él.

Desde aquel momento se convirtió en una regla fija de su relación que él exigiera cada día distintas demostraciones, cada vez más arriesgadas, de su amor incondicional y que ella se sometiera a su voluntad cada vez con menor resistencia. En este altar ella fue sacrificando paso a paso su autoestima y su sentido del pudor y la moral. Si su amante vivía en el centro tenebroso de su maldición -pensaba la joven-, ella debía de andar el camino hasta allí para rescatarle, aunque fuera con los pies descalzos y sangrando. Por fin disponía de material para anotar en su diario, y sus lágrimas cayeron en más de una página.

En una ocasión Cyril expresó el deseo de que ella le entregara todas las llaves de la mansión paterna, incluidas las del gabinete de arte.

-¿Para qué? -preguntó la joven-. ¿Qué quieres hacer con ellas?

-Nada -respondió él-. Sólo deseo ver si yo significo más para ti que tus padres.

-Por favor, amor mío, no me pidas eso.

Él sonrió torcidamente.

-Oh, ya veo. Olvídalo. Podía haberlo imaginado.

-Al menos explícame lo que pretendes. No lo entiendo.

-Ahí está la cosa, querida niña. Para mí hubiera significado mucho que estuvieras dispuesta a hacer algo por mí sin comprender por qué y para qué. No hablemos más de ello.

Isolde estaba desesperada. La evidente decepción de Cyril ponía en peligro todos sus esfuerzos. Sentía que se le escapaba y eso era insoportable. En el fondo ¿qué más daba entregarle las llaves?

-Bien -dijo por fin-, en cuanto se ofrezca una ocasión lo haré. Espero que mi padre no lo note.

Cuatro días después le trajo las llaves. El consejero de Comercio había salido de viaje y las había dejado en su escritorio.

-Cuando vuelva preguntará inmediatamente quién las ha cogido -dijo ella preocupada-. Y entonces ¿qué?

-No preguntará nada -replicó Cyril-, porque para entonces ya habrás devuelto las llaves a su sitio. Yo sólo quiero ver si por amor a mí eres capaz de robarle a tu padre. Has aprobado el examen.

Ella se lanzó en sus brazos, le cubrió de besos y balbució:

-Gracias, gracias, querido.

Más tarde, mientras Isolde tomaba un baño, Cyril hizo cuidadosos moldes de cera de todas las llaves. Cuando se separaron ese día, ella llevaba orgullosa y feliz el llavero en su bolso, nuevamente a casa. No sabía que aquél había sido su último encuentro con lord Abercomby.

Los verdaderos maestros entre los ladrones de arte se encuentran, como sabe todo el mundo, en Italia. Y la creme de la creme del oficio se halla, como también es notorio, en Nápoles.

En aquel tiempo vivía allí uno de estos virtuosos del oficio, con renombre internacional,

aunque nadie sabía con exactitud cómo se llamaba, ya que oficialmente había cierta confusión acerca de su verdadero nombre. La lista empezaba con Abacchiu, Rosario y pasaba por Pappalardo, Nazareno di hasta Zanni, Eliogabale por todas las letras del alfabeto. Para simplificar se le llamaba en círculos enterados er professore.

En efecto, este personaje había conseguido en media hora arrancar de la pared de la iglesia de Santa Maria della Montagna en Castell Ferrato un fresco de Giotto de tres por cinco metros sin dañarlo. Luego lo había transportado al otro lado del Adriático, donde le esperaba un príncipe montenegrino que lo quería para adornar la capilla de su castillo.

Había más proezas legendarias en su biografía, aunque probablemente eran en gran medida pura invención. Sin embargo, el resto bastaba para justificar su fama e inducir a lord Abercomby a entrar en tratos con él.

Er professore era un hombre pequeño, muy ágil, de alrededor de cuarenta años, con manos de una delicadeza femenina y, cosa rara para un napolitano, pelirrojo. Vivía en una magnífica villa, en la que su extensa familia se ocupaba de un modo u otro. Al círculo de sus clientes y patronos pertenecían, además de unos notables de la Camorra, ministros y cardenales e incluso varios directores de museos nacionales e internacionales, ya que había (y hay) ciertas transacciones cuyo desarrollo legal sería muy complicado. La policía se mantenía muy discreta en sus pesquisas sobre er professore. No le podían demostrar nada y tampoco se esforzaban demasiado en ello.

Una tórrida tarde de agosto, lord Abercomby se hallaba frente a frente con este especialista en la sombreada terraza de su villa. Las cigarras daban un atronador concierto y en las proximidades murmuraba un surtidor. Del tema de la conversación sólo se enteraron ellos dos, pero en el curso de este diálogo Cyril le entregó a su anfitrión las llaves de la mansión Erschl, que había mandado hacer según los moldes de cera, y un plano de la casa que había obtenido a través de las oficinas de la construcción urbana de Francfort. El lugar donde se hallaba el cuadro deseado estaba marcado con tinta roja. A continuación Cyril le dio un paquete que contenía el adelanto en libras esterlinas. Su contemplación volvió al maestro, hasta entonces algo escéptico, súbitamente aquiescente. Cuando se enteró de los honorarios que su cliente estaba dispuesto a pagar a la entrega del cuadro, sus ojillos veloces empezaron a brillar de amor propio profesional. (Por cierto, conocía el cuadro de Isidorio Messiú, propiedad del marqués Tagliasassi, y en su opinión la oferta era totalmente desmedida, pero eso, como es lógico, se lo calló, pues no se trataba de su dinero, aún no.)

Cyril se había presentado al professore bajo el nombre de Brown, ya que quería mantener secreta su identidad en este asunto. Er professore, claro está, sabía que el nombre era falso -el que se hace llamar Brown, en general, se llama de otra manera y probablemente no existe nadie que en realidad se llame Brown- y Cyril comprendía que él lo sabía. Pero este hecho no influyó en absoluto en la relación de confianza necesaria para el negocio. Acordaron que la mercancía deseada sería entregada el 15 de septiembre a las seis de la tarde en determinada posada de Estambul llamada Golden Horn. Luego ambos hombres se separaron satisfechos.

Todo transcurrió como se había apalabrado. El Golden Horn resultó ser una casa de citas, cuya clientela se reclutaba entre las prostitutas del barrio. Cyril y er professore se

encontraron en el último piso, en una habitación llena de cucarachas desde cuya ventana se divisaba, por encima de los tejados, el Bósforo.

Después de que el cuadro fuera desembalado y entregado, y una vez pagados los honorarios estipulados, el italiano titubeó al despedirse.

-No sé si tendrá alguna importancia para usted, Mr. Brown -dijo al fin-. Se ha producido un desgraciado incidente en la consecución del cuadro. Como su socio en este negocio creo que es mi obligación informarle -al ver la expresión de sorpresa de su interlocutor se apresuró a añadir-: Oh, no me interprete mal. No deseo conseguir un dinero extra. Estoy más que contento con lo que he obtenido. Se trata en realidad de... un trágico accidente totalmente imprevisto. Sin duda entra en el círculo de mis riesgos profesionales y, desde luego, me responsabilizo de ello por completo. No quiero estropearle el placer en la adquisición de esta obra de arte, Mr. Brown, pero ha de saber usted que debe mantener secreta su posesión al menos durante los próximos diez años. Para ser breves: ha venido a mezclarse en el asunto un socio que no es fácil de evitar. ¿Sabe usted a quién me refiero?

-¿La muerte? -preguntó Cyril.

Er professore se santiguó y suspiró. Su rostro adoptó un aire dolorido.

-No estaba previsto en nuestro plan que el consejero de Comercio en persona apareciera de pronto en el gabinete de arte a las dos de la madrugada, cuando debería encontrarse durmiendo profundamente. Insistió en impedirnos abandonar el gabinete y empezó a gritar. Mis dos ayudantes tuvieron que reducirle. Le maniataron y le amordazaron. Créame, Mr. Brown, no queríamos hacerle daño, pero, ¡por la sangre de san Jenaro!, ¿cómo íbamos a saber que el hombre sufría en aquel momento un catarro y no podía respirar por la nariz? Al día siguiente nos enteramos por los periódicos de que le habían encontrado asfixiado. Lo siento muchísimo, pues el asesinato no forma parte de mis métodos.

Cyril contemplaba con rostro impávido el cuadro apoyado en la pared. El sol poniente lanzaba a través de la ventana una franja roja sobre él.

-Por desgracia esto no es todo -continuó el italiano-. Ignoro hasta qué punto qué punto conoce usted a la familia Erschl, pero seguramente sabrá que el consejero tenía una hija que le quería mucho. Como nos vimos obligados a escondernos durante una semana antes de poder cruzar la frontera, tuvimos ocasión de enterarnos de la tragedia a través de los informes diarios de la prensa. La hija -creo que se llamaba Isabella- desapareció a los dos días de la muerte de su padre. Encontraron una carta de despedida en la que declaraba su culpabilidad, porque, como decía literalmente, había sido cómplice del diablo. Nadie supo, por cierto, a quién o a qué se refería con estas palabras. Poco después sacaron su cuerpo del... ¿Cómo se llama ese río? Meno, creo. Descubrieron que estaba embarazada.

Cyril se puso bruscamente en pie y fue a la ventana. Er professore contempló su espalda y sacudió la cabeza. Tras un breve silencio, añadió:

-La madre se halla desde entonces en un sanatorio para los nervios. No pude enterarme de más detalles.

-Es suficiente -dijo Cyril con voz plana-. Le agradezco esas noticias. Que le vaya bien.

-Lo mismo le deseo, Mr. Brown -dijo el otro, y cerró sigilosamente la puerta.

Lord Abercomby mandó a un orfebre turco fabricar un cofre con las medidas del cuadro, un cajón de acero plateado, forrado de terciopelo azul y finamente cincelado por fuera. Se hallaba provisto de una cerradura secreta que nadie que no conociera la combinación de letras árabes, que el propietario podía cambiar de modo constante, era capaz de abrir. Este contenedor estaba pensado no como precaución ante el posible robo, sino como protección a miradas extrañas. Ni siquiera a Wang, que era el único hombre de confianza de Cyril, se le permitió volver a ver el cuadro en los años siguientes.

El lord solía encerrarse largas horas. Entonces sacaba el cuadro de su envoltorio blindado, lo colocaba delante de él y lo contemplaba. Es difícil describir lo que le pasaba por la cabeza durante esas meditaciones. Él mismo no disponía de palabras para las extrañas sensaciones que le invadían. Era consciente, y no lo olvidaba ni un instante, de que no tenía ante los ojos más que una creación imaginaria, la representación bidimensional de un paisaje y un edificio ficticios, y sin embargo era capaz, por una vía incomprensible para él, de entrar y salir literalmente de este edificio. Como en un sueño despierto peregrinaba por espacios, habitaciones, salas, pasillos, subía y bajaba escalinatas. Nada de todo ello era visible en el cuadro; todo se hallaba tras la fachada de aquellas ventanas iluminadas por la luz de las velas. Y no obstante, estaba allí, independiente de la fantasía y del capricho del soñador.

Cuantas más excursiones de éstas emprendía Cyril, tanto más cómodo se sentía en ellas. Pronto hubiera sido capaz no sólo de dibujar los planos y la planta de cada piso, sino que también hubiera podido establecer los inventarios de los muebles y objetos, de las obras de arte, libros y curiosidades que contenía el palacio de piedra lunar.

Poco a poco llegó a la conclusión de que sólo había una explicación para esta realidad paralela que percibía una y otra vez: el cuadro no era invención de un pintor. El edificio debía existir realmente en algún sitio y el pintor lo había copiado con absoluta fidelidad. No podía ser de otra manera. Porque ¿cómo si no Cyril lograba recordar con tal exactitud cada detalle? Si se tratara de un recuerdo tenía que haber visto el palacio alguna vez, y es más, debería haber vivido en él. Y éste no era el caso, estaba por completo seguro de ello.

¿Qué significa, por otro lado, “recuerdo”? La conciencia que basamos en él es demasiado vaporosa. Lo que acabamos de decir, leer o hacer se convierte, un instante más tarde, en pura irrealdad. Existe sólo en nuestra memoria, y así toda nuestra vida, todo nuestro mundo. Lo que logramos definir como real es únicamente ese momento infinitesimal de presente, que ya ha pasado en cuanto queremos pensar en él. ¿Cómo podemos estar seguros de que no hemos surgido esta mañana, hace una hora o hace un instante, con una memoria de treinta, cien o mil años? No hay certeza, porque no sabemos lo que es la memoria y de dónde viene. Pero si las cosas son así, si el tiempo no es más que el modo en que nuestra conciencia percibe un mundo que no tiene

tiempo, entonces ¿por qué no habría de haber recuerdos de algo que nos pasará en un futuro próximo o lejano?

Elucubraciones de este tipo movieron a lord Abercomby a reanudar su antigua vida viajera. No es que la hubiera abandonado del todo -si se exceptúan algunas pausas-, pero ahora tenía otro objetivo muy concreto. Decidió encontrar el palacio de piedra lunar que mostraba el cuadro de Isidorio Messiú y adquirirlo.

Aunque las diferentes localizaciones posibles eran innumerables no eran infinitas, pues el cuadro mostraba un valle desierto y rocoso, rodeado de un anillo de extrañas montañas. Sin duda podía hallarse tanto en Islandia como en los Andes o en el Cáucaso...

Cyril pasó ocho años dedicado a esta búsqueda y, a diferencia de la primera mitad de su viaje existencial, se acostumbró pronto a prescindir de toda comodidad de la vida civilizada, lo que no suponía que Wang, su fiel criado, dejara de esforzarse en hacer llevaderas, en la medida de lo posible, las penalidades. El cuadro en su contenedor de acero le acompañaba a todas partes y no pasaba un día sin que Cyril lo contemplara.

Cada vez eran menos frecuentes sus viajes a Europa. Sólo volvía para someterse de cuando en cuando a ciertos tratamientos médicos. Había cumplido cuarenta y cinco años y sufría de progresivas perturbaciones del sentido del equilibrio. El único especialista para esta dolencia era entonces un médico de Bolonia. Durante las sesiones de tratamiento, que tenían lugar una vez por semana, Cyril se hospedaba en el Danieli de Venecia.

Era noviembre. La ciudad de la laguna estaba envuelta en nieblas densas y húmedas como un fantasma en su velo áureo. Desde su habitación del hotel, Cyril apenas distinguía la silueta de Santa Maria della Salute en la otra orilla del Gran Canal. Como era aún pronto, esa tarde salió a pasear por las callejas. Sin proponérselo llegó a esa parte de la ciudad llamada el Ghetto, la fundición, de la que todos los barrios del mundo habitados por judíos han tomado su nombre. La niebla fue haciéndose más espesa. Oscurecía, y cuando Cyril pasó por quinta vez delante de la vieja sinagoga comprendió que se había perdido irremisiblemente. El barrio parecía muerto. No encontró ningún transeúnte al que preguntar por el camino; ni siquiera una luz en alguna ventana indicaba la existencia de un alma viviente. Un puentecito muy arqueado le condujo a un callejón tan estrecho que con los brazos extendidos podía tocar las paredes laterales. Hacia arriba se encabalgaban hasta donde alcanzaba la vista las fachadas de muchos pisos manchadas de humedad. En la niebla y la oscuridad incipiente la calleja parecía un tenebroso pasaje. Calle della Genesi, leyó Cyril en una lápida de mármol.

Siguió adelante a tientas y pronto se halló ante una puerta que cerraba oblicuamente la calleja. Un farol iluminaba la muestra que colgaba encima del dintel. A la manera ingenua de los grabados populares aparecía dibujado un grupo de cazadores medievales persiguiendo a un ciervo que saltaba. Curiosamente el ciervo no era más que la nube de flechas que los cazadores habían descargado sobre él. La imagen fascinó a Cyril. No pudo descifrar las letras hebreas que la acompañaban, pero sí el nombre del propietario de la tienda: Ajasver Tubal. Giró el picaporte y entró.

Le recibió un amplio espacio abovedado, iluminado débilmente por unas pocas lámparas, que se perdía hacia el fondo en la penumbra. En el centro de aquel espacio vacío había un imponente escritorio y, detrás de él, un hombre con tirantes y manguitos negros. Era extraordinariamente alto y ancho de hombros. Sobre la cabeza llevaba lo que alguna vez fue quizá una chistera. Cyril se asustó un poco al verle. No tenía barba ni aspecto de viejo; parecía labrado en lava, masivo y pesado. Las oquedades de los ojos eran oscuras y desde su profundidad brillaban dos puntos luminosos.

-¿Qué desea el caballero?-preguntó el anciano con voz penetrante y ronca que retumbó en la bóveda.

-He visto por casualidad la muestra de su tienda -dijo Cyril en tono intrascendente- y me interesaría saber lo que significa.

-Bien -dijo el anciano-, significa lo que veis. La nube de flechas forma en su vuelo la silueta del ciervo, sobre la que los cazadores han disparado. Así es. ¿Por qué lo preguntáis?

-Como no sé hebreo -contestó Cyril- no pude descifrar la inscripción que acompaña a la imagen.

-Buscad y encontraréis, eso es lo que dice la inscripción -explicó el anciano-. Como cristiano que sois deberíais conocerla.

-En efecto -confirmó Cyril-. Entonces esta tienda es algo así como una oficina de objetos perdidos, supongo.

-Así es -dijo el anciano asintiendo con la cabeza. En sus movimientos y su voz había un cansancio infinito.

Cyril miró a su alrededor.

-Dígame, signor... Tubal, ¿no es así?

-Así es -asintió nuevamente el anciano.

-Ésto está muy vacío. signor Tubal.

-Sí -dijo el viejo-, vacío.

-¿Con qué comerciáis?

-No es como imagináis vos.

-¿Y cómo imagino?

-Que aquí se encuentra lo que otros han perdido, así lo imagináis, señor.

-Bueno, ¿y no es así?

Tubal sacudió la cabeza.

-Buscad y encontraréis, dijo aquel que nunca existió. Pero muchos han creído en él y le han buscado. Por eso existe. Es así.

-¿Cómo sabéis que no existió nunca?

El viejo lanzó a su interlocutor una mirada penetrante.

-Ya veo -murmuró como si hablara consigo mismo-. Lo sé. Yo también he buscado. Hace mucho tiempo. Pero lo he olvidado. Ahora ya no busco.

Cyril se sintió turbado. El tono patético con el que el anciano profería sus confusas palabras le confundía. Irritado, preguntó:

-De algo tendréis que vivir.

Tubal asintió.

-Hay que vivir, si no se puede morir. La cuestión es saber lo que se quiere. ¿Sabe el señor lo que quiere?

-Oh, sí -dijo Cyril-. Lo sé perfectamente. A pesar de ello no puedo encontrarlo.

-Eso es malo -opinó el viejo-. Quizá no habéis buscado bien.

-¿Y cómo se busca bien?

-Pues, como esos cazadores con el ciervo.

-La verdad es que no os entiendo.

-No lo entendéis-asintió pensativo Tubal- ya veo, por eso habéis venido a verme. Me honráis. ¿Deseáis aprender conmigo a buscar?

-Os lo ruego -respondió irónicamente Cyril-. ¿Cuánto vais a cobrarme?

-Nada -dijo el viejo inclinándose un poco-. Pero habéis de saber que está prohibido. ¿Deseáis aprender a pesar de ello?

-¿Prohibido? ¿Por quién?

-Por Dios -respondió Tubal-. ¿Creéis en Dios?

-Hasta ahora no hemos sido presentados -contestó secamente Cyril.

-Pero que Dios creó el mundo en siete días ¿eso sí que lo sabéis? -Continuó el viejo.

-Algo he oído -dijo Cyril.

-Eso está bien -exclamó Tubal-. Aunque es sólo una media verdad. Dios creó el paraíso y creó al hombre. Como luego quitó el paraíso al hombre, éste se creó el mundo para vivir en él. Y todavía está creándolo.

-Bueno -dijo Cyril-, no veo que eso tenga que ver con mi pregunta.

El viejo suspiró y reflexionó un rato.

-Había un hombre -Comenzó al fin- (quizá habéis oído hablar de él) que hace unos años descubrió las ruinas de la antigua Troya.

-¿Os referís a Schliemann?

-Sí, me refiero a él, ése era su nombre. ¿Creéis que fue Troya lo que descubrió? ¿Por qué era Troya? Porque la buscó allí, como los cazadores que persiguen al ciervo. Por eso Troya estaba allí. ¿Comprendéis lo que quiero decir?

-No estoy seguro -Contestó Cyril-. ¿Tratáis de decir que antes no había nada allí?

De nuevo Tubal sacudió su gran cabeza y chasqueó la lengua.

-¿Por qué no comprendéis? Como la encontró, estuvo siempre allí.

Hubo un silencio; luego el viejo emitió un sonido ronco que podía ser una ahogada carcajada.

-De este modo los hombres encuentran todo: los huesos de monstruos prehistóricos y de animales-hombre. ¿Por qué? Porque buscan. Y así han creado el mundo, pieza por pieza, y dicen que ha sido Dios. Pero mirad qué mundo han hecho, lleno de espejismos y contradicciones, de crueldad y violencia, de avaricia y sufrimiento, sin sentido en lo grande y en lo pequeño. Y decidme: ¿cómo va a haber creado Dios, al que llaman justo y santo, tanta imperfección? El hombre es el creador de todo y no lo sabe. No quiere saberlo porque tiene miedo de sí mismo, y con razón. Tampoco Colón, cuando descubrió el Nuevo Mundo, quería creer que lo había creado él a través de su búsqueda, pues pensaba en buscar otra cosa.

-Un momento -le interrumpió Cyril-. Eso fue hace más de trescientos años, si no me equivoco. ¿Y decís que hablasteis con él?

Los puntos luminosos en el fondo de las cuencas de los ojos brillaron con un breve destello. Luego volvieron a apagarse.

-No entendéis. Pero, ¡qué se le va a hacer! No tiene importancia. No hablemos de mí. Estoy cansado.

-Mirad, amigo -intentó apaciguarle-, vuestras ideas me parecen muy interesantes...

-¿Acaso soy un filósofo? -se encrespó el viejo-. ¿Soy un teólogo? No se trata de ideas. ¿No lo comprendéis? Deberíais daros prisa si queréis encontrar lo que buscáis. Pronto no habrá ya sitio, pronto todo estará completado y terminado.

Hizo un gesto a su visitante para que le acompañara y le condujo al fondo del espacio abovedado. Allí había un globo terráqueo casi tan grande como una persona. Tubal lo hizo girar.

-Ya veis, montañas, mares, islas, continentes... Por todas partes hay cosas... Al principio todo estaba en blanco y vacío. Ahora hay pocos huecos libres. Escoged uno, si queréis.

Cyril miraba fijamente el globo que giraba.

-¿Qué sucederá, en vuestra opinión, cuando todos los espacios vacíos estén colmados?

De nuevo el viejo soltó su extraña carcajada.

-¡Qué sé yo! Ya veremos. Quizá el fin del mundo. Ésa es mi esperanza. Por eso me dedico a este negocio.

Cyril detuvo el globo. En el Hindukush había aún una mancha blanca diminuta. Puso el dedo en ella.

-Aquí-dijo.

Tubal asintió y murmuró:

-Como gustéis.

De pronto su rostro gris piedra se acercó al de Cyril. Parecía gigantesco, como una montaña rocosa, pero... En el mismo momento se transformó en el rostro benigno y algo simple de un hombre con barba encanecida.

-Tranquilo, señor -dijo sonriendo-. Le he sacado a tiempo del agua. Todo está en orden.

Cyril se dio cuenta de que los vestidos se le pegaban al cuerpo, mojados. Se encontraba en una góndola que se mecía suavemente. El hombre barbudo se inclinaba sobre él.

-¿Quién es usted?-preguntó Cyril con dificultad-. ¿Qué ha ocurrido? ¿De dónde vengo?

-Por un pelo no se ha ahogado usted, señor -explicó el hombre-. Si no hubiera pasado casualmente y le hubiera visto dando tumbos en la niebla... Parece que perdió usted el equilibrio y cayó al agua. Tardé un rato en encontrarle. ¡Maldita niebla! Iba usted a la deriva en el agua, boca abajo. No fue fácil sacarle.

-Gracias por ayudarme-dijo Cyril incorporándose-. Tome, como muestra de mi agradecimiento.

Sacó su monedero mojado del bolsillo y se lo entregó a su salvador.

-No es necesario, señor -dijo el hombre-. No era más que mi deber de cristiano.

Sin embargo, cogió con rapidez el monedero y lo abrió. Lo que vio pareció sorprenderle

gratamente.

-Estuvo usted celebrándolo, ¿eh? -dijo riendo-. En alegre compañía uno no se da cuenta de si bebe un vaso más o menos. Es comprensible.

-No estoy borracho -dijo Cyril-. ¿Haría usted el favor de llevarme al Danieli? Tengo frío.

-Sí señor-respondió con deferencia el hombre-. No está lejos, sólo a dos minutos de aquí.

Cuando Cyril llegó a su habitación y se secó y cambió, abrió el contenedor de acero para sacar el cuadro.

La imagen había desaparecido. Sólo quedaba el lienzo vacío y un poco quebradizo.

Durante el medio año siguiente lord Abercomby se dedicó a preparar cuidadosamente su expedición al Hindukush. Estudió todos los mapas que pudo encontrar y estableció una ruta de viaje. Hizo listas para el equipamiento necesario y para las vituallas. Cuando se extendió la noticia de que planeaba esta expedición se presentaron numerosos interesados en participar en ella. Escogió a tres, con los cuales se entrevistó para discutir los detalles. En aquel tiempo el alpinismo estaba poco desarrollado y el único experto en este terreno -si puede decirse así- era el sueco Thor Thorwald. El segundo hombre al que contrató era el polaco Andje Bronsky, profesor a pesar de su juventud y conocedor de veinte dialectos hindúes, paquistaníes y mongoles. El tercero, por último, era el dibujante científico y pintor Emanuel Merkel de Múnich, que había adquirido fama por diversas publicaciones.

Los cinco hombres (Wang, naturalmente, formaba parte del grupo) viajaron primero a Karachi y de allí a Hyderabad, donde el viaje se interrumpió durante cinco semanas para recoger un máximo de información sobre el lugar al que se dirigían. Lord Abercomby, por cierto, no había comunicado a ninguno de sus compañeros de expedición, tampoco a su criado, el verdadero móvil de la empresa. Oficialmente se trataba sólo de intereses científico-geográficos.

Desde Hyderabad el camino les condujo bordeando el río Sindh hacia el norte, hasta Islamabad. Allí se hizo una nueva pausa para los preparativos que permitirían adentrarse en las regiones montañosas, sin explorar, del Hindukush. Estos preparativos requirieron más de tres meses, pues a pesar de las muy generosas ofertas de recompensa la mayoría de los portadores, muleteros y sherpas que circulaban por las posadas de las caravanas se negaban a participar en un plan que consideraban descabellado.

Por fin se logró reclutar, poco a poco, a dieciséis hombres a los que las enormes sumas que ofrecía lord Abercomby hacían olvidar sus escrúpulos. Cyril sabía perfectamente que no se trataba en ningún caso de los mejores y más capacitados compañeros de expedición. Veinticuatro mulas fueron cargadas con tiendas de campaña, material de equipo y víveres. Con tiempo propicio y el cielo despejado se inició el viaje.

Desde Islamabad se siguió el curso del río, que pronto se convirtió en un pequeño arroyo, en un lecho de fragmentos de roca dificultoso para la marcha. El imponente

sistema montañoso del Nanga Parbat fue rodeado por el oeste. Cada día era más difícil avanzar. Después de una semana la caravana se vio atacada por una manada de lobos que la había seguido durante días y había provocado el pánico entre las mulas con sus aullidos. En medio de la noche las bestias atacaron el campamento y organizaron una escabechina. Eran al menos cien animales gigantescos, de color gris negro, dos veces más grandes que los lobos corrientes. Los porteadores, muleteros y sherpas estaban convencidos de que se trataba de demonios. Al amanecer descubrieron que los lobos habían destrozado ocho mulas y que otras cinco habían desaparecido. Tres hombres estaban muertos y de otros cuatro no existía rastro. El pintor Merkel se hallaba gravemente herido y tuvo que ser transportado en una camilla improvisada. Al cabo de diez días la caravana llegó, en un estado bastante lamentable, al pueblo de montaña de Chilas, constituido por unas pocas casas.

Al enterarse los viejos del lugar de cuál era la meta de la expedición, prohibieron a sus gentes hablar con los extranjeros o entablar cualquier contacto con ellos, ya que estaban convencidos de que los dioses de las montañas también les pedirían cuentas a ellos por el sacrilegio planeado. Trataron a los intrusos como si no existieran. Merkel murió y tuvo que ser enterrado en las afueras del pueblo.

La moral del equipo había descendido al mínimo. Thorwald propuso suspender la expedición y Bronsky le apoyó. Lord Abercomby, sin embargo, ordenó continuar y todos le obedecieron.

Después de unos días de descanso el grupo continuó la marcha en dirección a Tirich Mir y alcanzó la zona de los glaciares y del hielo eterno. El tiempo empeoró súbitamente. Se desencadenó una ventisca, las nubes negras y grises corrían desgarradas por las laderas, un alud cayó y arrastró a cinco mulas y a tres muleteros. En la noche siguiente los seis que quedaban decidieron en conciliábulo secreto tomar el camino de regreso. Por miedo a no resistir la voluntad de lord Abercomby desaparecieron sin previo aviso y se llevaron, como compensación por el salario que les había sido prometido, todas las mulas menos tres. Si quedaba una mínima oportunidad de sobrevivir para los tres europeos y el chino, ésta consistía única y exclusivamente en volver de inmediato. Lord Abercomby les obligó a continuar la marcha.

Dos días más tarde llegaron a una pared que había que cruzar diagonalmente. Las mulas fueron descargadas y sacrificadas de un tiro. Ya no existía posibilidad de retorno. Cada hombre cargó con los víveres que pudo. En la pared que había que superar en cordada, Bronsky cayó y arrastró consigo a Thorwald. Wang salvó a su amo, del que colgaba el peso de los dos compañeros muertos o inconscientes, cortando la cuerda que los unía.

Al otro extremo de la pared encontraron una gran superficie inclinada, cubierta de nieve profunda, de varias millas cuadradas de extensión, por la que avanzaron a duras penas. Estaban a tal altura que el cielo sobre sus cabezas parecía casi negro. Las manos y los pies de Wang se helaron. No podía continuar. Sus últimas palabras fueron una pregunta: “¿Adónde, mi señor?”. Murió en brazos de Cyril, sin recibir respuesta.

Al cabo de un número indefinido de días y de noches, lord Abercomby se vio en el borde superior de unas montañas en forma de anillo, mirando sobre un amplio valle, curiosamente libre por completo de nieve. Quizá esta circunstancia se debía al cortante

viento que soplaba sin cesar en torno a un gigantesco pilar rocoso, sobre cuya plataforma superior se alzaba un resplandeciente palacio.

Cyril había encontrado su “mancha blanca”. Pero las ventanas del edificio estaban a oscuras y las puertas de la gran entrada se hallaban abiertas de par en par.

Cyril descendió hasta el valle e, inclinado para luchar contra el viento, avanzó hacia el pie del monolito. Cuando por fin lo alcanzó, cayó la noche. Las estrellas en el cielo eran grandes y brillantes como nunca las había visto. Hacía tanto frío que la piedra cristalina exudaba lágrimas de hielo. Cyril no sentía frío, no sentía ya su cuerpo. Con dedos insensibles iba buscando donde agarrarse y fue ascendiendo centímetro a centímetro por la roca. Así inició su último e imposible ascenso.

La opinión pública mundial había seguido con cierto interés la expedición hasta Islamabad y luego la había perdido de vista. Como no se recibieron más noticias, sus miembros fueron dados por muertos o desaparecidos, como tantos otros antes que ellos. El asunto se olvidó.

Setenta y dos años más tarde unos comerciantes de lapislázuli que habían intentado llegar con su caravana desde Chitral, a través del puerto de Sarhadd, a Chorog y de allí a Faydabad, al oeste, manifestaron que estando a gran altura se habían desviado por razones inexplicables del camino previsto y habían descubierto en su involuntario rodeo un valle de montaña apartado, casi redondo, en cuyo centro se alzaba un gigantesco pilar de roca, en forma de seta. En su cima dijeron haber visto un palacio de innumerables torres de piedra lunar iridiscente. Como anochecía ya, acamparon al borde del valle y pudieron observar que todas las ventanas del palacio estaban iluminadas, como si se celebrara allí una brillante fiesta. Sin embargo, sólo pudieron distinguir una silueta humana, recortada en una de las ventanas situadas sobre la puerta de entrada cerrada, con la mano alzada en un gesto de saludo o de rechazo. Debido a la distancia fue imposible reconocer detalles; tampoco se atrevieron a acercarse más y, presa de un gran espanto, partieron antes del amanecer.

A su relato, naturalmente, no se le concedió la menor credibilidad.

EL PASILLO DE BORROMEIO COLMI

(Homenaje a Jorge Luis Borges)

En su tratado La soledad del minotauro, Góngora escribe: “La incomparable piedra preciosa que yace en un desierto nunca pisado por pie humano y que por designio divino nunca ser pisada por humano alguno, no es real. Pues la realidad sólo existe donde la conciencia de un ser humano ha creado ese concepto. Los animales y los ángeles no conocen ni la realidad ni la irrealidad porque no tienen conceptos, y tanto la realidad como la irrealidad son, por su esencia espiritual pura, uno con los conceptos absolutos”

Si entiendo bien esta idea de Góngora, según la cual para la comprensión de la realidad se necesita además de los datos mismos, también la conciencia cognoscitiva que los capte, no ser muy arriesgado concluir que la consistencia de una realidad dada está en función de la consistencia de una conciencia dada. Es cosa sabida que esta última no es igual en todos los seres humanos ni en todos los pueblos, por lo tanto podrá suponerse que en diferentes lugares del mundo existen realidades diferentes, incluso que en un mismo lugar puede haber varias realidades.

Sería sin duda muy meritorio si un espíritu preclaro se propusiera una geografía de las realidades. ¡Cuántos malentendidos se eliminarían con una obra tal! Quizá la historia que voy a narrar a continuación pueda serle útil a ese futuro topógrafo de la realidad. Esa esperanza me da ánimo para escribirla.

Si, por lo tanto, dejando a un lado mis escrúpulos, me lanzo a la empresa de describir una de las realidades de Roma -sólo una, la del pasillo de Borromeo Colmi- debo advertir que esta ciudad se halla conformada por numerosas realidades autónomas. Nadie hasta ahora ha sido capaz de enumerarlas todas y menos de ordenarlas. Como en un gigantesco vertedero se superponen unas sobre otras, se penetran mutuamente sin perder su propia idiosincrasia, se acosan y combaten y, aunque pertenecen a diferentes tiempos, están sumamente vivas. En cierto sentido puede decirse incluso que el tiempo y el espacio tienen una función diferente en cada una de ellas. A veces intercambian pura y simplemente sus papeles.

Reconozco que al principio me resultaba muy difícil moverme en este laberinto de realidades con un mínimo de seguridad, sin caer constantemente en una especie de atontamiento existencial. Mi mujer tenía menos dificultades en este sentido, quizá porque las mujeres descansan con mayor firmeza en su propia realidad, quizá también porque como actriz está acostumbrada por su profesión a cambiar de plano de realidad.

En nuestro primer año, cuando acabábamos de instalarnos en las cercanías de la ciudad, nos dedicamos, como es lógico, a visitar todos los monumentos famosos de Roma: museos, catacumbas, edificios, excavaciones, ruinas e iglesias. En el fondo nos animaba a ello lo que anima a todo viajero a este comportamiento: la esperanza de reconocer lo que se conoce ya sobradamente a través de libros y reproducciones y así evitar la verdadera confrontación con el objeto o el tema. Admito que no conseguimos nuestro objetivo. Cuanto más tiempo llevábamos en la ciudad y cuanto mejor la conocíamos,

tanto más modestos nos volvíamos en nuestro empeño de comprender la multitud de universos autónomos que la constituían. Empezamos a concentrarnos menos en cada una de estas realidades y por fin nos redujimos a una sola, esperando así captar esa única realidad con nuestra mente. Desde entonces no pasa un solo mes sin que emprendamos con trepidación nuestra expedición a ese milagro arquitectónico que es el pasillo de Borromeo Colmi.

De Borromeo Colmi no se sabe más que vivió entre 1573 y 1663, es decir que cumplió noventa años, que procedía de una familia acomodada y era médico, arquitecto y mago. Su lugar de nacimiento es Palermo, pero parece que se instaló en 1597 en Roma y llevó allí una vida bastante retirada. Raras veces su nombre aparece en documentos o cartas de la época. La única descripción de su aspecto físico se halla en una nota del diario del médico papal Giacobbe de Corleone. Éste le describe como “un hombre pequeño, delgado, de aspecto saturnino y mirada intensa, que parece querer agarrarle a uno”. Lacónicamente añade: “Pronto nos enzarzamos en una discusión sobre cuestiones de medicina”.

Se conocen dos escritos de la propia mano de Borromeo Colmi. El primero se titula *Le tenebre divine* (Las tinieblas divinas) (Roma, 1601). El único ejemplar existente se conserva en la Biblioteca Vaticana. Se trata de un argumento teológico-filosófico en el que el autor intenta demostrar que Dios, al ser omnipotente y omnisciente, también es omnirresponsable. Parece que esta obra fue retirada rápidamente por los protectores de Colmi para evitarle problemas con la Iglesia. Su otro libro se titula *Architettura infernale e celeste* (Arquitectura infernal y celeste) (Mantua, 1616) y el manuscrito original se encuentra en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires. Se trata de un manual de arquitectura con numerosas ilustraciones del mismo autor, basado en la idea de que las proporciones pueden influir en la salud del ser humano. Otra obra titulada *La torre di Bahele* (La torre de Babel), sin fecha, es citada elogiosamente sin más datos por Benvenuto Levi, pero parece que se ha perdido.

No existen otros documentos escritos, si se exceptúan el lema grabado sobre la entrada del pasillo *Totus aut nihil*, del que no se sabe con seguridad si es la divisa de Colmi o del que mandó construir el pasillo, varias facturas de ropa y dos cartas de contenido indiferente a su sobrino Marco.

La única persona con la que Colmi mantuvo una relación de amistad fue el Gran Canciller papal conde Fulvio di Baranova. Algunos historiadores, como por ejemplo Christian Sundquist, ven en esta amistad la razón para la posterior locura de Baranova, en la que mató a su esposa y a sus dos hijos antes de suicidarse. Es una hipótesis sin demostrar y, probablemente, indemostrable.

Curiosamente todas las obras arquitectónicas de Colmi, como el órgano de agua en el Giardino del Licorno en Cefalú, el “tempietto” flotante en Villa Campoli en las proximidades de Monte Fiascone o “Il trono del gigante”, un palacete en forma de gigantesca silla, en los jardines del cardenal Alessandro Spada, cerca de Ravena, fueron destruidas de una manera u otra. Hoy existe tan sólo el citado pasillo en el palacio Baranova. Pero se buscará en vano cualquier alusión a él en las guías o los catálogos de monumentos romanos asequibles al público.

Tampoco yo me hubiera enterado de la existencia de dicho pasillo si una tarde no hubiera iniciado en la escalinata de la plaza de España una conversación con un mendigo alcohólico, que resultó ser un antiguo profesor de historia del arte de Boston. Bajo la promesa del más riguroso silencio me comunicó las señas del palacio y la situación del pasillo.

Cumpliré mi promesa y no revelaré el secreto, porque entretanto he descubierto los peligros físicos y, sobre todo, psíquicos que aguardan allí al visitante no preparado para enfrentarse a la superposición de realidades diferentes. Sólo diré que el palacio se encuentra en uno de los barrios más antiguos y de peor fama de Roma.

Me costó más de un año de esfuerzos denodados conocer a través de increíbles vueltas y revueltas, por amistades y recomendaciones, a la última descendiente del conde Fulvio di Baranova y ganarme su confianza. Se trata de una señorita de más de ochenta años llamada Maddalena Bó, que actualmente vive sola en el palacio casi vacío y que aunque es comunista convencida se gana el sustento zurciendo las medias de la guardia suiza del Vaticano. Por fin llegó el día. La señorita Bó nos abrió la puerta de su palacio y nos condujo al pasillo de Borromeo Colmi. Allí se excusó aduciendo la urgencia de su trabajo y nos dejó solos a mi mujer y a mí.

Ante nosotros se abría un pasillo de columnas que, según cálculos superficiales, debía medir ochenta o cien metros, quizá algo más, pues convergía en un punto lejano desde el que un rayo de luz fino como una aguja y verde caía sobre el ojo con luminosidad casi dolorosa. Nosotros, sin embargo, avisados por el profesor de Boston, ya sabíamos que estábamos ante un efecto óptico, o quizá ante algo de más dudoso carácter. El plano del palacio Baranova mide cuarenta y dos metros por treinta y siete. El edificio está rodeado por sus cuatro lados de calles. El pasillo se bifurca dentro del edificio en el ángulo recto de una galería que transcurre a lo largo de la fachada oeste del palacio. Si se descuentan los tres metros de anchura de esta galería, el pasillo mide a los sumo treinta y cuatro o treinta y tres metros. Pero si se tiene en cuenta que al otro lado, es decir, a lo largo de la fachada oriental, transcurre otra galería de tres metros de ancho, la longitud posible del pasillo se reduce aproximadamente a treinta metros. Desde el lado oriental no hay acceso a él. El asunto se complica si se considera que en el interior del palacio, es decir, allí donde parece transcurrir (o transcurre realmente) el pasillo, se halla una gran sala de baile y varias habitaciones más pequeñas.

Da la impresión de que el citado pasillo no es un artefacto espacial, sino un cuadro extremadamente hábil o, al menos, una de esas falsas perspectivas, tan características del apogeo del arte manierista. Éste no es en absoluto el caso, como pudimos constatar en nuestra primera visita.

Mi mujer es sin duda la más valiente de los dos, y así fue la primera en adentrarse por el pasillo, mientras yo permanecí en la entrada siguiéndola con la mirada. Vi cómo, a medida que se alejaba, iba haciéndose más pequeña, como correspondía a la escala, cosa que no hubiera sido posible de tratarse de una “falsa” perspectiva. Tras unos treinta pasos mi mujer se volvió, probablemente para hacerme una seña con la mano. Pero su mano alzada descendió con lentitud. Según pude discernir desde la distancia, su rostro había empaldecido y su expresión era de horror. Cuando emprendió el camino de vuelta me pareció que le costaba trabajo venir hacia mí.

-¿Qué has visto? -le pregunté cuando por fin se halló a mi lado-. ¿No te sientes bien?

Ella sacudió la cabeza y murmuró:

-Increíble. Ve tú mismo y compruébalo.

Me adentré titubeando en el pasillo, esperando a cada paso una desagradable sorpresa, mientras mi mujer esperaba en la entrada. Cuando llegué al lugar en el que ella se había parado, yo también me detuve. Miré a mi alrededor sin descubrir nada anómalo. Las columnas a izquierda y derecha eran regulares y tenían el mismo tamaño que las que había a la entrada del pasillo. Me volví hacia mi mujer, y me asusté profundamente. Vi una gigante de enormes dimensiones. En dirección hacia ella las columnas se agrandaban hasta corresponder con su monstruosa altura. Me quedé petrificado, incapaz de hacer el menor movimiento.

Por fin la gigante se puso en marcha y vino hacia mí. Sentí cómo los pelos se me ponían de punta y la frente se me cubría de un sudor frío. La idea de que en unos instantes sería aplastado bajo las suelas de sus enormes zapatos como una hormiga hizo que mis temblorosas piernas cedieran. Me desvanecí.

Al recobrar el sentido mi mujer estaba a mi lado en sus dimensiones familiares, humedeciéndome el rostro con su colonia. Me puse en pie y cogidos de la mano nos dirigimos a la entrada del pasillo que, a medida que nos acercábamos, volvía a su tamaño original. Ese día no hicimos más experimentos.

Desde aquel momento hemos estado, naturalmente, dando vueltas a nuestra aventura en el pasillo de Borromeo Colmi. Dejando a un lado la cuestión de cómo explicar la superposición de las habitaciones interiores y del pasillo, podemos decir con seguridad que la longitud real de éste no es mayor que la del edificio en el que se encuentra. Eso significa que dentro del mismo pasillo todas las medidas disminuyen proporcionalmente; todas, también las del visitante que camina por él. Por lo tanto, al entrar en el pasillo disminuiré de tamaño, no en apariencia, sino literalmente. Y como al mismo tiempo las columnas que nos rodean disminuyen en la misma medida, no notaremos nada si no volvemos la vista atrás.

Cómo el mago y arquitecto Colmi consiguió un efecto tan insólito es una cuestión de importancia secundaria en esta ciudad de realidades autónomas. El problema que nos ocupa a mi mujer y a mí y nos impulsa una y otra vez a nuevas expediciones al pasillo es otro. Si verdaderamente con cada paso con que uno se adentra en el pasillo se vuelve uno más pequeño, la consecuencia lógica es que con cada paso la distancia de camino hecho se vuelve proporcionalmente más corta. Dicho de otra manera: cuanto más se adentra uno, tanto más lentamente avanza. Y entonces la cuestión se formula así: ¿es posible alcanzar el otro extremo del pasillo o sólo nos podemos aproximar a él infinitamente? Y si fuera posible ¿a qué mundo conduciría aquella salida? ¿De dónde procede esa extraña luz verde hacia la que nos hemos movido ya tantas veces sin llegar nunca a alcanzarla? ¿Hallaremos allí el mundo de lo infinitamente pequeño, o sea, el universo de los tomos en movimiento? ¿O hallaremos otra dimensión? ¿Acaso encontraríamos en aquel extremo el contra-espacio, el anti-tiempo, el otro-mundo? ¿Coinciden quizá allá nuestros conceptos de grande y pequeño? ¿O conduce ese pasillo

al momento en que Dios creó el mundo, al origen de todas las cosas, al núcleo interno de la creación?

Una cosa está clara: Borromeo Colmi no creó este incomparable conjunto de arquitectura y magia por simple juego o por puro efectismo. Se trata por el contrario de la quintaesencia del arte máximo y de la más profunda sabiduría; se trata de una vía de acceso a lo esencial, que el artista quería revelar a la humanidad. Nadie parece haberle comprendido, o nadie se interesa por sus razones. Incluso la señorita Bó, a la que planteé estas cuestiones, dijo con cierta agresividad y juntando los dedos como un tulipán: “Ma be?”, que quiere decir: “¿Y qué?”

Como mi mujer y yo parecemos ser los únicos que han comprendido la propuesta de Borromeo Colmi, nos preparamos desde hace un tiempo para emprender una expedición definitiva al pasillo. Nuestro equipo ser más o menos como el que se necesita para una ascensión al Nanga Parbat. Llevaremos una tienda de campaña, mantas y vituallas para unos cincuenta días. Estamos firmemente decididos a no volver sobre nuestros pasos hasta que no hayamos alcanzado el otro extremo del pasillo. Si desapareciéramos, la opinión pública encontrará, sin duda, otra razón más plausible para nuestra desaparición. En Roma estas cosas están a la orden del día.

LA CASA DE LAS AFUERAS

Carta de un lector

Dr. phil. Joseph Remigius Seidl
Prf. jubilado
Emeranstrasse 11, Feldmoching

Feldmoching/Múnich
15 de marzo de 1985

Al autor del artículo sobre el pasillo de Borromeo Colmi.

Muy señor mío:

El artículo recientemente publicado por usted en el periódico me ha impresionado profundamente y me anima a coger la pluma y referirle una experiencia de mi infancia que en cierto modo ha marcado mi vida. Todos mis esfuerzos por presentar a la opinión pública las inquietantes consecuencias que se derivan de mis investigaciones han sido, hasta ahora, inútiles. He encontrado sólo desinterés y escepticismo. Quizá a usted que es famoso le sería posible intervenir en este lamentable estado de cosas. Sea cual fuere su decisión pienso que en ningún caso le dejará indiferente saber que monumentos de tan extraña índole como el pasillo por usted descrito no sólo se encuentran en la Ciudad Eterna, donde su existencia es plausible, sino también aquí, en Feldmoching, donde sin duda constituyen un curioso fenómeno. Ignoro, estimado señor, si su descripción pretende ser entendida como pura ficción (muchos lectores así lo habrán hecho) o si ha descrito usted un monumento que existe realmente. En el primer caso sonreirá al leer mi carta como ante una absurda misiva de un lector más, de las que probablemente recibirá un sinnúmero. En el segundo caso, por el contrario, mi relato puede constituir una valiosa contribución a sus propias investigaciones. Mi empeño en captar el interés público data de hace sólo unos años y por razones lógicas: soy profesor de Enseñanza Media, jubilado anticipadamente debido a una persistente dolencia de los nervios. Mientras estaba en activo en la enseñanza no deseaba despertar dudas sobre mi salud mental, precisamente por las sospechas a las que mi enfermedad podía dar pie. Ahora que soy una simple persona privada y que el fin de mi vida se puede presentar cualquier día, siento la obligación de proclamar la verdad sin ningún tipo de consideraciones. No me condene, estimado señor, por mis largos años de silencio. El mismísimo Darwin, al que admiro sin reservas, no publicó sus arriesgadas teorías hasta estar seguro de que no dañarían su reputación profesional. Y es que hay verdades que no conviene presentar en la ruleta de las opiniones hasta que uno mismo ha abandonado la mesa de juego. Piense como piense sobre todo ello, esté usted seguro de que le voy a exponer puros hechos y que -como podrá constatar- he llevado a cabo no pocas indagaciones para confirmar su indudable exactitud. Por cierto: he sido profesor de historia, de alemán y de filología clásica y durante toda mi vida he evitado entregarme a los excesos de la fantasía.

Vayamos, pues, sin más rodeos al asunto.

En mi niñez (nacé en 1931) Feldmoching era un lugar más o menos rural en las afueras de Múnich. Comparado con el presente, había menos chalets y la mayoría de las casas eran granjas campesinas rodeadas de campos y prados. Una línea férrea comunicaba el pueblo con la ciudad; el tren circulaba cuatro veces al día. Mi padre era el jefe de la pequeña estación, junto a la que había una casa sencilla, de ladrillo sin revocar. Allí vivíamos mi padre, mi madre, mi hermano Emil, que me llevaba dos años, y yo. Durante los primeros cuatro años fui al colegio local. El viejo edificio escolar ya desapareció. Fue derribado hace diez años para erigir una urbanización de chalets adosados, en la que hoy paso mi vejez. He vuelto, pues, a mis raíces.

A medio kilómetro de distancia de nuestra estación de ferrocarril, donde actualmente transcurre la nueva carretera y se construyó una gran estación de servicio, se hallaba entonces un prado de media hectárea de superficie. Como este dato tendrá importancia más adelante, seré preciso: el prado número 28 b (según la información que recibí del catastro) medía antes de 1945 exactamente 5.221 metros cuadrados. Hoy tan sólo mide 5.106 metros cuadrados, a pesar de que siguen siendo válidas las antiguas lindes y han sido medidas con sumo cuidado.

El funcionario al que pregunté por el paradero de los 115 metros cuadrados que faltaban se encogió de hombros indiferente y farfulló algo de “los métodos de medición inexactos de la preguerra”. Pero yo sé bien que el asunto tiene una explicación más compleja. Si consiguiera, estimado señor, convencerle de su fundamento, mis esfuerzos de largos años por resolver el enigma no habrán sido en vano. Sin embargo no deseo en absoluto influirle; usted juzgará por sí mismo.

En mi infancia, pues, en aquel prado, escondida por un seto bastante descuidado de tejo y un bosquecillo de pinos, había una casa que daba a los habitantes de Feldmoching ocasión a las más variadas conjeturas. La interdicción de nuestro padre, que sin dar razones concretas nos prohibía jugar en las inmediaciones de aquel terreno, aguijoneaba nuestra curiosidad. Nadie vio nunca entrar o salir a alguien en la misteriosa casa excepto a una persona bastante extraña, una mujer mayor (claro que para unos niños cualquiera con más de cuarenta años es mayor) que, según nos decían, estaba allí empleada como “asistenta”, es decir, como mujer de la limpieza. Ya entonces esta explicación no me satisfacía (mis dudas no han hecho sino crecer con el tiempo), porque el aspecto de la mujer -quizá deba decir señora, pues a pesar de todo para nosotros, los chicos del pueblo, ella tenía algo de señorial- no correspondía en absoluto al de una mujer de la limpieza. Era relativamente pequeña, de físico fornido y solía vestir una falda-pantalón, prenda considerada en aquel tiempo muy elegante. Llevaba el pelo blanco cortado como un paje y fumaba puros. Su rostro, siempre sin maquillaje, estaba bastante apegaminado. Sus lentes, de gruesos cristales, agrandaban de modo extraordinario sus ojos, lentes que nosotros definíamos como cristales de “culo de vaso”. Lo que más excitaba nuestra curiosidad infantil era su evidente falta de higiene. Sus largas uñas acumulaban la suciedad, la roña cubría en estrías su rostro y su cuello, aunque esto no explicaba por sí sólo la nube de hedor que la envolvía. Sin duda sufría trastornos crónicos de digestión que producían los constantes gases intestinales que emanaban de su cuerpo. A ellos se debía seguramente el mote con el que se la conocía entre las gentes del lugar: “Schoasswalli” o “Walli-Pedorrera”. Walli es en nuestra región una abreviación de Walburga y pedorrera -le ruego me disculpe, pero la exactitud folclórica no admite eufemismos- se refería a las excesivas ventosidades de la dama. No olvide,

estimado señor, que la población de la región era preponderantemente campesina y ésta en Baviera es famosa por su manera drástica de expresarse.

La citada Walli venía una o dos veces por semana en su bicicleta de la ciudad, entraba en el terreno y desaparecía en la casa, acompañada de su “bici”, como decíamos nosotros. Generalmente pasaba allí la noche y se marchaba a la mañana siguiente.

Hasta hoy no he podido obtener suficiente información acerca de la identidad de esta señora. La mayoría de las personas que trataban con ella en Feldmoching no quisieron darme datos o negaron directamente haberla conocido. Algunos han muerto entretanto. Más adelante volveré sobre los insatisfactorios resultados de mis pesquisas.

En cierta ocasión, de niño, cogí al vuelo un comentario de mi padrino Joseph -un hermano de mi madre que trabajaba como pintor de decorados en la Bavaria Film- en el sentido de que había que andarse con cuidado con la Walli porque trataba con las gentes del general Ludendorff. Según mi tío existía un círculo secreto en torno a la viuda de Ludendorff -él la llamaba la “viuda adrede”- que preparaba el advenimiento de una raza de superhombres del exterior o del fondo de la tierra. Dos notorios miembros de este grupo, D. E. y M. E. visitaban, según se rumoreaba, diariamente a Hitler en su cautividad del castillo de Landsberg, donde le ilustraban sobre sus doctrinas. Por muy abstrusas que fueran las ideas que recibiera entonces el Führer, demostraron ser -si estos rumores son ciertos- de muy largo alcance.

Me he abstenido de proseguir indignado en esa dirección, pues todavía hay motivos para ser discreto. Que no exagero lo confirma sin más mi jubilación anticipada en 1983. Por otro lado, tampoco conozco su punto de vista político y no deseo en absoluto ofenderle. Me limitaré a los hechos.

Sería durante el verano de 1942 -no recuerdo el día exacto, pero mi padre acababa de ser llamado a filas, a pesar de su dolencia cardíaca-, cuando mi hermano Emil fue a recogerme a la pequeña estación de Feldmoching. Por aquel tiempo mi hermano era aprendiz de un cerrajero llamado Ruppel, mientras que yo, gracias a mis buenas aptitudes, visitaba el instituto Maximiliano, de Munich, y me hallaba en primer grado. Todos los días salía muy temprano en el tren a la ciudad y volvía a comer a casa.

Mi hermano me contó excitado que la Walli había estado en el taller de cerrajería para encargar una nueva cerradura para la puerta de su casa. Por razones que no vienen al caso, el maestro pasó el encargo al ayudante y éste a su vez lo pasó a mi hermano. Emil me confesó claramente que le daba miedo ir solo a la casa de la señora y me pidió que le acompañara. Su proposición me alarmó e intenté disculparme aduciendo exceso de deberes, pero luego acepté, orgulloso de que mi hermano requiriera mi ayuda. Después de comer nos pusimos en camino. Mi hermano llevaba la pesada caja de herramientas con varias cerraduras. No dijimos nada a nuestra madre de nuestro objetivo para no inquietarla. Había llovido, el viento soplaba y aún hacía frío.

El terreno no estaba cercado, si se exceptúa el ya citado seto de tejo poco cuidado que mediría casi dos metros de altura. Detrás se alzaba el bosquecillo de pinos. Un camino lleno de agujeros y charcos conducía desde la carretera hasta la casa describiendo varios recodos, de modo que no se veía el edificio hasta que se estaba delante. Su aspecto era

bien curioso. A pesar de ser pequeño para vivienda daba la impresión inexplicable de hiperdimensionalidad, como un pisapapeles agrandado al tamaño de una casa.

Los muros exteriores estaban cubiertos con planchas de travertino, como también el pórtico de columnas que rodeaba la casa por todos los lados. Las numerosas ventanas, todas iguales, eran estrechas -no medirían más de veinte centímetros de ancho- pero de gran altura, lo que les daba aspecto de troneras. Entre las ventanas había nichos adornados con esculturas de mármol. No recuerdo lo que representaban, pero sí me acuerdo de que me impresionó su heroísmo obscuro, parecido al que nos transmiten a menudo los monumentos bélicos y que correspondía al gusto de los poderosos de aquella época. Todo el edificio se caracterizaba por ese estilo sórdido seudoclásico, típico de las dictaduras de nuestro siglo, ya fueran fascistas o socialistas. A esta conclusión llego, naturalmente, hoy; entonces sólo me inquietó el parentesco entre esa arquitectura y la de construcciones fascistas de Múnich como los "Führerbauten" o Edificios del Führer y el "Ehrentempel" o Templo del Honor, que fue demolido después de la guerra. Los primeros, sin embargo, albergan, paradójicamente, la actual Escuela Superior de Música.

Estábamos pues ante uno de esos edificios, en miniatura. El frente no pasaría de los diez metros de ancho por cinco de alto. En el centro el pórtico se adelantaba ligeramente. Detrás de él se hallaba la puerta de entrada, de madera pesada y oscura de roble. En ella se incrustaba la conocida esvástica de curso hacia la izquierda, que como he averiguado se refiere a la diosa Kali y significa muerte y destrucción. El tejado del edificio era, por lo que pude ver, plano, aunque en su centro se alzaba una chimenea alta de ladrillo, coronada por un sombrero de hojalata móvil que giraba en el viento primaveral con desagradable chirrido.

Mi hermano gritó varias veces: "¡Hola! ¡soy el cerrajero!", pues no iba a llamar a la señora por su mote habitual e ignorábamos su verdadero nombre. Mis posteriores indagaciones aclararon que debía tratarse en su caso de una tal Walpurga Von Thule, alta funcionaria del instituto Ahnenerbe dedicado a los estudios genealógicos, una creación de las SS por cierto, a la que nuestros historiadores dedican escaso interés.

Como nadie respondía a los gritos de mi hermano, dimos la vuelta al edificio con la esperanza de descubrir a la señora en el jardín. No encontramos a nadie. Notamos, sin embargo, que los lados de la casa eran idénticos al frente: el mismo pórtico con columnas, las mismas esculturas y la misma puerta de entrada. En la parte trasera ocurría exactamente igual, pero con los detalles invertidos. Buscamos en vano un timbre, un aldabón o algo parecido.

Volvimos a la fachada frontal, pero tampoco encontramos allí un mecanismo de llamada. Mi hermano dio más voces y luego con decisión golpeó en la puerta con los nudillos. Para nuestro asombro ésta se abrió: no estaba cerrada. En el fondo tenía fácil explicación, al fin y al cabo nos habían encargado arreglar la cerradura de la entrada que no funcionaba. Así nos lo explicamos nosotros, al menos.

Emil empujó la puerta, preguntó si había alguien y entró en la casa. Yo me quedé rezagado y vi cómo al instante le devoraba una oscuridad total, como si un telón negro se hubiera cerrado tras él. La pregunta que estaba a punto de formular quedó cortada.

Grité su nombre, pero no obtuve respuesta. En ese momento me invadió tal terror que hubiera salido corriendo si hubiera podido moverme. Me encontraba paralizado.

Desperté de esta catalepsia cuando mi hermano apareció corriendo tras la esquina de la casa. Tardé un rato en comprender lo que me decía. Por lo visto había salido por la puerta trasera en el mismísimo instante en que había entrado por la delantera. ¡Como si hubiera pasado a través de una única puerta!

Me propuso que entráramos otra vez juntos, pero yo me negué. Por nada en el mundo hubiera yo cruzado aquel umbral. más adelante cambié de opinión. Mi curiosidad se impuso, como podrá usted comprobar, pero en ese primer día no.

Nos asomamos los dos por la puerta, que seguía abierta, sin distinguir nada. Teóricamente deberíamos haber visto la otra puerta y detrás el jardín. Sin embargo, era como si entre una y otra puerta se extendiera un denso y opaco vacío, un espacio oscuro y sin volumen, si me permite la contradicción.

Mi hermano me ordenó quedarme donde estaba mientras él daba la vuelta a la casa. Le aguardé tembloroso. De pronto apareció en el marco de la puerta con el picaporte en la mano. Salió al exterior y cerró la puerta tras de sí. Le miré asombrado y le pregunté:

-¿Qué sensación da al pasar por ahí, Emil? ¿Has notado algo?

-No -dijo-, no se nota nada en absoluto. No duele ni da un gusto especial, nada. Ahí dentro no hay nada, Joseph.

Abrió de nuevo la puerta y se asomó al espacio oscuro sacudiendo incrédulo la cabeza.

-Ahí no hay absolutamente nada –murmuró.

Nos quedamos aún un rato sin saber qué hacer. Estaba claro que lo que teníamos delante de los ojos no existía. Era imposible.

Por fin mi hermano recordó el cometido que nos había traído hasta aquí y empezó a revolver en su caja de herramientas. Sacó el metro y lo desplegó indeciso. De pronto tuvo una idea.

-Vete a la puerta trasera, Joseph –me ordenó-, y observa bien.

Obediente di la vuelta a la casa y me aposté delante de la puerta posterior que también estaba entreabierta, hacia dentro y con el mismo ángulo con el que la puerta del frente sobresalía.

De improviso vi salir de la nada oscura, rozando la jamba de la puerta, una parte del metro. Avanzó con lentitud hasta sobresalir exactamente veintiún centímetros; luego retrocedió.

Mi hermano me llamó con un silbido y volví a su lado. Con un gesto me invitó a hablar.

-El metro apareció-dije.

-¿Cuánto?

-Veintiún centímetros.

-Exacto -confirmó mi hermano, rascándose pensativo la barbilla con el metro.

-¿Cómo te lo explicas? -le pregunté. Él no respondió y se encogió de hombros. Por fin se puso manos a la obra con mi ayuda. Destornilló la cerradura defectuosa y colocó una nueva. Al terminar la probó; cerró y abrió varias veces con la llave adecuada, cerró definitivamente, se guardó la llave y nos fuimos en silencio.

Mientras yo hacía mis deberes -por primera vez en mi vida escolar andaba retrasado, ¡tanto me ocupaba nuestra aventura!- oí a mi hermano limar en el sótano, donde se hallaba el taller doméstico. Luego se marchó al trabajo.

No dijimos ni una palabra a nadie, y menos a mi madre. Por la noche, ya en la cama -mi hermano y yo compartíamos una habitación-, Emil susurró:

-¿Sabes lo que pienso, Joseph?

-¿Qué?

Hubo una pausa antes de que continuara:

-La casa ésa no tiene interior. Existe solamente por fuera.

-¡Qué dices! -exclamé sintiendo el escalofrío paralizador de la tarde-. Eso es imposible, Emil. Es algo que no existe.

-Sí -dijo muy serio mi hermano-, sí que existe, Joseph. Una casa sin interior.

Después de un rato, cuando yo casi me había dormido, añadió:

-Me gustaría saber una cosa. ¿Por qué hay que cerrar con llave si de todos modos nadie puede entrar en ella? No hay nada en su interior.

Al día siguiente la Walli apareció con su bicicleta, envuelta en su nube aromática, en el taller de Ruppel, recogió la llave y pagó la factura. Según me contó Emil por la noche, la Walli antes de irse le miró fijamente con sus ojos deformados por las gruesas lentes. Emil casi se desmaya, no sólo por el horrible hedor que exhalaba. Con el dedo índice levantado le preguntó:

-Ah, ¿has sido tú? ¿Tú has hecho el trabajo, verdad?

Mi hermano asintió sin abrir la boca, preguntándose cómo lo sabría, pues el maestro no le había dicho a ella nada.

-Bien, bien -aprobó la Walli-. Perfecto. Por mí, perfecto -le contempló indecisa; luego sonrió y sacando su monedero le dio un marco-. Toma -dijo-, para ti.

Emil cogió el dinero en silencio.

La señora montó en su bicicleta y cuando ya se alejaba le gritó:

-¡Visítame algún día, chico! ¡Ya sabes cómo se entra!

Mi hermano la siguió con los ojos hasta que el ayudante le dio un capón y le dijo:

-No te pagan por mirar a las musarañas.

Emil no había contado a nadie, ni siquiera a mí, que había fabricado un duplicado de la llave con la intención de inspeccionar la casa en ausencia de la Walli. Ahora le inquietaban sus palabras de despedida, ya que parecían aludir a su plan. ¿Cómo podía ella anticiparlo? Era imposible. La incertidumbre le angustiaba, y también a mí, una vez informado de su secreto. Los dos comprendíamos que lo que sabíamos era peligroso. Quizá -nos decíamos- ya estábamos condenados a prisión o a muerte, sin habernos enterado de nada .

Durante un tiempo bastante prolongado evitamos la casa y hasta dábamos un rodeo para no acercarnos. Únicamente la observábamos desde la distancia. Poco a poco pensamos que nos habrían olvidado. Pero el asunto nos seguía preocupando día y noche; estábamos obsesionados. Soñábamos a menudo con la casa y varias veces tuvimos los dos el mismo sueño.

Este es el sueño:

Nos hallábamos muy juntos en la oscuridad nocturna, escondidos entre los pinos y observando la casa a través de las ramas. Reinaba completo silencio cuando de pronto sentimos un ligero temblor de tierra que iba en aumento, como si estuviéramos sobre un enorme tambor que vibrara en consonancia con un sonido subterráneo e infernal, inaudible. Detrás de las ventanas, en el interior de la casa, apareció una luz brillante y azulada -como la de un soplete-, insoportable para los ojos. Los dos soñábamos que se nos ponía carne de gallina, de puro miedo, y que nos quedábamos paralizados, clavados en el sitio. No sucedía más. Lo espantoso de aquella luz mortífera era el hecho de que existiera. Mi hermano y yo intuíamos que anunciaba la presencia de lo que sólo se puede definir como el mal absoluto. Algo sin relación alguna con Dios y el mundo, que no tenía razón de ser, pero que era.

A pesar de todo, nuestra curiosidad se impuso. No olvide usted que yo acababa de cumplir doce años y mi hermano quince; éramos, pues, aún unos niños. Volvimos a acercarnos sigilosamente a la casa, observándola a veces durante horas. Nada ocurría. Descubrimos que la Walli venía como mucho dos días a la semana, por lo general al anochecer del martes y del viernes. Entraba en la casa y pasaba allí la noche. El resto del tiempo el edificio estaba abandonado.

Pero, realmente ¿era posible que ella entrara en él?

Una vez -debía de ser hacia finales de 1943- llegó un Mercedes negro, ocupado por varios hombres. El automóvil esperó más de una hora en la carretera, delante de la casa,

hasta que la Walli llegó con su bicicleta. Dos hombres de las SS en uniforme descendieron del coche. Entre ellos llevaban a un hombre con sombrero y abrigo. Estaba lívido. La Walli se hizo cargo del prisionero -a nosotros nos pareció un prisionero- y éste la siguió dócilmente a la casa. Al cabo de un rato la Walli volvió sola. Los SS la saludaron con lo que entonces se llamaba el “saludo alemán”, ella les respondió de la misma manera y se alejó pedaleando. El automóvil con los hombres dio la vuelta y la siguió en dirección a la ciudad.

Una cosa era evidente: existía la posibilidad de entrar en la casa, y no sólo para la Walli como suponíamos. ¿Cómo estaba conformado el interior? Decidimos investigarlo, costara lo que costara.

Esto no es un relato policiaco o un cuento de miedo, mi muy estimado señor, por lo tanto no pretendo excitar innecesariamente su curiosidad y le confesaré que no logramos desentrañar el misterio.

Mi primera hazaña consistió en tirar una tarde una piedra a una de las ventanas. Durante este experimento estaba solo, sin mi hermano. Oí romperse los cristales y huí asustado, tan deprisa como pude. Me escondí en un cajón de arena, al borde de la carretera. Al cabo de un rato salí otra vez con las rodillas temblorosas; mi valor de golfillo se había esfumado. Como no sucedió nada me atreví a acercarme de nuevo a la casa. Vi el agujero en el cristal surcado de grietas. Corrí a la parte posterior de la casa y constaté que también allí estaba roto el cristal correspondiente, exactamente de la misma manera. Sí, incluso encontré en el suelo mi piedra.

Cuando relaté a mi hermano esta aventura decidió actuar. No iba a dejarme a mí, el pequeño, la iniciativa. Al día siguiente, un domingo, después de misa, sacó de su escondrijo en un agujero cubierto de musgo de cierto árbol la llave fabricada en secreto y nos dirigimos a la casa. Emil estudió el cristal de la ventana del frente y también el de la ventana posterior. Luego observó detenidamente la piedra que yo había dejado tirada allí. Todo confirmaba su hipótesis de que la casa no tenía interior y que las fachadas delantera y trasera eran sin lugar a dudas idénticas. Lo mismo, por supuesto, valía para las ventanas.

Emil abrió la puerta con su duplicado de la llave y entró sin más. No sucedió nada que no hubiera ocurrido en la primera ocasión. Yo tenía la impresión de que una oscuridad repentina le tragaba; él de que salía inmediatamente al exterior por la puerta opuesta. Esta vez probamos las puertas laterales, aunque advierto que los términos de frente o de lado en un edificio que era igual por los cuatro costados no son exactos. En cualquier caso se demostró que la llave servía para las cuatro puertas (a pesar de que sólo se había renovado una cerradura) y que en cada una de ellas se producía el mismo fenómeno.

Yo seguía negándome a pasar por una de aquellas puertas. Mi hermano propuso entonces un experimento: él introduciría su mano por una puerta y yo la cogería y apretaría en la opuesta. Me coloqué, pues, junto a una de las entradas y esperé. Efectivamente, la mano apareció. Yo la cogí y apreté, pero mi hermano no me soltó, sino que con gran fuerza tiró de mí hacia su lado. Me defendí, grité, tropecé y al caer me golpeé la rodilla, ya en el otro lado, el de mi hermano. Rompí a llorar nerviosamente, más por el susto y una tristeza incomprensible que pesaba sobre mi alma que por el dolor. No continuamos experimentando. Fui cojeando y gimoteando hacia casa mientras

mi hermano, tras cerrar con cuidado la puerta, se unió a mí. Por cierto que bastó cerrar una de las puertas para que estuvieran cerradas las restantes.

Durante los siguientes días tuve que aguantar las burlas de mi hermano por mi cobardía y mis lloros, pero pronto hicimos las paces y planeamos nuevas aventuras. Una vez superado el miedo, también por mi parte, nuestros juegos se volvieron más audaces. Con espíritu de juego infantil investigábamos las incomprensibles características de la casa en todas sus variaciones. Lanzábamos por las puertas chorros de agua, aviones de papel, entrábamos el uno a caballo del otro o dando volteretas... Siempre con el mismo resultado: indefectiblemente salíamos al exterior por la puerta opuesta, es decir, era imposible entrar por el frente y salir por el lado izquierdo o derecho. En vista de ello nos divertimos entrando uno por el frente y saliendo por la parte trasera, mientras el otro cruzaba al mismo tiempo del lado izquierdo al derecho. A pesar de que entrábamos los dos corriendo después de contar “¡Uno, dos y tres!”, nunca chocamos en el interior. Una prueba más para Emil de que tenía razón en su hipótesis.

Quién sabe lo que aún hubiéramos inventado si un buen día no nos hubiera pillado la Walli. El caso es que en 1944, debido a los devastadores ataques aéreos sobre Múnich, me trasladaron con otros niños de mi instituto a un campamento infantil en Murnau, a orillas del Staffelsee. Mi hermano, que acababa de cumplir dieciséis años, fue llamado a filas y cayó pocos meses después en el frente oriental, que en aquel tiempo se hallaba ya en completa desorganización.

Al finalizar la guerra y derrumbarse el “Reich milenar” regresé con mi madre -mi padre volvió dos años más tarde hecho una ruina del campo de prisioneros- y uno de mis primeros paseos fue a la casa de la Walli. Ya no existía. En uno de los últimos combates en torno a Múnich una bomba la había destruido por completo.

Lo que ahora voy a relatarle está basado únicamente en rumores y en los escasos testimonios de testigos locales. Pocos días antes de la destrucción de la casa, me contaron, aparcaron ante ella varios automóviles. De ellos descendieron diez o doce personas, algunas en uniforme del partido y con distintivos de rango, otros de paisano. Todos entraron en la casa. En el grupo iba también la Walli. No volvieron a salir. Los coches estuvieron durante días aparcados y vacíos en el mismo sitio; naturalmente, nadie se atrevió a tocarlos. Nadie sabía quiénes eran aquellas personas, pero alguien creyó reconocer entre ellas al menos a dos dirigentes del régimen desaparecidos desde entonces y probablemente para siempre. Como los nombres de estos personajes varían según el relato, creo más prudente no citarlos. La mujer del cerrajero Ruppel, por cierto, afirmó que había visto cómo la casa, en el momento de explotar la bomba, no había saltado hecha pedazos, sino que había sido succionada hacia el interior de la tierra, desapareciendo sin dejar rastro. Desde luego no quedaron ni ruinas ni restos de metralla.

En los años transcurridos desde esa fecha he intentado enterarme al menos del año de construcción de la casa, pero mis investigaciones fueron infructuosas, ya que todos los registros de la propiedad de los años 1930 a 1935 se quemaron en los últimos días de la guerra o -lo que me parece más verosímil- fueron requisados por la Walli y sus amigos; quizá los trasladaron a la casa donde se perdieron definitivamente. Según los registros catastrales de 1935 a 1945 la superficie de la parcela 28 b -como ya dije- medía 115 metros cuadrados más que después de la desaparición de la casa. Esta diferencia podría corresponder, de acuerdo con mis cálculos, a la superficie del edificio.

No me di por satisfecho con estos resultados. Me intrigaba saber si los 115 metros cuadrados con casa habían surgido en determinado momento, por así decir, de la nada y luego habían vuelto a ella. En ese caso -me dije- los datos del catastro anterior a 1930 debían corresponder a los actuales. No llegué muy lejos en mis pesquisas, pues precisamente en ese periodo de cinco años -para el que se daban por perdidos todos los documentos- se redistribuyeron en el curso de una concentración parcelaria todos los terrenos de Feldmoching y su entorno, con lo que me resultó imposible comprobar la parcela 28 b en la distribución anterior a 1930. El catastro al que pedí colaboración en estas indagaciones, ciertamente no desprovistas de interés, no atendió mis demandas. Tengo la fundada sospecha de que siguieron órdenes superiores. Incluso me dieron a entender que mi pregunta era absurda y que se la planteara a un psiquiatra. Preferí no insistir más.

No estoy seguro, muy señor mío, de que usted piense de una manera diferente y conceda a mi relato un cierto valor. Ya he aducido como garantía mi seriedad y conciencia profesionales y lo vuelvo a hacer aquí otra vez. Desde mi infancia me preocupa con creciente intensidad la idea de que la así llamada realidad no es más que el piso bajo, por no decir la casa del portero, de un enorme edificio con innumerables pisos hacia arriba y, seguramente, también hacia abajo. Que la existencia de esa casa que he intentado describirle a usted parezca hoy tan indemostrable y tan increíble, como si nunca hubiera existido, encaja, creo, perfectamente en la imagen de nuestro tiempo. No otra cosa sucede con más de un capítulo de nuestra historia reciente.

Quedo de usted muy atento y seguro servidor.

Joseph Remigius Seidl,
Profesor jubilado.

Posdata: Quizá el misterio del mal consista exclusivamente en que no tiene misterio alguno.

SIN DUDA ALGO PEQUEÑO

Al anochecer los romanos suelen subir al Pincio o al Gianicolo para admirar desde estas colinas su ciudad. Desde hace dos mil años tienen esta costumbre y no se aburren de ella. Apretados contra las balaustradas de piedra indican con el dedo aquí y allá sobre el mar de tejados y cúpulas, que en la insólita luz violácea se disuelven y apagan como si cada anochecer fuera el anochecer de todos los días.

-Ecco il Colosseo!

-Ecco Santa Maria Maggiore!

-Ecco la Dentiera!

“Dentadura”, así llaman al Altar de la Patria, un monumento descomunal y blanco de mármol que Vittorio Emanuele hizo erigir junto al Capitolio.

Los hombres explican los monumentos con un cierto orgullo de propietario y las mujeres y los niños les escuchan con admiración, como si fuera la primera vez.

La mayoría viene naturalmente en coche, porque el camino hasta aquí es dificultoso. Las parejas prefieren las motos, cuanto más pesadas mejor, que dejan aparcadas con el motor en marcha. El ruido no molesta a nadie. Los que están cerca suben el volumen del transistor, lo que tiene como consecuencia que todos hablan a gritos. Pero el griterío entre esta gente es una expresión de alegría vital. Lo que quizá explica su inexplicable amor por las arias de ópera. Una tarde estaba yo sentado en un banco en el Gianicolo, observando a los romanos mientras éstos admiraban Roma. Hacía un rato que me observaba un tipo mal afeitado con mirada pensativa. Me levanté para cambiar de sitio, pero él no me quería dejar escapar así como así. Me cogió de la manga, me condujo hasta la balaustrada y con un gran gesto me mostró la vista.

-Ecco la copola di San Pietro! Bella, eh?

Asentí y él me extendió exigente la palma de la mano abierta.

Saqué una moneda de cien liras del bolsillo para pagarle sus servicios. ¿Cien liras por la basílica de San Pedro? Estuvo a punto de tirarme el dinero a los pies. Los circundantes a los que invocó como testigos de mi ignorancia volvieron su atención hacia nosotros y me miraron con miserabilidad. Di a aquel tipo otras cien liras y salí huyendo.

Al cabo de vagar un rato me hallé en la profundidad del parque, al borde de un pequeño estanque. En su centro había una islita sobre la que se alzaba una extraña construcción de unos tres o cuatro metros de altura. Como sus paredes eran de cristal se podía ver en su interior un complicado mecanismo. Se trataba de un reloj bajo el que se hallaba un brazo de balanza, en cuyos extremos colgaban unos recipientes en forma de cazo. Desde un depósito de agua situado encima de ellos caía -gracias a una especie de mecanismo que se regulaba por el movimiento del brazo- una vez a la izquierda, otra vez a la derecha, un chorro de agua en el cazo situado en la parte superior, por lo cual éste

descendía, derramaba su contenido y volvía a ascender, produciendo el movimiento del brazo de la balanza, que a su vez impulsaba la máquina del reloj.

Mientras yo cavilaba acerca del funcionamiento de este misterioso aparato, se detuvo a mi lado, en el borde de la acera, uno de esos ridículos cochecitos que parecen panecillos, pero que tienen la ventaja de poder utilizar como pistas de carreras hasta las más estrechas y retorcidas callejas de la ciudad.

La portezuela izquierda se abrió y descendió un hombre gordo, calvo, con rostro congestionado. Luego se abrió la portezuela derecha y una mujer igualmente obesa rodó al exterior. Su labio superior estaba adornado por una ligera sombra de bigote. Cuando por fin se estiró por completo vi que superaba a su marido en una cabeza. Sudaba copiosamente y se daba aire con un abanico. Entretanto había aparecido por la primera puerta una muchacha delgaducha, quizá de catorce años, a la que siguió otra de unos dieciocho años, con una espetera extraordinariamente voluminosa. Fueron saliendo a continuación tres niños de pelo negro rizado, pegándose y empujándose. Les eché diez, ocho y cinco años. Cuando creí que ya habían terminado de desalojar el vehículo surgió resoplando y tosiendo un viejo, enjuto de carnes, con pelo blanco y un cigarrillo entre los labios. Se estiró y medía casi dos metros.

Asombrado no podía apartar los ojos del cochecito y del grupo humano, y así no atendí a lo que el gordo explicaba a los demás, que le escuchaban atentamente. Sin duda se trataba de una familia y el gordo era su cabeza. La dama descomunal del bigote debía de ser su mujer y los cinco niños eran sus hijos e hijas. Al anciano de pelo blanco nadie le dirigía la palabra y él mantenía un silencio obstinado. Quizá no era más que un familiar lejano, o simplemente les acompañaba. Los otros no hacían más que hablar de un modo agitado. La discusión subió de tono.

-¡No puede ser!-gritó el chico mayor-. No puede ser porque...

-¡A callar!-le cortó el padre-. Voy a explicároslo otra vez, pero poned atención, por favor. Vamos a ver: los chorros de agua mueven, como podéis observar, el brazo de la balanza y éste no sólo impulsa el mecanismo del reloj, sino también una bomba que a su vez sube el agua del estanque al depósito. Si no ¿cómo iba a llegar el agua hasta él?

-Quizá por la conducción de agua municipal -dijo la niña delgaducha.

-¡Tonterías! -exclamó el padre con mirada severa-. Os digo que este mecanismo maravilloso se mantiene en movimiento gracias a la energía que él mismo produce. Podemos definirlo, con razón, como un perpetuum mobile. ¿O acaso no?

-No -replicó el niño mayor, que por cierto se llamaba Belisario-. No, porque nuestro profesor ha dicho que no existe y nunca ha existido el perpetuum mobile. Está demostrado científicamente.

-¿Vas a poner en duda las palabras de tu progenitor, niño? -gritó el padre aún más congestionado-. ¿Me estás llamando mentiroso?

La madre le puso la mano sobre el brazo.

-Lo ha dicho el profesor.

-¡El profesor, el profesor! -respondió el padre con ojos tremebundos-. ¿Quién es ese tipo? ¿Quién le conoce? ¿Y qué sabe de estas cuestiones? Yo, vuestro padre, yo lo sé porque este reloj es obra de un tataracuñado nuestro, o sea, de un miembro de la familia, lo que se dice un antepasado. Así que un poco de respeto.

-Todo lo que quieras -rezongó Belisario-, pero no se trata de un perpetuum mobile, porque no existe tal cosa.

-¡Lo tienes delante de las narices! -bramó el padre-. ¿No tienes ojos en la cara, incrédulo Tomás?

De pronto se dirigió con gesto doliente a mí.

-Dígame usted, señor, ¿qué puede hacerse con la juventud de hoy? No creen ni a sus propios padres. Algo inconcebible, ¿no le parece?

Intenté esquivarle con algunas palabras confusas.

-¡Exactamente! -exclamó contentísimo el gordo-. ¡Cuánta razón tiene usted! Es el materialismo lo que ciega a los niños desde su más tierna edad. Ahí lo tenéis, lo dice el dottore, un hombre culto.

En Roma llaman dottore a cualquiera que lleve gafas y tenga aspecto de haber leído alguna vez un libro.

Durante los siguientes diez minutos fui el centro de la discusión generalizada, en la que todos, excepto el viejo silencioso, pretendían hacerme testigo principal de sus argumentos. Como no me sentía capaz de cargar con tamaña responsabilidad, murmuré por fin que lamentaba tener que interrumpir la animada conversación pero que una cita urgente me obligaba a ello.

Que adónde quería ir.

No se me ocurrió nada mejor y dije que muy lejos, a la Via Marmorata, cerca del Testaccio.

Que cómo iba a llegar hasta allí.

Tartamudeé algo de un taxi.

El gordo -al que por cierto su mujer llamaba Drucio y sus niños Babbo- alzó la mano con autoridad.

-No lo haga, dottore. Usted no es de aquí, ¿verdad? Le digo que los taxistas de esta ciudad son unos ladrones y unos bandidos. No permitiremos que abusen de un amigo. Además, nosotros tenemos que ir casi al mismo sitio. Le llevaremos. ¡Ande, vamos!

Aunque la noche había refrescado bastante, sólo de pensar en que me vería sentado en el diminuto vehículo sobre el regazo de la señora me hizo sudar. Busqué disculpas desesperadamente, pero ninguna resistió a la arrolladora amabilidad de la familia.

-Nada, nada. Disculpas. No nos causa usted ninguna molestia -insistió Drucio-. Es para nosotros un placer y un honor hacerle un pequeño favor a un amigo extranjero como usted.

Los niños me tiraban de las mangas y las niñas me empujaban por detrás hacia el utilitario. La madre sonrió y decidió:

-Rosalba nos llevará. Acaba de obtener su carnet de conducir y está muy orgullosa de él. No decepcione a la nena.

En un último y débil intento de resistir objeté que probablemente íbamos a estar muy estrechos en el coche.

-Reconozco que su apariencia es más bien pequeña -dijo Drucio-, pero por dentro es muy espacioso. ¡Adelante, Dotta!

A partir de ese momento todos me tutearon. Me habían acogido para siempre en el círculo familiar. Sin remisión.

Antes de que pudiera evitarlo, estaba encajado en la parte trasera. Rosalba, la joven de la extraordinaria espetera, ya se encontraba detrás del volante.

-Piensa, hija mía -dijo el padre tomando asiento a su lado-, que cuando un semáforo está rojo significa que al pasar el cruce has de mirar a derecha e izquierda, pues hay muchos conductores irresponsables.

-Sí, Babbo -contestó obediente la joven, y el coche se puso en marcha, entre el chirriar de los neumáticos.

Cerré los ojos y me agarré al respaldo del asiento del viejo de pelo blanco, sentado delante de mí. Al cabo de un rato me atreví a mirar a mi alrededor. En efecto, por dentro el vehículo tenía la amplitud de un minibús. Cada miembro de la familia ocupaba su asiento. Detrás de mí incluso había un espacio de carga que se perdía en la penumbra.

Drucio se volvió buscando mi aprobación.

-¡Asombroso! -dije con gesto de admiración.

Drucio trepó por encima del respaldo de su asiento y vino a sentarse a mi lado.

-En el fondo es simplemente una cuestión de supervivencia -me explicó-. Nuestras ciudades son estrechas y están superhabitadas, se ahogan en hojalata. Cada vez más gente coge su coche aunque sólo sea hasta la próxima esquina para comprar cigarrillos. La industria tenía que fabricar necesariamente vehículos cada vez más pequeños por fuera y amplios por dentro. La solución se imponía.

-Ah, no sabía que fuera tan sencillo -dije.

-Sí, sí, signore -contestó él-. Sólo hay que pensar un poco. Siempre ha sido una cualidad nuestra acomodarnos como sea a las circunstancias.

-Eso es cierto -admití.

-Ven, Dotto, te enseñaré más cosas- me dijo invitándome a seguirle. Nos levantamos y zarandeados por la técnica asombrosa de Rosalba en las curvas nos dirigimos a tientas hacia atrás, al espacio de carga.

Drucio abrió una puerta corrediza de metal y encendió una luz. Ante nosotros se abría un estrecho pasillo, empapelado con grandes flores, bordeado de varias puertas normales. Drucio abrió la primera. Me asomé a una pequeña habitación. En las dos esquinas opuestas había dos literas. En las paredes vi armarios y cómodas, un escritorio, así como una magnífica instalación estereofónica.

-Es la habitación de nuestros cuatro hijos -explicó Drucio.

-¿Cuatro? -pregunté confundido.

-Sí, Nazzareno, el primogénito, está en este momento en el hospital Salvator Mundi por una apendicitis.

-Ah.

La habitación siguiente era el dormitorio de las dos hijas, con innumerables posters en las paredes, entre ellos uno de Al Bano y Romina Power sobre la cama de la hija menor. Encima de la cama de la mayor lucía uno de Angelo Branduardi, del que sólo se veía pelo. Todo el cuarto estaba en color rosa.

-¡Mbeh! -fue el comentario del padre.

Luego visitamos el dormitorio de los padres, con su obligada cama de matrimonio, de tubos de latón dorado entrelazados artísticamente, y sobre la cabecera un cuadro de la Magdalena, semidesnuda, con una calavera en las manos y mirada lacrimosa dirigida al cielo.

Nos saltamos la siguiente puerta.

-Es sólo el cuarto de baño.

Pasamos al otro lado del pasillo y entramos en la cocina. Allí estaba sentada una anciana, tan gorda que necesitaba una silla para cada posadera. Vestía una combinación, llevaba una redcilla en la cabeza y bañaba sus pies en una palangana con agua jabonosa. Delante tenía un televisor que emitía un programa-concurso de Mike Bongiorno.

-¡Mamma! -le gritó al oído Drucio-, he traído a un amigo.

La señora alzó un momento la vista e hizo la señal de la cruz en mi dirección. Luego se volvió a concentrar en el concurso.

-Mamma es una santa -me explicó Drucio-. No vive siempre con nosotros. Tiene una asita en el campo. Pero le encanta dar paseos en el coche.

Nuestros recíprocos gestos de asentimiento ya se habían vuelto automáticos.

A continuación inspeccionamos el salotto, un espacio representativo que, como me aclaró Drucio, no era utilizado normalmente por la familia y se reservaba para bodas, bautizos y velatorios. Sobre la mesa del comedor, pulida al máximo, había un frutero de mármol verde con frutas variadas de plástico. En una vitrina se exhibían recuerdos y otros objetos de valor, como, por ejemplo, varias vírgenes de porcelana y yeso, ordenadas según tamaño, una góndola llena de bombones, una torre Eiffel y un pequeño busto de Juan XXIII como aspirador de humos. Una esquina estaba ocupada por una consola dorada sobre la que se alzaba una lámpara en forma de dama de harén que sujetaba en la mano una antorcha.

-Y ahora entremos en mi estudio -dijo Drucio abriendo otra puerta.

Me encontré en una habitación mezcla de farmacia, zapatería y sacristía. Había cantidades ingentes de botellas y recipientes de toda clase, cajas y cajitas, crucifijos variados, amuletos, paquetes de hierbas, cartas de tarot y, en las paredes, signos astrológicos.

-Reconozco -dijo mi anfitrión- que es algo pequeño y que todo está muy amontonado, pero somos gente sencilla y nos basta. Lo importante es el calor familiar; ya sabe lo que quiero decir, ¿verdad?

-No -respondí-. Es decir, sí, creo que comprendo, aunque me parece que no comprendo nada...

Drucio me miró preocupado.

-Estás pálido como una sábana. Quizá no te venga bien viajar en coche. Hay mucha gente que se marea, sobre todo en los asientos traseros. Voy a darte algo. Verás como te sientes mejor.

-No, no -exclamé horrorizado-. No es nada. Muchas gracias. Me siento mejor.

Salí al pasillo dando tumbos. Drucio me siguió después de cerrar cuidadosamente con llave la puerta de su estudio.

-Es por los niños -aclaró-. Por cierto, hemos llegado a nuestro objetivo. Puntuales para tu importante cita, amigo mío, no te preocupes.

Estábamos delante de la última puerta.

-¿Y aquí qué hay?-pregunté con aprensión.

-Nada importante. Es el garaje.

-¿Cómo? ¿Garaje? -murmuré con labios temblorosos.

Drucio abrió la puerta y, en efecto, nos asomamos al interior de un garaje cuya puerta de entrada estaba abierta.

-Pues sí, Dotto-comentó-. Ya sabes lo difícil que es encontrar aparcamiento en la ciudad. Resulta muy práctico llevar un garaje propio en el coche. Ahorra mucho tiempo. Es un poco pequeño, pero suficiente para un cochecito modesto.

En ese momento mi espíritu se nubló definitivamente. Con un alarido empujé a un lado a Drucio y salí corriendo a la calle por la puerta abierta del garaje. Corrí como un conejo perseguido en zigzag por las calles nocturnas, entre todos aquellos miniautomóviles que se cruzaban como exhalaciones en mi camino, hasta que los improperios de los conductores y mi propia falta de aliento me obligaron a parar.

No llegué a mi casa hasta muy tarde y aunque estaba agotado no logré pegar ojo. Al intentar comprender lo sucedido mis pensamientos se movían en círculos, como ratones bailarines chinos. De madrugada, y después de bastantes vasos de vino tinto fuerte, conseguí detener el ti vivo y caer en un pesado sueño sin visiones.

Al día siguiente encontré en el bolsillo de la chaqueta una tarjeta de visita. Como había decidido borrar de mi memoria toda la aventura pasada, me niego hasta hoy a creer que fuera Drucio el que me la metiera en el bolsillo, aunque ignoro quién si no hubiera podido dármela. Leí:

ASDRUBALE GURADALACAPOCCIA
MAGO

ESPECIALIDADES:

FILTROS DE AMOR - RECETAS CONTRA EL MAL DE OJO
QUINIÉLAS - AYUDA EN LA BUSQUEDA DE PISOS, ETC.

HORAS DE CONSULTA A CONVENIR.

También encontré un número de teléfono. Pero no he llamado ni al día siguiente ni nunca. No puedo arriesgarme a perder la mínima posibilidad de que no existan Drucio y su familia. Es una cuestión de salud mental.

Posdata: Hace poco leí en una revista seria una estadística sobre profesiones, según la cual hay en Italia más de treinta mil magos registrados oficialmente.

Esto, naturalmente, lo explica todo. ¡Qué país! ¡Qué pueblo!

LAS CATACUMBAS DE MISRAIM

La idea le vino de pronto y era incontrovertible. No había modo de defenderse de ella: él, Iwri, era diferente de las demás gentes del pueblo de las sombras. Desde luego no le hacía feliz descubrirlo.

Se hallaba en su nicho de dormir y no podía conciliar el sueño. Tenía los ojos clavados en el techo duro, negro y pétreo a un palmo de su rostro. Intentó recordar, pero fue en vano.

Antes su sueño, como el de todas las demás sombras, era un estado de inconsciencia rígida, un espacio vacío y oscuro entre las fases de actividad y toma de alimentos. Ultimamente, sin embargo, algo había cambiado. Durante el sueño recibía impresiones borrosas, imágenes que pasaban por su mente, sentimientos desconocidos que le asaltaban. Recordaba vagamente haber llegado en uno de esos estados imprecisos al final del mundo de Misraim y haber visto allí aberturas que permitían contemplar algo situado fuera de las catacumbas. Su memoria no recordaba ya lo que había sido ese espacio exterior, pero sus mejillas siempre estaban mojadas de lágrimas al despertar. Iwri reconocía que añoraba esos estados anormales, pero al mismo tiempo se avergonzaba de ellos, pues sabía con seguridad que se trataba de ilusiones. Y las ilusiones eran consideradas una debilidad imperdonable.

Según la doctrina oficial que nadie ponía en duda, el mundo de Misraim, ese universo laberíntico de pasillos, escaleras, salas, pasadizos, cámaras y cuevas en los que vivía, trabajaba, dormía y se reproducía el pueblo de las sombras era la única realidad posible. Grandes sabios habían calculado que si el sistema de catacumbas no era infinito, al menos era ilimitado. Gracias a una imperceptible curvatura de todos los espacios, un hipotético personaje que se moviera siempre en una misma dirección volvería, al cabo de un viaje inimaginablemente largo, a su lugar de partida desde el lado contrario. Y daría igual si para ello utilizaba los pasillos y túneles ya conocidos o si excavaba otros nuevos en cualquier dirección. Desde entonces la cuestión de lo que posiblemente existía más allá de los límites de Misraim fue descalificada como insensata y no se volvió a plantear. Un espacio exterior no podía, sencillamente, existir, ya que su existencia lo hubiera convertido en parte de Misraim y, con ello, en un no-espacio exterior. Lo único que existía y siempre existiría eran las catacumbas. De acuerdo con esto toda pregunta sobre cómo se había llegado hasta ellas se consideraba un signo de ignorancia que sólo merecía una sonrisa burlona o conmisericordiosa. Al no haber una salida, no era imaginable una entrada. Se consideraba, por otro lado, señal de gran cultura e información conformarse con el hecho de estar allí, sin buscar para ello un sentido o una razón. La conciencia de no caer en el autoengaño llenaba a los sabios de orgullo, por lo que se autotitulaban “desengañados” o “desengañadores”. Por lo mismo, en todo el pueblo de sombras sólo tenía valor de verdadero lo que iba acompañado del amargo sabor del desengaño.

El nicho de dormir en el que yacía Iwri era uno de los muchos que ocupaban las paredes de la gran cueva de reposo. Era concretamente el séptimo desde abajo y el vigesimotercero desde la derecha, en la pared occidental. Sólo se podía alcanzar con una de las escaleras móviles. Los otros muros también estaban llenos de nichos; todos medían dos metros de largo por medio metro de alto. Existían más cuevas de reposo en

otras partes de las catacumbas, unas más pequeñas que ésta, otras más grandes. Iwri no sabía cuántas. Había oído decir que existían cámaras funerarias y cámaras para parejas o cámaras individuales, pero debían estar destinadas a miembros especialmente privilegiados del mundo de las sombras.

Iwri rebuscó en su memoria para recordar cuándo se habían apoderado de él por primera vez aquellos extraños estados de ánimo. Al plantearse la pregunta de cuándo constató, no sin inquietud, que no distinguía los periodos de consciencia, era como si contemplara una serie infinita de imágenes reflejadas, completamente idénticas, que se perdían hacia el fondo, hacia la penumbra. Una penumbra siempre igual, gris plomo, llenaba los espacios de Misraim, una luz que no parecía venir de ningún sitio y que flotaba como niebla en el aire inmóvil. Se dijo que no existía el tiempo si éste significaba cambio; sólo había una permanente repetición de lo mismo, una actualidad perenne y amorfa. El tiempo era como una espesa papilla que había que remover constantemente para que permaneciera en movimiento. En cuanto uno retiraba la mano se paraba y no había diferencia entre antes y después, como si el tiempo nunca se hubiera movido.

-No te conduce a nada -oyó decir al Jefe en su oído-. Es como es. Quieres dejar de reflexionar inútilmente. Prefieres pensar lo que piensan todos y hacer lo que hacen todos. Quieres pertenecer al grupo. No quieres salir de él.

Iwri conocía esa voz, como la conocían todas las sombras. El que le hablaba era el Director y Máximo Ordenador de Misraim, el señor Bechmoth. Nadie le había visto nunca y, sin embargo, siempre estaba presente con su murmullo ronco y convincente. Excepto durante las fases de sueño, hablaba casi sin interrupción con cada sombra, le daba órdenes, la animaba, reprendía, guiaba y coordinaba su actividad con la de las demás. Cómo lo conseguía, si a través de un hipotético sistema de altavoces escondidos o de receptores integrados en el oído, era un enigma hasta para los más sabios. La capacidad de Bechmoth para transmitir órdenes simultáneas, sin dar nunca señal de cansancio o confusión, se consideraba un misterio de inteligencia sobrehumana que de antemano invalidaba cualquier objeción. Por eso el pueblo de las sombras le tributaba un respeto casi religioso y una obediencia incondicional.

-Quieres levantarte y ponerte a trabajar -murmuró la voz.

La escalera móvil se acercó automáticamente. Iwri salió de su nicho, descendió por ella y pasó por la puerta de la cueva de descanso al pasillo central.

Las sombras desfilaban en interminables columnas hacia sus puestos de trabajo o procedían de allí, escaleras abajo, escaleras arriba, por túneles y pasillos, naves y galerías, bordeando abismos insondables y cruzando puentes hasta alcanzar las últimas ramificaciones y vasos capilares del inmenso sistema venoso de Misraim. Las fases de actividad, de sueño y de toma de alimentos de cada sombra estaban rigurosamente ordenadas de modo que el movimiento de circulación nunca se detenía. Para todo lo necesario existían habitaciones especiales, también para las funciones corporales más íntimas como la excreción o el emparejamiento.

Iwri se puso en la fila. No tenía que reflexionar sobre dónde ir, pues la voz del Ordenador dirigía sus pasos: "Segunda bifurcación, subir escalera, seguir adelante, túnel a la derecha..."

En principio no había entre las sombras ninguna especialización profesional, cualquiera podía ser utilizado en cualquier momento para cualquier trabajo. Iwri estaba integrado en un grupo dedicado a medir la longitud, altura y anchura de todos los peldaños existentes, un trabajo sin perspectiva de fin, dado el número incalculable de peldaños que había. Por eso, de vez en cuando, se cambiaban algunos miembros del equipo y los recién llegados empezaban a medir de nuevo. Ninguno sabía qué sentido tenía su actividad y ninguno preguntaba por él. La voz del Jefe les aseguraba que su trabajo poseía una importancia excepcional y no había razón para dudar de ello.

La roca en la que estaba excavado todo el sistema de catacumbas se hallaba formada por una sustancia negra de gran peso y densidad. Un fragmento del tamaño de una cabeza pesaba tanto que una persona apenas podía levantarlo. Como al mismo tiempo era viscoso y duro oponía extrema resistencia a la elaboración. Cuando, a pesar de todo, se conseguía romper un pedrusco de aquellos, éste quedaba al instante reducido a polvo, que se cargaba en vagones y se llevaba a instalaciones lejanas -Iwri no sabía de nadie que las hubiera visto- para ser transformado en el único alimento del pueblo de las sombras. Se trataba de un caldo negro que eliminaba rápidamente la sed y el hambre, pero que no sabía a nada. Se necesitaba poca cantidad. La sombra que lo tomaba se volvía más densa y oscura. La falta de este alimento producía, por el contrario, una difuminación de los contornos en los hambrientos, a largo plazo incluso una ligera transparencia. Lo mismo sucedía -aunque de modo irreversible- cuando moría una sombra. Ésta se volvía transparente y se desintegraba en polvo.

A pesar de la constante necesidad de alimento para tantas sombras la cantidad total de la sustancia era invariable, según la información que daba el “DesEngañador”. Lo que por un lado se consumía, por el otro se añadía en forma de basura, desechos, excrementos y polvo de los muertos. Por lo tanto, sólo podía alterarse a lo largo del tiempo la estructura interior de Misraim, pero no su volumen original. Esta conclusión se consideraba muy tranquilizadora

Iwri halló en su puesto de trabajo -como solía desde que formaba parte del grupo de medición- un trozo de tiza con el que tenía que marcar determinados puntos de cada peldaño. Dócilmente puso manos a la obra, pero no estaba concentrado. Sus pensamientos volvían una y otra vez a las extrañas experiencias de sus recientes fases de sueño. Cuando, por fin, pasó el tiempo de trabajo, no colocó el trozo de tiza donde correspondía según las ordenanzas, sino que se lo metió en el bolsillo. Nadie lo notó y tampoco la voz de Bechmoth acusó recibo. Iwri no hubiera podido explicar por qué lo había hecho. En el camino de vuelta escondió el trozo de tiza en un pasillo lateral de escasa altura que parecía estar en desuso. Luego se dirigió a la toma de alimentos, se volvió más oscuro, sintió cansancio y se retiró a su nicho de dormir. De nuevo le invadieron aquellas extrañas imágenes y, de nuevo, no recordó al despertar lo que había visto al otro lado de las aberturas. Había olvidado el trozo de tiza, pero como encontró otro en su lugar de trabajo, ni siquiera lo registró.

Durante las próximas fases de trabajo repitió el hurto varias veces sin que nadie se lo impidiera. Cuando ya tenía reunidos seis o siete trozos de tiza en su escondrijo, logró recordar al despertar su inexplicable proceder. Y al llegar la próxima fase de descanso hizo algo que a él mismo le pareció una acción inusitada, casi un crimen. En vez de dirigirse como ordenaba la voz del Jefe a su nicho de dormir, fue sigilosamente a su

escondrijo. Le costó cierto esfuerzo hacer ese camino, ya que estaba acostumbrado, como todos, a ser dirigido en cada movimiento. Ahora debía tomar decisiones. Nada más ver el montoncito de tizas comprendió por qué había desobedecido.

Buscó una superficie lisa en uno de los muros y empezó a dibujar, inseguro y con poca pericia, los contornos de aquellas aberturas que recordaba. Los primeros esbozos fueron desazonadores y le parecieron a él mismo bastante primitivos, pero no se desanimó y lo intentó de nuevo. Abrigaba la imprecisa esperanza de que si conseguía representar convincentemente las aberturas también recuperaría en su memoria lo que había detrás de ellas, allá fuera, al otro lado del muro. Pero su esfuerzo fue en vano.

-No quieres hacer lo que estás haciendo -dijo el murmullo del Gran Ordenador, hasta ahora silencioso-. Si continúas en tu empeño tendré que abandonarte. Estás avisado.

Iwri no reaccionó y siguió trabajando silencioso y obstinado.

-Lo que haces -dijo la voz insistente y, por primera vez, con un atisbo de impaciencia-, lo que haces me duele. Borraremos tu existencia. Te sustituiremos. Ya que deseas sufrir, sufre. Nos encargaremos de que no contagies a otros tu enfermedad. No perteneces al pueblo de las sombras; de ahora en adelante no serás nada. Todavía no sabes lo que eso significa. Lo aprenderás.

Era la última vez por mucho tiempo que Iwri oía la voz del Jefe.

Una vez terminado tan bien como supo su trabajo, se apartó para contemplarlo durante unos instantes. El resultado le decepcionó y desanimó. De pronto se notó muy cansado.

Se dirigió a la toma de alimentos, pero nadie le sirvió su ración. Le pasaron por alto. Afortunadamente tampoco se fijaron en él cuando se sirvió a sí mismo. No le impidieron que lo hiciera y, por tanto, no se preocupó más del asunto. Las cosas, sin embargo, cambiaron cuando regresó a la cueva de dormir para recogerse en su nicho. Constató que éste había sido ocupado por otra sombra y no quedaba ninguno libre.

Iwri volvió al lugar de su crimen. Un equipo de limpieza borraba en ese momento sus dibujos.

-¿Qué pasa? -preguntó-. ¿Por qué lo hacéis?

Nadie le respondió; como si no le hubieran oído.

-Me gustaría saber -dijo uno de los obreros a su compañero- lo que esto significa.

De pronto Iwri recordó una palabra, la recordó como algo olvidado desde hace mucho tiempo.

-Son ventanas -musitó-, ventanas a través de las que podemos mirar hacia fuera. Es decir, no son verdaderas ventanas, sino, desgraciadamente, sólo su representación. Además, una representación bastante imperfecta.

El equipo de limpieza terminó su quehacer y se marchó. El muro estaba como antes.

-Ventanas... -susurró Iwri. ¿De dónde le venía de pronto esa palabra? En el lenguaje del pueblo de las sombras no figuraba.

El montoncito de tizas seguía en el rincón. Tomó una y empezó a dibujar sobre el muro limpio. Tampoco esta vez el resultado le satisfizo. Quizá, se dijo, el culpable era el muro. Debía encontrar una superficie más apropiada. Aunque la idea no le convencía, metió los trozos de tiza en su bolsillo y se puso en camino.

Nunca había tenido que arreglárselas por sí mismo y al poco rato se perdió irremisiblemente en el laberinto de pasillos y bifurcaciones. El esfuerzo por comprender el orden de las cuevas y la necesidad desacostumbrada de tomar decisiones propias en cada encrucijada agotaron con rapidez sus fuerzas. En un rincón se echó cansado en el suelo y se durmió. Esta vez no tuvo visiones de ventanas, al contrario, sintió como si los muros le aprisionaran por todos los lados hasta inmovilizarle. Despertó bañado en sudor.

Se puso en pie y vio al fondo de un pasillo guardianes del orden que según le pareció buscaban a alguien. Instintivamente huyó de ellos. Más tarde, cuando hizo un alto, sin aliento, se preguntó por qué había huido, pues quizá él existía para los guardianes tan poco como para las demás sombras. Sin embargo, no estaba completamente seguro de que así fuera. ¿Qué hacer? Ya no oía la voz que le daba órdenes y debía proponerse él mismo una tarea, un objetivo. Estaba confuso y tardó un buen rato en hallar fuerzas para actuar. Lo que más le agobiaba, por ser algo totalmente nuevo, era su soledad. Se encontraba separado de las otras sombras como por un espacio invisible e impenetrable. Por primera vez sintió una gran tristeza y supo que ya no le abandonaría nunca, es más, que era sólo el principio, la premonición de lo que le esperaba. La tristeza misma aún no le había alcanzado, aún estaba lejos, como una oscuridad pesada, gigantesca, que se aproximaba con lentitud. Se hallaba por todas partes y no había escapatoria.

Iwri se asustó de ella. Si aún existiera una posibilidad de volver bajo la protección del Ordenador y ser acogido de nuevo en el pueblo de las sombras, quizá la hubiera aprovechado a fin de no estar solo. Pero sabía que nunca renunciaría a buscar lo que se encontraba más allá de las ventanas. No había pues vuelta atrás, era demasiado tarde. Debía dejar que sucediera lo que estaba sucediendo.

Si lo que había visto por las ventanas -y no podía recordar- no era una fantasía de su mente, sino realidad, entonces existía, en contra de la opinión de los sabios, un mundo, incluso muchos mundos fuera de Misraim. El inmenso sistema de catacumbas sería, por lo tanto, sólo una prisión en la que por causas desconocidas se hallaba encerrado el pueblo de las sombras. Bechmoth, el Gran Jefe, no era más que un carcelero. Esto explicaba la dureza con la que había perseguido a Iwri por pintar ventanas. Pero ¿cómo era posible que nadie más se sintiera prisionero, que todos estuvieran contentos con su existencia de esclavos?

En su búsqueda de una salida Iwri caminó durante innumerables fases de vigilia, que ahora eran totalmente irregulares, por los laberintos de Misraim. En su huida de posibles perseguidores no se atrevía a permanecer en ningún sitio. A la tristeza y el miedo vino a asociarse la sensación de que estaba enterrado en vida, de que se asfixiaba en el espacio

estrecho. A ratos caía en estados de pánico que se intensificaban originándole un dolor físico insoportable.

Entonces corría hasta caer rendido o avanzaba a cuatro patas o se abría camino a tientas, paso a paso, como un ciego. Así llegó a zonas desconocidas del laberinto, cuya existencia nunca había imaginado. Entró en cuevas tan grandes que albergaban ciudades enteras con edificios de muchos pisos. Subió y bajó y volvió a subir innumerables peldaños, porque las escaleras desembocaban las unas en las otras o se perdían en el vacío. Se metió por pasadizos tan estrechos y bajos que sólo se podían superar arrastrándose sobre la tripa. A traspies y rodando bajó por superficies inclinadas y ascendió por angostas chimeneas. Pero en ningún momento halló una salida de Misraim, algún indicio de que había alcanzado el final de las catacumbas. En cambio encontró lugares donde le parecía haber estado ya una vez, aunque nunca con absoluta seguridad. Robaba el alimento, lo que no era demasiado difícil, pues nadie se fijaba en él, y dormía donde y cuando tenía ocasión.

En su peregrinaje llevaba los trocitos de tiza y los cuidaba como su más preciado tesoro, ya que sabía que no obtendría otros. Siempre que veía un lugar adecuado pintaba sus ventanas. Sus reservas de tizas fueron disminuyendo y la meticulosidad con la que se preparaba antes de dibujar creció a fin de que no se desperdiciara ni un trazo. Pero con tanta obstinación como repetía sus intentos, con tanta regularidad eran borrados al instante. Aunque aquello hacía inútil su actividad, la rapidez con que eran eliminados sus dibujos le confirmaba en su convicción de que su trabajo, por muy pobre que fuera, constituía un peligro para Bechmoth y su sistema carcelario. Se agarró a la idea de que todo cambiaría -significara lo que significara este concepto- si lograba representar lo que había visto hacía tiempo a través de las ventanas. Ahora no lo recordaba y tampoco se le aparecía en sus fases de sueño. Dibujaba el recuerdo de un recuerdo que con el tiempo era más inverosímil; sus ventanas quedaban pues vacías. La desesperación que le producía esto era lo peor de todo. Había perdido la realidad de Misraim, en la que creía el pueblo de las sombras, y no encontraba la otra realidad, por la que había sido expulsado. No había salvación para él, ni en éste ni en el otro lado.

Un día por fin llegó el momento de utilizar el último trozo de tiza en un postrer intento que de nuevo fue un fracaso. Todo había concluido. La gran tristeza le había dado alcance y le enterraba como bajo una montaña. Preparó una cuerda y se ahorcó.

Cuando volvió en sí le habían puesto esposas. Dos guardianes del orden se inclinaban sobre él y le hablaban con tono de reproche. Iwri no entendía lo que decían, sólo captó que estaban satisfechos de haberle cogido. Le obligaron a ponerse en pie y se lo llevaron. Él no se defendió.

Le introdujeron en una celda individual, pequeña y baja de techo. Allí estuvo largo tiempo solo. Dormía mucho, o mejor dicho, se mantenía a propósito en un duermevela, ya que cada instante de vigilia significaba un tormento insoportable. Evitaba pensar en lo que harían con él, si le condenarían algún día por sus dibujos de ventanas o si, simplemente, le habrían olvidado. Una mano invisible le traía con regularidad comida. Valiéndose del mango de la cuchara intentó grabar los contornos de una ventana en el muro de su celda. Los muros eran demasiado duros y no quedó en ellos rastro de sus esfuerzos.

Estaba enroscado en un rincón, con el rostro hacia la pared, cuando un ruido de la puerta de su celda le sacó de su estupor. No se movió. Una mano le tomó por el hombro y le sacudió suavemente.

-Despierta -dijo alguien-. Ven conmigo, pero no hagas ruido.

Iwri se volvió despacio y vio dos sombras, un joven y una muchacha.

-¿Qué queréis? -preguntó sin oír apenas su propia voz-. ¿Quiénes sois?

-Amigos -respondió la muchacha-. Venimos a sacarte de aquí.

-Amigos... -repitió Iwri con dificultad-. ¿Qué queréis decir?

Intentaron levantarlo.

-Ven, disponemos de poco tiempo.

Iwri se resistió.

-Es un error -protestó-. Buscáis a otro.

-No, no -murmuró el joven con prisa-. Te lo explicaremos luego, y podrás preguntar lo que desees. Ahora, apresúrate.

Iwri se dejó conducir por ellos al exterior, primero por un pasillo bajo con puertas a otras celdas; luego por una habitación en la que colgaban de la pared muchas llaves. En un rincón dos guardianes del orden, sentados en torno a una mesa, roncaban tranquilamente con la cabeza apoyada sobre los brazos. Sus secuestradores le condujeron a un túnel de bóveda muy alta en el que fluía un animado tráfico. Le colocaron entre ellos.

-Si alguien nos da el alto -musitó la chica-, déjanos hablar a nosotros.

Efectivamente, había un control al final del túnel.

-Transporte de un enfermo -explicó el joven-. Es urgente. Aquí están los documentos.

El guardián echó un vistazo a los papeles y dijo:

-Adelante.

Por caminos confusos llegaron al fin a una escalera de caracol cuyos innumerables peldaños ascendían por un pozo y desembocaban en una sala llena de trastos, posiblemente un almacén de máquinas inservibles.

Los acompañantes de Iwri se cercioraron de que nadie les había seguido, apartaron unas planchas de hierro oxidado y quedó al descubierto en la pared un nicho. Utilizando un complicado ritmo golpearon varias veces en determinados puntos y el fondo del nicho se abrió. Entraron por el hueco y la pared se cerró de nuevo a sus espaldas.

-Ya puedes preguntar -dijo la muchacha-. Ahora estamos en nuestro lado.

-En nuestro lado... -repitió Iwri-. ¿Qué lado?

-Fuera del reino de Bechmoth.

Iwri se quedó parado y miró confundido a su alrededor.

-Fuera... -murmuró-. Fuera... Así que yo tenía razón. Pero ¿quiénes sois vosotros?

-Somos los enemigos de Bechmoth. ¿No te basta?

-Sí-tartamudeó Iwri-. Es decir, no. No me basta.

-¿Lo oyes? No le basta-dijo el joven-. Explícaselo.

Ella sonrió.

-Los planes del señor Bechmoth nunca se cumplirán. Nosotros nos encargamos de ello.

-¿Sois muchos?

La chica suspiró.

-Por desgracia, no.

-No somos suficientes -añadió el joven.

-¿Y yo? ¿Qué queréis hacer conmigo?

-Bueno, tú eres uno de los nuestros, ¿no?

-Necesitamos con urgencia gente como tú.

-¿Para qué me necesitáis?

-Eso te lo dirá la misma Madam.

-Ella tiene gran interés en que colabores.

-¿Madam? ¿Quién es?

-La doctora, la señora Lewjothan. ¿No has oído hablar de ella?

-A ella le debes tu salvación. Ella nos envía.

Iwri hizo otra vez un alto.

-¿Os referís a la Consoladora?

-Sí, creo que así la llaman en el reino de las sombras.

-Pero no te pares. No la hagamos esperar.

-Entonces... ¿es verdad que existe?

Iwri había oído a través de jirones de conversaciones y alusiones de un rumor según el cual existía un grupo secreto que de un modo no precisado con exactitud luchaba contra el Jefe y su sistema y que encabezaba una médica llamada la Consoladora. No estaba permitido hablar de ella. Iwri no había prestado atención a esos rumores y la había olvidado. Agitado preguntó:

-¿Quiere verme? ¿Por qué?

-Quizá por tus dibujos de ventanas.

-¿Se ha enterado de ellos?

-Oh, sí, querido. Sabe mucho, en cierto sentido más que Bechmoth. Y tiene que ser así, de otro modo estaríamos ya fuera de combate.

-Pero mis ventanas... -musitó Iwri- nunca han sido perfectas. Siempre han estado incompletas. Faltaba lo más importante.

-Ahora no se trata de eso.

-¿De qué se trata, entonces?

-Quizá de que eres inmune -dijo el joven.

-¿Que soy qué?

-Oye -dijo la muchacha a su compañero-, me temo que hablas demasiado.

-Es posible -admitió éste-. Dejemos la explicación a Madam Lewjothan.

El pasillo por el que caminaban se abrió de pronto y salieron a una rampa. La vista que se ofrecía desde ella impresionó a Iwri. En una cueva de enormes dimensiones se extendía ante sus ojos una instalación de invernaderos como una ciudad llena de luces. Cada invernadero estaba iluminado por dentro y relucía con una luz extraña, rosa y violeta. En el centro de la amplia instalación se alzaba un palacio de cristal, flanqueado por una torre estrecha, también de cristal.

-Allí arriba -oyó Iwri decir a la muchacha cerca de su oído-te espera ella. Encontrarás tú mismo el camino, no hay pérdida. Nosotros no podemos acompañarte más lejos.

-Gracias -dijo Iwri-. ¿Cómo os llamáis?

Se volvió hacia sus dos compañeros, pero éstos ya habían desaparecido.

Descendió la rampa y entró en el invernadero más próximo. Un aire húmedo y caliente le vino al encuentro y le cortó casi la respiración. Olía a putrefacción, dulzona y embriagadora. Iwri contuvo el deseo de vomitar. A la derecha y a la izquierda crecían en arriates en un desorden caótico grandes hongos, cuyas formas pálidas y carnosas parecían cartílagos orgánicos. Entre ellos colgaban hilos babosos.

Mientras iba de un invernadero al otro, sin perder de vista el Palacio de Cristal, cuya torre se divisaba desde todas partes, le llamó la atención que las tuberías de la calefacción que corrían a lo largo de las paredes laterales se hallaban defectuosas en muchos sitios, oxidadas, sucias e incluso reventadas aquí y allá. Lo mismo sucedía con el sistema de riego que bordeaba los arriates de tierra negra y que servía para mantener húmedos los hongos. Por doquier caían gotas de agua y brotaba el vapor. Todo el sistema parecía viejo y descuidado. También las fuentes de luz que producían el fulgor rosa y violeta tenían las pantallas de hojalata abolladas, estaban torcidas o se habían apagado por completo. En esas zonas más oscuras no crecían hongos en la tierra negra y enfangada.

Por fin Iwri llegó al Palacio de Cristal situado en el centro. Hasta ese momento no se había encontrado con nadie. Subió a la torre, piso por piso, sin oír más que su propio aliento y el cling-clong de sus pasos sobre el suelo de cristal. El piso superior era octogonal y desde él se vislumbraban en todas direcciones, como desde una torre de vigía, los invernaderos. El techo de la gran cueva, igual que un cielo pesado y cubierto de nubes, casi imperceptible en la penumbra, lo abarcaba todo.

-Al fin has llegado -dijo de pronto una voz profunda y extrañamente velada-. Eso está bien.

Iwri se volvió sobresaltado. Al otro lado de la habitación octogonal había aparecido una figura alta y delgada en un largo vestido blanco. Su rostro se distinguía con dificultad ya que una sombra caía sobre él.

-¿La doctora Lewjothan? -preguntó vacilando.

La mujer asintió.

-Acércate un poco. Ya no veo bien.

Iwri dio unos pasos en su dirección y ella alzó la mano.

-Quédate ahí. Así.

Iwri, en medio de la habitación, se sintió incómodo. Hubo un silencio, en el que ambos se contemplaron.

La mujer le sobrepasaba en más de una cabeza. Su rostro demacrado y pálido era de rasgos finos, pero a pesar de ello daba la impresión de severo, incluso de duro. Resultaba difícil dilucidar si se trataba del rostro de un muchacho un poco femenino o

de una mujer un poco masculina. En cualquier caso incluía a los dos sexos. Sus ojos oscuros, ligeramente oblicuos, descansaban sobre él sin parpadear. Sintió la fuerza hipnótica que brotaba de aquella mirada, pero no deseó defenderse de ella. El pelo color cobrizo de la mujer era corto, casi masculino. Alrededor de sus labios flotaba un amago de sonrisa que no estaba dirigida a él, sino que era permanente y automática. No parecía una sonrisa alegre; al contrario, creaba un aura trágica que cerraba el camino a cualquier acercamiento. Iwri bajó los ojos.

-Tus ventanas -oyó decir a aquella voz- nos han puesto en peligro.

-¿Mis ventanas? ¿Qué quiere decir?

-Me temo, mi pequeña sombra, que eres un artista. Quiero decir que no comprendes tus propias ideas. Sí, tus ventanas. Enseguida supimos lo que pretendías decir con ellas. Representabas, sin darte cuenta, nuestros invernaderos. Ahora ya lo sabes. No tendrás dudas sobre ello, ¿verdad? También sabes ahora lo que siempre te ha faltado: lo que se ve a través de las ventanas. No podías representarlo porque te asustaba. ¿Te sorprende esta revelación?

-No sé -respondió inseguro- si era eso...

Ella rió silenciosamente.

-Es increíble cómo precisamente la facultad creadora nos impide ser conscientes de nuestros móviles. ¡Animo, mi pequeña sombra! Cuando aceptes tus propios deseos te sentirás mejor, te lo garantizo .

-Quizá tenga usted razón -balbució Iwri.

-Oh, estoy segura de ello, pero debes creerlo por convicción. No quiero que lo hagas por darme gusto. No nos ayudaría a ninguno de los dos. Y lo que necesito con urgencia es precisamente tu ayuda, por supuesto voluntaria.

-¿Mi ayuda? -preguntó Iwri-. ¿Qué desea de mí?

Ella apartó la mirada y la dejó vagar por el panorama de invernaderos iluminados.

-Al venir hasta aquí has podido ver el estado lamentable en que se encuentran nuestras instalaciones. No contamos con nadie capaz de mantenerlas. Sin ellas nuestro trabajo es imposible.

-¿Qué son esos hongos?-preguntó Iwri.

Ella se volvió nuevamente hacia él y rió con su característica risa apagada.

-Te han asustado, ¿verdad? Reconozco que son repelentes. Pero son nuestro gran tesoro. De ellos obtenemos nuestra medicina, el GUL, nuestra arma más potente contra Bechmoth. El GUL es una fórmula química... -empezó a explicarle la fórmula, pero él no entendía lo que ella decía-. Extraemos la medicina de las esporas. Pero esto no es cosa tuya. El cuidado y la explotación de los cultivos de hongos corre a cargo de otros.

Tu tarea consistiría en mantener en orden las instalaciones.

-¿Para quién es la medicina? ¿Y qué efectos tiene? -preguntó Iwri.

-Oh, perdona, lo olvidé. No deberías saberlo, precisamente tú no deberías saberlo. Por eso estás aquí. Sobre ti no actúa, o quizá ha perdido su efectividad; ignoramos la causa.

Hizo una pausa para reflexionar.

-En el fondo -continuó por fin paseando a lo largo de la pared con ventanas, de arriba abajo y de abajo arriba, de modo que Iwri tenía que girar con ella-. En el fondo todo el sutil sistema de Bechmoth tiene un único objetivo: hacer sufrir a sus víctimas. Tú, pequeño, sabes lo que eso significa. ¿Por qué lo desea tanto? Pienso que el ansia de poder absoluto es en sí misma una especie de dolor que sólo se aplaca con el sufrimiento ajeno. Quizá el tormento que inflige a otros le produce cierto consuelo.

Aunque, a fin de cuentas, eso carece de importancia para nosotros. No es Bechmoth el que necesita ayuda sino sus víctimas. Yo, como sabes, soy médico y mi ética profesional me ordena ayudar a los que sufren. Ya sé que podemos discutir interminablemente sobre este punto, pero al fin y al cabo todo desemboca en una verdad muy simple: es bueno lo que mitiga o impide el sufrimiento, es malo todo lo que produce o intensifica sufrimiento. Con nuestro GUL impedimos en la mayoría de los casos que la gente empiece a sufrir. Y si ya sufren reducimos su sufrimiento hasta que queda bajo el nivel de percepción del sujeto. El sufrimiento que no se percibe no es tal. Podría decirse que el GUL es una especie de producto anestésico, un narcótico que insensibiliza especialmente contra los métodos de tortura de Bechmoth y no afecta a las demás funciones. En la mayoría de los pacientes basta una pequeña cantidad que les suministramos sin que ellos lo sepan en las comidas. En casos difíciles inyectamos dosis mayores. Hay casos muy raros en los que existe una resistencia innata o adquirida contra nuestro producto, como sucede contigo, mi pequeña sombra. Lo constatamos, pero desconocemos todavía las razones. Tú mismo no lo has notado, pero hemos estado inyectándote, durante las fases de sueño, GUL altamente concentrado sin obtener resultados. Tuvimos que hacerlo para disuadirte de pintar ventanas, pues Bechmoth es de por sí desconfiado y podrías haberle puesto sobre la pista. Comprendimos entonces que por tu especial constitución eras la persona idónea para cuidar nuestros invernaderos...

-¿Por qué? -preguntó Iwri-. ¿Por qué precisamente yo?

El constante ir y venir le había mareado un poco; además, se sentía cansado y con sueño. Apenas si era capaz de seguir la voz monótona de la Consoladora.

-Está muy claro -la oyó decir, y por primera vez su tono era ligeramente impaciente-. Escúchame bien, pequeño, no te hagas el tonto. Estoy muy ocupada y no dispongo de tiempo. Así que no preguntes lo que ya has comprendido perfectamente. Por otra parte, pienso que deberíamos tener confianza el uno en el otro, pues estamos en el mismo bando. ...

Iwri asintió agotado. Tenía un sinfín de preguntas que hacer, pero no se le ocurrió ninguna. Se sentó en el suelo y apoyó la cabeza en la mano. Un cansancio irresistible se

apoderó de él. Durante un rato aún oyó la voz que, como desde una lejanía creciente, insistía e insistía; luego cayó en un profundo sueño.

Cuando despertó se halló solo en la habitación octogonal. Se sentía atontado y vacío, como si le hubieran exprimido, pero la angustia soportada durante tanto tiempo en las catacumbas había desaparecido por completo. Eso ya merecía su agradecimiento.

No había nadie con él al que hubiera podido preguntar qué tenía que hacer. Así que se puso a buscar. Revisó todo el Palacio de Cristal y por fin descubrió en el sótano una especie de taller, al menos parecía haberlo sido hacía mucho tiempo. Las herramientas desperdigadas se encontraban en su mayoría en tal estado que apenas resultaban utilizables, aunque unas pocas podían ser reparadas provisionalmente. También halló un camastro con unas mantas rotas y polvorientas, algunos cacharros y una cuchara. Decidió convertir el taller en su futura vivienda.

En otros sótanos adyacentes encontró gran cantidad de cajones con piezas de recambio para las instalaciones de los invernaderos: tuberías de calefacción, bombas, lámparas, cables, alambres y otros materiales. Inmediatamente se puso a trabajar.

Durante los primeros tiempos se atuvo a un plan determinado. En principio se dedicó a reparar las averías más graves de los invernaderos cercanos al Palacio de Cristal, convencido de que ahí se hallaba el corazón del sistema en forma de una central térmica que alimentara la red de tuberías con vapor o agua caliente o un distribuidor para la instalación de la luz. Pero no encontró nada de este tipo, ni al comienzo de sus empeños ni más adelante. Según todos los indicios no existía tal centro neurálgico.

Con el tiempo renunció a cualquier plan y trabajaba donde surgía la necesidad. Su euforia se fue convirtiendo en obstinación rutinaria. Como no lograba comprender el orden básico de la instalación no le quedaba otro remedio que arreglar donde había algo que arreglar, un día aquí, el otro allá. En consecuencia sus reparaciones resultaban inútiles tarde o temprano. Cuando terminaba en un extremo aparecían en el otro las viejas averías u otras completamente nuevas. El trabajo en el ambiente caluroso, húmedo y hediondo de los hongos era pesado y le hacía sudar. A menudo después de muchas horas de esfuerzo continuado caía extenuado y medio asfixiado al suelo. Pero lo que más le agotaba era la falta de perspectivas de esta lucha permanente contra la ruina, una lucha que nunca se ganaría, ni siquiera por unas horas.

A pesar de todo, Iwri perseveraba, ya que sabía que nadie excepto él era capaz de realizar este trabajo que constituía su única posibilidad de ayudar al pueblo de las sombras en su sufrimiento. Aunque su esfuerzo no tuviera un fin visible, no le parecía inútil. Esta idea le mantenía en pie.

En todo este tiempo no volvió a ver a la doctora, ni tampoco se encontró con ninguno de sus colaboradores, aunque pudo constatar que los hongos habían sido recolectados varias veces, generalmente en las zonas donde él no trabajaba. Cuando regresaba a su sótano solía hallar allí comida que algún desconocido le llevaba. También recibió varios cajones con piezas de recambio, pero nunca supo de dónde procedían y cómo habían llegado. Por otro lado le quedaban pocas fuerzas para pensar en estas cosas. Nada más comer solía caer en su lecho y dormir como un muerto. Ya no pensaba en sus ventanas, estaba rodeado de ellas...

Había transcurrido ya mucho tiempo dedicado a su trabajo solitario cuando inesperadamente se encontró con alguien. Sucedió en uno de los invernaderos más alejados del Palacio de Cristal, situados en el límite norte de la plantación, al que Iwri no había llegado nunca. En un rincón oscuro descubrió un montón de harapos que al principio no le llamó la atención. Pero al cabo de un rato creyó percibir a intervalos regulares unos murmullos:

-Destruir... destruir todo... Por favor, créeme...

Y entonces comprendió que el montón de trapos se trataba del lecho de un hombre, muy viejo a todas luces, que apenas respiraba y cuyo cuerpo era casi un esqueleto. Su rostro estaba marcado por un sufrimiento como Iwri nunca había visto en el pueblo de las sombras.

Levantó al viejo, ligero como un muñeco, y lo llevó en brazos hasta su sótano del Palacio de Cristal. Allí le dio su comida, cucharada a cucharada, e intentó tumbarle en su propio lecho para que descansara. Pero el viejo se resistía, agarrándose con fuerza a él. Atrajo la oreja de Iwri hasta su boca hundida:

-He luchado contra la muerte -murmuró- con la esperanza de que me encontrarías. Sólo me quedan unos instantes. Tienes que creerme todo lo que te diga, pues es la verdad. Yo soy tu antecesor aquí, en los invernaderos. Soy el ingeniero que en su día construyó la instalación. Sí, yo también creía entonces que actuaba bien, como tú lo crees ahora. Pero yo he desenmascarado a la Consoladora. Todo es mentira, nada más que mentira...

Intentó incorporarse, pero Iwri le retuvo suavemente en el lecho.

-Descansa -le dijo-. Luego me lo contarás todo.

-No-exclamó sin aliento el viejo moviendo la cabeza de un lado a otro-. No tenemos tiempo. He estado escondido. Ella haría cualquier cosa para impedir que te revele la verdad. Comprenderás enseguida por qué, así que no me interrumpas. Me he mantenido vivo sólo para esto y pronto moriré, ¿me oyes? Soy también culpable de lo que le sucede al pueblo de las sombras. Debo reparar mi crimen y tú lo harás por mí. No sigas cuidando la instalación. Debes, por el contrario, destruirla por completo ahora mismo. Los invernaderos, los malditos hongos, todo. Prométemelo.

-¿Por qué he de hacerlo? -preguntó consternado Iwri-. Es el único remedio para los prisioneros de Bechmoth.

-No es cierto -gimió el viejo-. ¿Te ha contado ella que Bechmoth es su enemigo? Sí, eso les hace confiar a todos. Yo también la creí. En realidad ella trabaja para él. Él la necesita, no sería nada sin ella... Ella comparte su lecho. Yo los he visto juntos. He oído lo que hablaban... Sus planes con respecto al pueblo de las sombras. Nunca he oído cosas peores. Cuando se dieron cuenta de que les había espiado me castigaron. No preguntes cómo. Ya ves que pude escapar

-No comprendo -balbució Iwri-. Bechmoth mantiene esclavizado al pueblo de las sombras en Misraim para satisfacer con su sufrimiento la sed ardiente de poder que le atenaza y la doctora Lewjothan lo impide mitigando los sufrimientos de los esclavos.. .

-Ah, sí -dijo el viejo-. Desde luego. Pero ¿cómo lo hace? Les proporciona esta droga maldita, gracias a la cual olvidan todo. Sí, olvidan que son prisioneros, olvidan que no siempre fueron el pueblo de las sombras, olvidan que más allá de las catacumbas de Misraim hay otros mundos de los que proceden. Olvidan el pasado y el futuro, olvidan las preguntas y los deseos. Oh, sí, están tranquilos y contentos con lo que tienen, pues carecen de memoria y de la posibilidad de comparar. Sólo poseen el momento. Los esclavos que no conocen más que la esclavitud son esclavos dóciles. Los prisioneros que únicamente conocen la existencia de la cárcel no sufren por su falta de libertad. Ésta es la clase de ayuda de la Consoladora.

Se dejó caer en el lecho jadeando.

Iwri, con los ojos clavados en el rostro del anciano, murmuró:

-Mis ventanas, mis ventanas... Yo tenía razón; había algo detrás de ellas.

-Tú y yo -dijo débilmente el viejo- pertenecemos al grupo de los que no olvidan, lo queramos o no. El GUL no actúa sobre nosotros. Somos la excepción. ¿Comprendes ahora por qué ella nos necesita? ¿Qué utilidad tendrían unos ayudantes que se olvidaran de todo?

Iwri estaba seguro de que el viejo le decía la verdad. Lo sabía porque era su verdad, una verdad que había condenado tanto tiempo al silencio. Y ahora que se manifestaba de nuevo con toda su fuerza sintió que una terrible ira se apoderaba dolorosamente de su cuerpo.

-¿Y si el pueblo de las sombras -preguntó con voz ronca- no obtuviera esa maldita droga...?

-Entonces -dijo el viejo casi sin voz- empezarían todos a sufrir horriblemente, porque recordarían. Sólo así encontrarán el camino de salida de Misraim. Por eso debes hacerles sufrir, debes destruirlo todo. ¡Hazlo, y hazlo deprisa!

El anciano se derrumbó, con su cabeza inclinada hacia un lado. De pronto pareció extrañamente pequeño. Había muerto.

-Sí -dijo Iwri con voz áspera-. Lo haré. No te preocupes, amigo.

Rebuscó entre las herramientas oxidadas, cogió el martillo más pesado que pudo encontrar y se dirigió a los invernaderos.

Aunque la labor de destrucción progresaba más deprisa que los penosos y difíciles trabajos de reparación, Iwri necesitó mucho tiempo para su tarea, ya que la plantación era gigantesca y él estaba solo. Destruyó sistemáticamente todos los cristales, arrancó las tuberías de las paredes, pisoteó los hongos que se transformaron enseguida en una papilla pegajosa y rompió los aparatos de iluminación. Un invernadero tras otro se

sumergió en la oscuridad. Con furia salvaje Iwri se dedicó a destruir gritando y riendo, hasta que cayó rendido y durmió durante un rato. Lo que le daba renovadas fuerzas - unas fuerzas que nunca había poseído en esta medida con anterioridad- no era sólo la conciencia de estar luchando por la liberación del pueblo de las sombras, sino también su indignación contra la doctora Lewjothan, la médica hipócrita que había abusado tan abominablemente de su flaqueza y su buena fe. En el fondo esperaba que ella misma o su gente aparecieran para impedirle por la fuerza destruir por completo las plantaciones. Deseaba la confrontación aunque se resolviera con su propia derrota. Pero no sucedió nada y él siguió solo. ¿Tenían miedo de él? ¿Acaso no soportaban ser desenmascarados? ¿Y si no eran tan poderosos como él y los demás habían creído hasta ahora?

Por fin se desmoronó el último invernadero y se apagó la última luz. Todo había acabado y él se halló en la más completa e impenetrable oscuridad. Había procedido sin plan alguno y no sabía siquiera en qué lugar de la gran cueva se encontraba o dónde estaba la rampa desde la que había visto por primera vez el mar de luces. Se abrió camino a tientas, sintiendo bajo los pies los añicos de cristal y la succión del suelo pantanoso. Intentó orientarse por los restos que habían escapado a su furia destructora, pero no tenía mucha esperanza de encontrar la salida. Tampoco le importaba mucho lo que pudiera sucederle. Había cumplido con su deber.

Esta vez, sin embargo, la suerte estuvo de su lado. Dio con la rampa, subió a tientas a ella y llegó hasta la puerta secreta. No pudo abrirla, ya que no recordaba la señal, pero con su pesado martillo consiguió romperla sin excesiva dificultad. Se encontró de nuevo en las catacumbas de Misraim.

No se había preguntado lo que le esperaba ver allí, pero la primera impresión fue decepcionante. Nada había cambiado: las mismas interminables columnas de sombras que caminaban en todas direcciones por los pasillos laberínticos, por escaleras y puentes; que trabajaban, ingerían alimento y pasaban las fases de sueño en sus respectivos nichos. Todo seguía como cuando se lo llevaron de allí. Todos obedecían a la voz del Gran Ordenador que les quitaba el peso de las decisiones, y todos aceptaban que así fuera. Iwri se dijo que tenía que ser paciente, pues la falta del GUL, el maldito suero del olvido, no actuaría más que poco a poco.

En efecto, no transcurrió mucho tiempo para que empezaran a registrarse los primeros síntomas de la abstinencia. Fueron más graves de lo que Iwri había imaginado. Nadie en el pueblo de las sombras estaba acostumbrado a sufrir de este modo, y en consecuencia las primeras reacciones se manifestaron de un modo extraordinariamente fuerte. Unos se tiraban de pronto al suelo, como epilépticos, se agitaban frenéticos y pedían auxilio a gritos. Otros salían corriendo presos del pánico, golpeaban los muros con los puños o incluso con la cabeza hasta caer sin sentido. Algunos se sentaban, permanecían inmóviles y jadeaban, con los ojos en blanco como los ahogados. Los que aún no habían alcanzado ese estado les contemplaban espantados sin saber qué hacer. Los casos aumentaban de hora en hora. Los que todavía oían la voz ronca del Gran Ordenador eran cada vez menos. Las escenas que se sucedían ante los ojos de Iwri resultaban tan penosas y dignas de compasión que de buena gana hubiera anulado todo, si hubiera sido posible. Conocía bien el sufrimiento por propia experiencia y se sentía culpable, aunque se repitiera constantemente que él no había ocasionado toda esta desgracia, sino que la había puesto al descubierto y que era inevitable, incluso necesaria.

Por fin se desencadenó la catástrofe. Miles de sombras enfurecidas, chocando las unas con las otras, dominadas por el terror y la desesperación, corrían pisoteándose, chillando y aullando a lo largo de los túneles y naves del laberinto. Había que hacer algo inmediatamente para que aquello no acabara en una masacre sin sentido. El pánico general debía ser encauzado hacia una revuelta con un objetivo, en una lucha contra los carceleros y en la búsqueda sistemática del camino que condujera al exterior.

Poco a poco Iwri logró hacerse oír. Al principio sólo conseguía tranquilizar a un pequeño grupo para que le escuchara, pero luego su número fue aumentando, pues se corrió la voz de que había alguien que estaba informado y podía dar soluciones. Cientos y luego miles acudieron para oír ansiosamente y con la boca abierta las palabras de Iwri. Subido a un pedestal, en una de las naves más grandes, hacía discursos incendiarios en los que decía al pueblo de las sombras todo lo que había descubierto y lo animaba a defenderse unido, a romper la opresión con violencia y a forzar a los poderosos a darle la libertad.

No todos comprendían sus palabras, pero muchos se le unieron. Se armaron con lo que les pareció utilizable, barras, tubos y herramientas de diverso tipo, formaron grupos y, por fin, un gran ejército de sombras se puso en marcha por el interminable laberinto. Gritaban en coro: “¡Bechmoth, da la cara!, ¡Bechmoth, da la cara! “ o “ ¡Tu reino terminó, queremos salir!”

Al principio todo parecía inútil -el plan estratégico de la dirección consistía probablemente en dejar que la revolución se agotara-, pero entonces sucedió un fenómeno inesperado, que tampoco Iwri supo explicarse. Como si el clamor de Misraim recibiera respuesta del exterior, empezaron a temblar los techos y los muros de las catacumbas como en un terremoto. Milagrosamente nadie sufrió daño alguno, pues los muros no se desmoronaron sino que desaparecieron, se disolvieron por así decir en la nada, igual que si nunca hubieran existido. Este extraño proceso iba acompañado del retumbar de truenos que parecía venir de una lejanía infinita y que se asemejaba a una voz potente que gritaba: “¡Ven, ven, ven!”. Por supuesto no eran palabras lo que se oía, sino el ruido de los muros al resquebrajarse.

El movimiento de las columnas de sombras se interrumpió. Nadie se atrevía a dar un paso más; los unos se agarraron a los otros. De pronto -todos lo vieron con asombro y miedo- se abrió una grieta enorme, cada vez más grande, en la pared frontal de una sala alargada. La luz que entraba por ella era tan brillante -o al menos así les pareció a las sombras, poco habituadas a la luz- que los más próximos a ella se llevaron la mano a los ojos o se volvieron.

-¡Seguidme! -gritó Iwri-. ¡Ahí está el camino hacia el exterior!

Iba a avanzar, pero se detuvo instintivamente. Los que le seguían le empujaron hacia adelante. En el fuerte contraluz distinguió ante la grieta dos figuras, altas, más altas que cualquiera del pueblo de las sombras. Permanecían allí tranquilas, a la expectativa, decididas a no ceder ni un paso. Recortados contra la luz sus rostros no eran reconocibles, pero Iwri estaba seguro de que una de ellas se trataba de la doctora Lewjothan. La otra figura era más grande, pero extrañamente encogida, casi jorobada. Parecía un anciano decrepito y muy alto. Su cráneo triangular y calvo brillaba como un

espejo metálico y sus miembros se retorcían en un constante espasmo. Su cuerpo tenía aspecto de plomo gris.

Iwri concentró todas sus energías. Dio unos pasos hacia ambos y les gritó:

-¡Fuera! ¡Apartaos! No tenéis derecho a cerrarnos el camino.

La muchedumbre a sus espaldas recogió sus palabras y empujó hacia adelante.

El hombre de plomo levantó la mano. Se hizo el silencio.

-¡No! -chilló Iwri antes de que el hombre pudiera decir una palabra-. ¡No le escuchéis! ¡Mentirán los dos!

-Yo no mentiré -dijo el hombre de plomo, y todos reconocieron aquella voz insistente y ronca-. Yo os diré la verdad. ¿Queréis oírla?

-¡No! -exclamó Iwri-. Callad y desapareced.

Pero entre la muchedumbre se escucharon voces dispersas:

-¡Que hable!

-Queremos saber lo que tiene que decir.

-Que se justifique ante nosotros.

-No nos dejaremos retener.

-Nadie -dijo lentamente el hombre de plomo- tiene la intención de reteneros. No lo hemos hecho hasta hoy, y no lo haremos ahora.

-Es cierto -dijeron algunos-. Ni siquiera se ha mostrado a nosotros en todo este tiempo. ¿Por qué no? ¿Acaso el Gran Ordenador tenía miedo?

Se oyó un murmullo de desaprobación.

-No, no era miedo -respondió Bechmoth-. ¿Por qué habría de tener miedo? Podéis hacer lo que os plazca, como siempre habéis hecho. El que quiera salir por esa abertura que salga, nadie se lo impedirá. Cada cual puede decidir y nosotros respetamos su decisión.

-¿Ahora, de pronto, respetáis nuestras decisiones? -objetó una sombra-. ¿Por qué tan de repente y por qué no antes?

-Siempre hemos cumplido vuestra propia voluntad -dijo Bechmoth-. El problema es que no lo sabéis. Me temo que hay un grave malentendido entre vosotros y nosotros. Me gustaría aclararlo. Dadme unos minutos para hablar. Luego decidiréis lo que os parezca bueno y justo.

-Ya hemos decidido -gritó Iwri-. ¿Para qué más palabras?

-¿Qué pretende ahora? -gritaron otros-. ¡Que lo explique!

La muchedumbre se mostraba agitada y una cierta inseguridad comenzó a extenderse. Aquí y allá surgían discusiones. Pasó un tiempo hasta que volvió la calma. Bechmoth empezó a hablar con voz fatigada y titubeante al principio, luego fue ganando fuerzas.

-Ya sé que me odiáis, porque os han dicho que yo os he mantenido prisioneros para saciar mi ansia de poder con vuestro sufrimiento. ¿No es así? Os han contado que todo este sistema infinito de catacumbas, el mundo de Misraim, no es más que un gigantesco calabozo en el que os consumís, y que yo soy el director de esta cárcel, empeñado en manteneros en absoluta esclavitud. ¿No es ésta vuestra convicción? Ahora yo os pregunto, y, por favor, sed sinceros con vosotros mismos, ¿quién ha sufrido alguna vez bajo mi gobierno? ¿Quién se ha consumido bajo mi yugo? ¿Acaso no estabais todos contentos con vuestra existencia cuando las cosas se regían por el viejo orden? ¿No hemos atendido siempre a vuestras necesidades? Decidme, pero sed honestos, ¿quién de entre vosotros se ha sentido como un prisionero y ha sufrido por ello?

-¡Yo! -exclamó Iwri.

El hombre de plomo extendió lentamente la mano y le apuntó.

-Éste -dijo- es el único entre todos vosotros. Es diferente a vosotros, un caso aparte, no es uno de vosotros.

-Pero ahora -gritaron varios- sentimos lo mismo que él. Antes estábamos ciegos, ignorábamos lo que nos pasaba. Él nos ha abierto los ojos. Por fin sabemos lo que habéis estado haciendo con nosotros.

La Consoladora tomó la palabra:

-¿Lo sabéis de verdad? ¿Estáis seguros? Sólo sabéis lo que os ha dicho ese muchacho, ¿pero os ha dicho todo? ¿Os ha dicho, por ejemplo, que él ha traído la desgracia sobre vosotros? Él ha destruido las plantaciones de las que obteníamos el medicamento que hasta hoy os libraba del sufrimiento. Él es el único responsable de que nos falte. ¿Os ha preguntado si deseabais renunciar a él o no?

“¿Cómo podía preguntarles? No me hubieran entendido. .. “, pensó gritar Iwri, pero no llegó a hacerlo.

-Él ha decidido por todos vosotros -continuó la doctora-. ¿Os ha dicho por qué? Porque el suero no actúa sobre su organismo y no le proporciona alivio como a los demás. Por eso ha decidido enfermar a todos para que compartáis con él el sufrimiento y le ayudéis a realizar su plan. Él solo nunca hubiera sido capaz de abrir el camino de salida de las catacumbas de Misraim. Ahora decidme, ¿quién os ha utilizado, quién os ha convertido en sus herramientas? ¿Este que os carga con el dolor, el miedo y la desesperación para conseguir sus objetivos o nosotros que hemos hecho todo lo posible para preservaros de ellos?

El pueblo de las sombras estaba confundido. Rostros dubitativos, desconfiados y también llenos de odio se volvieron hacia Iwri.

-¡Escuchadme! -les gritó-. Hemos hallado unidos el camino de la libertad y unidos escaparemos de la esclavitud. Pues que esos dos nos han mantenido presos es tan evidente como que deseamos todos salir fuera.

El hombre de plomo retomó la palabra:

-Dice que deseáis salir fuera. ¿Sabéis lo que os espera allí? Ese mundo no es habitable para vosotros. La luz implacable os aniquilará. Ignoráis dónde está el norte y el sur. No encontraréis nada que os oriente. Os devorará un gran vacío. Tendréis que decidir por vuestras propias fuerzas cada movimiento de respiración y cada latido de vuestro corazón. Y cada decisión os atará para siempre. Os lo repito: ese mundo no es habitable para vosotros. El pueblo de las sombras huyó de él en su día y nos pidió protección de su luz implacable. En ningún momento os hemos retenido aquí; al contrario, hemos respetado vuestra voluntad. Amigos, no nos habéis servido, nosotros os hemos servido de vosotros. Nosotros hemos construido con vuestra ayuda y para vosotros el mundo de Misraim y lo hemos hecho tan confortable como ha sido posible. Ahora queréis destruirlo todo, azuzados por éste, que es diferente de vosotros. ¡Tened cuidado! Aún no es demasiado tarde. Si lo deseáis, podemos iniciar la reconstrucción en este mismo momento. Todo volverá a ser como antes. ¡Decid si salís con él al exterior y hacia vuestra ruina o si os libráis de él para siempre echándole fuera, para que esta herida abierta en nuestro mundo se cierre y sane!

Iwri quiso contestar. Deseaba explicar a los demás que no era cierto lo que había dicho Bechmoth, porque allí fuera se hallaba el mundo del que todos ellos procedían, pero dudó un instante, ya que él mismo no estaba seguro.

Se hizo un profundo silencio. Las sombras apartaban el rostro de la luz excesiva. Las barras y los tubos que sostenían en sus manos se dirigieron hacia Iwri. Sin mirarle comenzaron a empujarle en dirección a la grieta del muro. En completo silencio, Iwri no se defendió. Cuando le expulsaron a través de la grieta soltó un grito desgarrador que resonó en un eco múltiple por los pasillos y cuevas del laberinto mientras la grieta se cerraba lentamente detrás de él. Todos lo oyeron pero nadie recordaría más tarde si había sido un grito de inmenso júbilo o un grito de profunda y definitiva desesperación.

NOTAS DE MAX MUTO, VIAJERO POR EL MUNDO DEL SUEÑO

Esta mañana la Vieja Cortesana estaba francamente de buen humor. Siguiendo sus órdenes la visité en su dormitorio para asistir a su levée y me encontré a solas con ella. No llevaba nada puesto excepto sus joyas, y en tal cantidad que su piel blanca parecía cubierta de un caparazón. Apoyada en un montón de cojines de seda estaba sentada muy derecha en su lecho, que tenía la forma de un gran sarcófago. Involuntariamente me pregunté cuánto tiempo llevaría ya muerta.

-Vamos, no se quede ahí como un chiquillo -dijo sonriendo-. Siéntese, querido Max.

Me acomodé en el borde del sarcófago, ya que no había otro asiento. Ella misma me sirvió una taza de su chocolate de desayuno y hasta me ofreció fuego para mi cigarrillo. Descaradamente me echaba miradas amorosas y descubrí que su iris era dorado como el de algunos sapos.

Se lo dije y a ella pareció gustarle el piropo. Ante tal despliegue de amabilidad por su parte supuse que mi petición sería bien acogida.

Al principio me desconcertó que sus guantes largos, la única prenda que llevaba, fueran de dos colores, el uno amarillo canario y el otro violeta oscuro. Le pregunté sobre este particular y ella me explicó que acostumbraba a usarlos como calendario: el guante izquierdo para el mes, el derecho para el día. Los colores, naturalmente, cambiaban. Así -dijo- podía distinguir a sus favoritos sin dificultades, ella que era tan propensa por su distracción a la confusión y el desorden. La cuestión quedó suficientemente clara.

Después de un rato de la habitual conversación ligera, durante la que conseguí hacerla reír, ella me preguntó por mi deseo.

-Mi venerada protectora -contesté-, su biblioteca es famosa entre todos los soñadores profesionales, no sólo por el número de libros sino también por la cantidad de ejemplares que contiene. He sabido que en la sección de lingüística se halla cierto diccionario que para usted, querida amiga, carece de valor, pero es del máximo interés para mí. Le ruego muy cordialmente que me deje ese diccionario, si no para siempre al menos en préstamo por algunos años.

Ella, pensativa, dio un sorbito a su chocolate y dijo:

-Ya que es tan importante para usted, querido Max, le dejaré con mucho gusto ese libro, pero antes me tiene que hacer usted un servicio.

Me incliné cortésmente.

-Este "antes" parece ser la ley inviolable de mi viaje. Lo he anticipado y dado por supuesto, queridísima. ¿Qué desea de mí?

Ella me contempló con aire dubitativo y observó:

-No se haga ilusiones, Max. Mis condiciones quizá parecerán fáciles, pero probablemente exijan de usted un máximo de valor y de esfuerzo.

“Es irrelevante si las condiciones son fáciles o difíciles”, pensé, “pues así como han ido las cosas hasta ahora y como parece que van a ir también esta vez, las condiciones nunca se cumplen, sino que se subordinan a otras nuevas”.

Esto, desde luego, me lo guardé para mí. En voz alta dije:

-Sea lo que fuere, mi bella amiga, estoy dispuesto a ello.

-Muy bien- dijo ella-. Se trata de lo siguiente: hace muchos años -ya no recuerdo cuántos- encargué a los seis mejores arquitectos del país construir una ciudad en medio del Desierto Occidental. Debía de ser, en todos los aspectos, perfecta y por ello llevaría el nombre de Centro, ya me entiende usted. Los arquitectos, acompañados de un ejército de albañiles, carpinteros, canteros y otros artesanos, se dispusieron a ejecutar mis órdenes. Desde entonces no sé nada de ellos. A usted, querido Max, le ruego que me traiga cuanto antes noticias sobre esos hombres y ese proyecto. ¿Se atreverá usted?

-Haré todo lo que esté en mis fuerzas -le prometí, y me despedí de ella.

El Desierto Occidental comienza justo detrás del palacio. La mejor salida a él es a través de la entrada de servicio posterior, que únicamente se encuentra cruzando la gigantesca cocina. Allí trabajan en el resplandor de los fogones cientos de cocineros día y noche en torno a pucheros humeantes y sartenes que chisporrotean. Uno de los cocineros, llamado Kell, nos imploró casi llorando que le lleváramos con nosotros. Necesitábamos para nuestro viaje al desierto alguien que se ocupara de cocinar, así que le aceptamos.

Cuánto tiempo viajamos ya en nuestro barco flotante, siempre bajo el mismo cielo gris tormentoso, siempre sobre la misma llanura de geometría, siempre hacia ese centro del desierto, sin saber si existe.

“Nosotros” somos mis compañeros y yo. El grupo no estuvo constituido así desde el principio. Actualmente lo forman el doctor Henz, nuestro médico, el coronel Graubund, que se siente responsable de nuestras armas, mis dos secretarías, la señorita Darwan, morena y experta en magia, y la señorita Isiu, rubia y de fría racionalidad. Desde hace algún tiempo nos acompaña un joven con cuello duro, anteojos y bigote puntiagudo. Apareció de pronto. Se llama Eugenio y probablemente es un simple extra. Hace poco se nos unió, como dije, Kell, el cocinero, un hombre gordito de unos cuarenta años que transpira de puro entusiasmo. Desde el principio de la expedición tengo conmigo un veloz y peludo animalito de adscripción zoológica desconocida. Su piel es de un rojo fogoso y de gran suavidad; sus ojos tienen el color del ámbar. Le llamo Bui-Bui.

Pasamos la mayor parte del tiempo sentados como el grupo de una fotografía bajo la gran vela blanca que se despliega sobre nosotros y que sin embargo está tan quieta como si fuera de piedra. De vez en cuando hace acto de presencia el capitán. Su pelo es blanco y está, según todas las apariencias, ciego. Generalmente sale a cubierta por determinada escotilla, pasa vacilando ante nosotros y desaparece por otra escotilla en la

popa. ¿A quién da sus órdenes? ¿Existe una tripulación? Nadie entre nosotros ha oído voces. Quizá el capitán es, además, mudo.

A veces tenemos la impresión de que bajo cubierta suceden cosas en el cuerpo abombado de nuestro barco: todos estamos de acuerdo en este punto. No son cosas que se puedan oír, no, más bien se trata de algo que aparece y desaparece, como un pensamiento que no halla expresión...

¡Por fin hemos descubierto la ciudad!

Sobre una pequeña elevación que marca el centro del desierto, se despliega ante nuestros ojos con blancura inmaculada que destaca cegadora sobre el cielo gris del fondo. Una vista deslumbrante.

De momento nos mantenemos a distancia. Anclamos nuestro barco a un kilómetro de la ciudad. Primero hay que observar y ver qué sucede.

Se mueven. Para mí no existe la menor duda de que se mueven. Llevo bastante tiempo contemplando a través de nuestro telescopio los edificios de la Ciudad Blanca. Si estos cambios imperceptibles en su posición no se produjeran con lentitud planetaria yo diría que los edificios se arrastran de un lado a otro. Algunos incluso se arriman o montan de una manera tan explícita que no se puede evitar pensar en una copulación milenaria.

No he podido detectar hasta ahora una multiplicación real y concreta de los edificios, en el sentido de que pongan en el mundo cachorros o huevos. Pero sí he observado algo así como una división celular macróbica que produce la desintegración de un gran edificio en muchos pequeños.

¡Y qué voracidad! más de una vez he observado que determinadas casas atropellan a otras más pequeñas o más débiles y las devoran. También ocurre lo opuesto, es decir, que un grupo de pequeños edificios se apodera -gracias a su superioridad numérica- de una víctima mucho más grande. Así sucede, por ejemplo, con el palacio que se alza como una montaña en el centro de la ciudad. No sé por qué pero nos hemos acostumbrado a llamarlo el Archivo. Está rodeado de innumerables casitas que parecen mordisquear el enorme edificio indefenso. Por supuesto, hay que entender esta imagen metafóricamente debido a lo lento del proceso. En el flanco del Archivo ya se ve un tremendo agujero que recuerda los efectos de una bomba. Allí las diminutas casitas de muñecas avanzan apiñadas hasta el interior de la gigantesca construcción. De momento no nos hemos atrevido a adentrarnos en la ciudad y por eso no puedo decir si los pequeños edificios parasitarios se han extendido en el interior del Archivo y han formado una ciudad en sus salas.

A pesar de todo lo relatado tengo mis dudas sobre si la Ciudad Blanca está en realidad viva. Probablemente es inútil plantearse la cuestión, pues en principio ¿cómo definir lo animado y lo inanimado? Un árbol es algo vivo, ¿y un río no lo es? ¿Y el mar? ¿O las nubes? Cuántas veces durante mi viaje por el mundo del sueño he encontrado objetos que de pronto hablan o máquinas con voluntad propia.

Está claro que la Ciudad Blanca no tiene habitantes. Al menos no hemos observado hasta ahora nada que permita suponerlo.

Lo que no le dije a la Cortesana y por lo que ella tampoco me preguntó: ¿Para qué necesito con tanta urgencia ese diccionario de su biblioteca?

Antes de visitar su corte mi camino me llevó a la isla de Gronch en el Mar de la Niebla, cuya población sufría una extraña epidemia. Yo la definí como la “enfermedad de las letras”. No iba unida a dolores o malestar alguno, pero al que la padecía le brotaban letras sobre la piel en los lugares infectados. Eran impresiones en negativo, parecidas a las marcas de la viruela pero sin inflamación y úlceras previas. Las letras formaban palabras o frases completas en un idioma desconocido para los isleños. A pesar de ello - o quizá precisamente por eso- las gentes de Gronch estaban convencidas de que se trataba de mensajes urgentes, incluso de informaciones de vital interés procedentes de mundos superiores.

El único diccionario con gramática incluida de este idioma se halla en la biblioteca de la Vieja Cortesana. Para los habitantes de Gronch y sus conceptos morales la Cortesana era el pecado personificado y no podían ponerse en contacto con ella. Yo me ofrecí a resolverles este dilema, entre otras razones porque hacían de ello una condición para prestarme el Sombrero de Hierro del Pescador de Sombras. Este es magnético y cumple la función de una brújula que conduce al que lo lleva en la dirección adecuada. Sólo con la ayuda de este sombrero podía yo resolver el problema anterior que me planteó el Matrimonio Petrificado como condición para... y ésta a su vez era la condición de otra condición... y así hasta remontarnos a los orígenes de mi viaje por el mundo del sueño. Ahora que lo pienso tengo que confesar que he olvidado el principio.

Lo que más nos desmoraliza aquí es el silencio total. Es como si el desierto que nos rodea se tragara los sonidos. No se escuchan voces de pájaros ni agradables ni desagradables porque no hay pájaros. Hasta ahora no nos hemos topado con ningún animal, ni siquiera hay cucarachas de arena o diminutas arañas de piedra. No oímos ni el murmullo de las hojas ni el susurro de la hierba. El aire es cristalino e inmóvil. A nuestro alrededor no hay más que arena negra y enfrente la Ciudad Blanca. Hemos hecho ruido con todos los instrumentos posibles para romper el pesado silencio. El coronel Graubund ha disparado salvas de fusil. Aquí, en el barco, aún las oíamos, pero a medida que nos acercábamos a la Ciudad se perdían hasta ser sólo un leve chasquido. Entretanto nos hemos acostumbrado a comunicarnos exclusivamente por escrito para proteger nuestras voces forzadas.

Tras una larga conferencia (por escrito) hemos decidido penetrar en el interior de la Ciudad Blanca; con toda clase de precauciones, por supuesto. El coronel ha cargado sus dos pistolas y se ha colgado del cinturón varias granadas de mano. El doctor Henz nos ha hecho tomar un medicamento para protegernos de vaya usted a saber qué infecciones. Actúa durante tres horas, así que no debemos sobrepasar ese tiempo. Permaneceremos juntos durante la excursión para, dado el caso, ayudarnos y protegernos mutuamente.

Dos miembros del grupo se niegan a participar en la expedición. Son Kell, el cocinero, y la señorita Isiu, la secretaria razonable. Bien, por mí que no vengán. Hay que dejarlo a su libre elección, nadie les obliga. Quizá incluso sea importante que alguien se quede en el barco. Al fin y al cabo nadie sabe lo que puede sucedernos, a pesar de todas las precauciones.

Hoy no puedo por menos que sonreír al releer mis anteriores notas. ¡Cuánta ingenuidad reflejan! Todas nuestras medidas de seguridad resultaron innecesarias .

Durante dos días y dos noches paseamos por las calles de la Ciudad Blanca. Una experiencia impresionante. Si alguna vez he visto la perfección ha sido allí. No lo digo yo solo, sino todos los que me acompañaron. Arden literalmente con la fiebre del entusiasmo y no se cansan de describir las maravillas vistas a los que se quedaron a bordo, los cuales, debido a las especiales condiciones acústicas reinantes, apenas captan otra cosa que los excitados movimientos de los labios.

No hemos encontrado ningún peligro o amenaza. Sin duda, los edificios cambian de posición con lentitud imperceptible. El doctor Henz ha realizado algunas mediciones y ha constatado movimientos entre tres milímetros y cincuenta y siete centímetros, pero esto no constituye ningún peligro para el visitante.

Todos los edificios son inmaculadamente blancos y están contruidos con un material ligeramente transparente, como el alabastro noble. No estoy seguro de que sea de naturaleza mineral. Al contacto es cálido, como si estuviera vivo. Incluso te sale al encuentro, se amolda a tu mano, busca el contacto.

La pregunta más difícil es: ¿cómo definir el estilo de esta arquitectura? No se me ocurre ninguna comparación, pues nunca he visto nada parecido en mi viaje por el mundo del sueño. La señorita Darwan ha hecho fotos con aplicación pero no está satisfecha con los resultados; con razón, tengo que decir. Ni una de sus fotografías dan una idea siquiera aproximada de la magia de la Ciudad Blanca.

Sin pretender adelantar juicios creo que puedo afirmar que todas las formas, en detalle y en conjunto, tienen un parecido con elementos del mundo orgánico. Hay, por ejemplo, una “catedral” -que nosotros hemos bautizado así- cuyos arbotantes en filigrana recuerdan la estructura interior de un fémur. Un mínimo de materia para un máximo de capacidad de resistencia. La impresión de gracia y ligereza que produce esta construcción de más de cien metros de altura es insuperable. Ciertas casas -si es que son casas- recuerdan en su extraordinaria simetría la construcción radial del vólvoce o de otros flagelados. Y junto a ellos se hallan formas de plantas, células, flores, hojas, conchas que cambian de manera sorprendente; hay minaretes con nódulos semejantes al bambú que terminan en una especie de piña. La riqueza de variaciones es infinita. Cada forma es única y no se repite.

Sin embargo, la riqueza formal no explica la sensación de bienestar casi extático que allí disfrutamos y que perdura como un eco. Su origen es invisible y radica en la inexplicable atmósfera de vitalidad pura y elemental que rodea todo. Se impone la idea de que en algún lugar, en el corazón escondido de la Ciudad, corre la fuente de la eterna juventud y de la salud inagotable.

Éste es en cualquier caso el motivo por el que no nos decidíamos a regresar al barco. Cuando nuestras provisiones se terminaron hasta el último bocado y la última gota nos despedimos indecisos y a regañadientes, a pesar de que se trataba de una despedida provisional. Estábamos todos de acuerdo en que deseábamos volver a la Ciudad Blanca lo antes posible. Quizá lo hagamos esta misma noche o, lo más tarde, mañana cuando

hayamos dormido y descansado. Nos sentimos nerviosos como niños en víspera de una fiesta y apenas podemos contener nuestra impaciencia.

Se ha producido cierto desánimo entre nosotros. Me siento agotado como nunca, magullado y exhausto. A los demás les pasa algo parecido, y eso que no hablamos casi los unos con los otros. No tengo siquiera fuerzas para continuar estas notas.

De momento hay que recuperar fuerzas antes de emprender la próxima expedición. Hasta el doctor Henz está pálido y sin energías. Debemos mejorar nuestras medidas de seguridad, como hemos acordado, pero estamos decididos a volver.

La necesidad de descansar me da tiempo para reflexionar. Me siento fatal.

Nunca con anterioridad he visto con tanta claridad lo absurdo de mi existencia. ¡Oh!, apenas si puedo expresar lo fatigado que estoy de este continuo viaje por el mundo del sueño. Me asquea mi vida y deseo despertar de todo esto, sea cual sea el significado del término “despertar”.

Soy consciente de que sólo me ser permitido dar por terminado mi viaje cuando haya resuelto el primer problema. Como está al principio lo llamaré Alfa. Para superar Alfa tuve que retroceder un pequeño paso, pues para resolverlo necesitaba resolver primero Beta. Pero Beta era insoluble sin Gamma, y así sucesivamente hasta el infinito. ¿Dónde me hallo ahora? Ya no lo sé, quizá en medio del alfabeto de la eternidad. Pero ¿qué significa un punto si la serie es infinita?

Entretanto me he alejado infinitamente del punto de partida y ni siquiera recuerdo de qué se trataba. Durante todo este viaje me he movido hacia atrás, paso a paso, etapa tras etapa. Y no he resuelto ni un problema. En lugar del problema concreto surgía otro que le precedía. ¿Qué puedo esperar ya? ¿Que en mi viaje hacia atrás choque un buen día, por casualidad, precisamente con Alfa? ¿Qué sucederá entonces?

No tiene sentido darle vueltas. Por un lado la probabilidad de reencontrar el punto de partida por este método es, dado el infinito número de posibilidades, igual a cero; por el otro, podría suceder que se repitiera todo a partir de ese reencuentro, ¡una idea insoportable!

No quiero pensar más en ello. No, no quiero.

Nuestro restablecimiento exige más tiempo del que habíamos calculado. Me atormenta un deseo casi monomaniaco de volver sin mis compañeros a la Ciudad Blanca.

Comparo este deseo con una especie de obsesión erótica. Aunque no sé cómo explicarlo, estoy convencido de que sólo yo en solitario podría llegar al centro de la ciudad. Es como una promesa que me hubieran hecho y a pesar de mi debilidad debo ir en su búsqueda.

Ignoro si a los demás les pasar algo parecido. Sé que su presencia me molesta. ¿Por qué durante mi viaje por el mundo del sueño he de estar rodeado de compañeros que en el fondo me importan poco, que no me comprenden y me atosigan? Desearía estar solo, por lo menos esta vez. El doctor Henz, por ejemplo, no hace más que acosarme con

papelitos que me entrega y en los que plantea siempre la misma pregunta: ¿qué ha sido de los constructores de la ciudad?

Me encojo de hombros. Admito que nada podría serme más indiferente en este momento. La Vieja Cortesana me envió para aclararlo, pero ¿qué me importa ya?

El doctor Henz insiste. Espero deshacerme de él para siempre.

Acaba de terminar una reunión (otra vez por escrito) para dilucidar si visitamos de nuevo la ciudad -y en caso afirmativo con qué medidas de seguridad- o si damos por concluida nuestra expedición. Me costó un gran esfuerzo demostrarles a todos lo harto que estoy de su presencia. Me irritó especialmente que Eugenio, un compañero de viaje inane, me mirara siempre de soslayo. Un día de éstos tendré que decirle a las claras que sólo le toleramos en nuestro grupo.

La señorita Isiu, la rubia distante, y el cocinero Kell se niegan como en la anterior ocasión a participar en la excursión. Parece que tuvieran miedo, lo cual me sorprende, sobre todo en ella que siempre presume de ser la menos impresionable.

Por mí que hagan lo que quieran. Mientras menos seamos, mejor.

Excitación a bordo. ¿Qué ha pasado? Kell Y la señorita Isiu han desaparecido. Nadie sabe adónde pueden haber ido, nadie les ha visto marchar. ¿Se les habrá ocurrido la imprudencia de emprender por cuenta propia una excursión a la Ciudad Blanca? No puedo creerlo después de la actitud que han mantenido en los últimos días. ¿Quizá su resistencia se debía a que se sentían más expuestos que nosotros a la atracción de la ciudad?

Es poco probable que hayan partido solos y a pie para regresar al palacio a través del Desierto Occidental.

De todos modos hemos decidido emprender inmediatamente la búsqueda de los compañeros desaparecidos. Desde luego, yo también me uno a la empresa, aunque a disgusto. Partimos con desorden y escasa planificación.

Por fin hemos dado con ellos, pero es ya demasiado tarde. Según parece actuaron impulsados por una especie de locura, un repentino ataque de sentimientos incontrolados; de otro modo no se explica lo que hicieron.

En nuestra primera visita a la Ciudad Blanca evitamos por precaución entrar en los edificios y nos mantuvimos en las calles y las plazas. Ellos, sin embargo, deben de haber entrado de cabeza. Y según parece han sido tragados.

Cuando descubrimos a la señorita Isiu ya se había “integrado” en el edificio -no se me ocurre otra palabra para definirlo-. Vimos su rostro como una máscara mortuoria con ojos cerrados, agrandada hasta lo gigantesco, imprimida desde dentro contra un muro. Sus rasgos, un poco desdibujados, eran indiscutiblemente los suyos. Sonreía con expresión de completa felicidad.

Fue más difícil dar con el paradero de Kell. Habíamos pasado varias veces ante el edificio que le había tragado antes de notar que la pared llena de bultos que avanzaba hasta la mitad de la calle era su tripa sobredimensionada. No faltaba ni el ombligo. De la cabeza y la cara no había, en cambio, ningún rastro.

Nuestro regreso al barco fue más bien una huida atropellada.

Me he mantenido al margen del grupo este último tiempo y así no me he enterado de que se han puesto de acuerdo tras largas deliberaciones. El doctor Henz me entrega un papelito. Leo: "La creación perfecta ha devorado a sus creadores".

Sí, ésa es la explicación, lo sé desde hace tiempo. Aunque no me aclara por qué nuestros dos compañeros también tenían que morir, estoy convencido de que la condición está cumplida. Puedo presentarme con esta solución ante la Vieja Cortesana e informarle de lo que ha sido de su encargo y de aquellos que lo llevaron a cabo. Ella me entregará entonces el diccionario. Con él viajaré a la isla de Groch, en el Mar de la Niebla, y raduciré a los enfermos de las letras lo que significan sus cicatrices. Ellos me darán el Sombrero de Hierro del Pescador de Sombras que me indicará la dirección correcta para, a su vez, cumplir la condición que me impuso en Matrimonio Petrificado...

Es decir, volvería sobre mis propias huellas, paso a paso, etapa tras etapa; alcanzaría por fin el principio Alfa. Mi viaje habría terminado. Ahora que por primera vez vislumbro esta posibilidad descubro que no hay nada que desee menos. Me aterra profundamente esa idea.

Depende de mi decisión si esta última aventura constituye -o no- el clímax y el punto de inflexión de mi viaje por el mundo del sueño. Mi decisión será irrevocable, ya que no podrá repetirse jamás. Si me decido ahora a volver, el retorno a Alfa está asegurado. Si no me decido, el retorno a Alfa será imposible para siempre.

Mientras escribo estas líneas sé que ya me he decidido hace tiempo. Sé que en realidad estoy dispuesto desde el principio a continuar el viaje. Sólo que lo que hasta hoy era obligación en adelante será un acto de mi libre voluntad.

Me pondré a mí mismo una nueva condición que habré de cumplir antes de poder volver. ¿Cuál? Ya veremos. En el fondo carece de interés, pues no la cumpliré, al igual que tampoco he cumplido las otras.

Y ahora que lo sé ¿no podría prescindir de ellas? No, eso no. El juego exige reglas para continuar. También -o quizá con más razón- cuando se juega solo.

He visitado una vez más la Ciudad Blanca. Solo. No tiene poder sobre mí. He pensado en destruirla, aniquilarla, hundirla bajo una lluvia de fuego, como suele hacerse desde el principio de los tiempos con ciudades como ésta. No por eliminar el peligro que representa para otros viajeros, no, únicamente para borrar de modo definitivo mis huellas a los que vengan detrás de mí.

Por supuesto que la ciudad quedará indemne, tal como es, pues la premisa para su destrucción consiste en la captura y doma de un cometa, lo cual no puede considerarse una bagatela. Es incluso completamente imposible a menos que antes... Siempre se

alzan nuevos horizontes detrás del horizonte. Dejamos a las espaldas un mundo soñado para hallarnos en otro diferente y mientras cruzamos sus fronteras ya se inicia otro nuevo, y así sucesivamente hasta las costas de las tinieblas.

El camino se abre ante mí. Yo, Max Muto, no envidio al que haya alcanzado su meta.

Me gusta viajar.

CUENTO DE LA MIL Y ONCE NOCHE

El mendigo ciego al que todos llamaban Insh'allah (Lo que Dios quiera), continuó su relato, vuelto hacia el califa:

“Ya oíste, oh señor de todos los creyentes, cómo caí bajo el influjo de aquel perro griego borracho y consumidor de carne de cerdo que se hacía pasar por filósofo y que con su palabrería me hizo dudar de la sabiduría y del poder de Alá -¡alabado sea su nombre!- y de la única y verdadera enseñanza de sus profetas -¡bendito sea el Señor!- convencíendome con toda clase de artimañas de que el hombre tiene libre albedrío y es capaz de producir el bien o el mal según su propio juicio y su propia fuerza. Esto es blasfemia, pues significaría que la criatura puede sorprender a su creador y que también para el Ser Supremo rige el antes y el después, es decir, que no estaría por encima del tiempo, sino sometido a él como todo lo que él ha creado.

Pero tú, oh señor de todos los creyentes, sabes bien que el hombre en presencia del Eterno -¡alabado sea!- no es más que un grano de arena en el desierto y así como éste es arrastrado por el viento de un lado a otro y no puede moverse por sí mismo, así la voluntad de Alá -¡su paz sea contigo, señor!- nos mueve a esta o aquella acción, ya que por propia decisión no somos capaces de nada. Así ha sido desde el principio de los tiempos y así será su fin, pues sólo él, que está por encima de todos los tiempos, conoce el final de las cosas y nuestros más secretos deseos y acciones en todo detalle y desde hace eternidades. Por eso escucha, oh señor de todos los creyentes, cómo la bondad y el rigor del Todopoderoso actuaron conmigo para conducirme a la total sumisión a su santa voluntad, permitiendo que Iblís, el Mentiroso, me tentara y cegara durante un tiempo.

Yo era entonces un joven en la flor de la edad y lleno de la vana presunción que el veneno del griego había destilado en mi corazón. Creía que mi felicidad y mis riquezas se debían a mi talento y saber de comerciante. Perdía mis días en disquisiciones filosóficas con aquel presunto maestro y amigo, y mis noches en interminables orgías. Pensé que ya no tenía que obedecer el orden revelado por Al a través de sus profetas; abandoné las oraciones y las abluciones prescritas y fui descuidando todos los demás mandamientos de nuestra religión.

Por fin llegué hasta el punto de no cumplir el mes de ayuno, e incluso comí y bebí todo el día 27 del Ramadán en el que se celebra el Lailat al Kadr. Mis criados, escandalizados por mi proceder y aterrados ante la desgracia que así atraía sobre mi casa, huyeron. Yo me reí de ellos y prometí castigarlos públicamente cuando regresaran al día siguiente. Aquella noche me hallaba solo, borracho y medio adormilado por mis excesos, por lo que no sé decir de dónde surgió la bella danzarina que de repente vi en mi diwan. No la había llamado y no la conocía. Era como si hubiera tomado cuerpo de los dulces efluvios del hachís que brotaban de mi narguile.

La muchacha llevaba un vestido suelto de velos negros con hilos de plata que dejaba traslucir el brillo ebúrneo de sus bien formados miembros. Su rostro era como la luna llena, sus labios competían con las rosas de Samarcanda. Su pelo, que le caía hasta las

corvas, tenía el color del plumaje del cuervo y sus manos y pies estaban enrojecidos de henna. El perfume que su cuerpo exhalaba era tan embriagador que pensé tener ante mí una hurí. Empezó a girar en su danza y a doblar su delicado cuerpo mientras sus pulseras de oro tintineaban y los cascabeles de plata de sus tobillos imitaban el dulce cri-cri de los grillos. La acompañaba una música de tan arrebatador apasionamiento que no pude contenerme más.

-¿Quién eres, oh joya exquisita del amor? -exclamé-. Has de pertenecerme aunque me cueste todas mis riquezas. Dime lo que deseas.

Me pareció que de pronto el mundo retenía la respiración y que el tiempo se paraba. La bella se acercó, cayó de rodillas ante mí y abrazó mis pies.

-Oh, señor -respondió con la voz de una paloma arrulladora-, te pertenezco sólo a ti. Haz conmigo como plazca a tu corazón. Pero antes júrame que obedeces y siempre obedecerás a tu voluntad y no a la de otro.

-Te lo juro por Dios Todopoderoso -dije.

Ella rió y enarcó asombrada las cejas que recordaban las alas de la alondra cuando remonta el vuelo.

-¿Cómo puedes jurar en ese nombre? -preguntó burlona-. Si él es todopoderoso, las cosas suceden según su voluntad y no según la tuya.

-¡Sutilezas! -exclamé riendo también-. ¿Es que estoy rodeado de filósofos? Creí que tenías algo mejor que ofrecerme, o ¿acaso quieres que muera de amor?

Quise atraerla a mi lado sobre los cojines de seda, pero ella se defendió hábilmente y escapó a mis manos como una serpiente.

-Primero ¡júramelo!

-¿En nombre de quién o de qué he de jurar para darte gusto?

La impaciencia me ganaba.

-Júramelo por la luz de tus ojos -ordenó ella, y en sus labios surgió un rasgo cruel.

Yo, enloquecido por saciar mi sed en el pozo de su jardincillo del paraíso, la obedecí.

Entonces ella fue quitándose velo tras velo hasta que ninguna parte de su cuerpo blanco como la leche quedó escondido a mis miradas. Luego vino, se inclinó sobre mí y su pelo negro como la noche nos cobijó cual una tienda. Por fin acercó su rostro al mío y descubrí que las pupilas de sus ojos eran rendijas verticales en las que refulgía una luz verdosa. Cuando abrió los labios para besarme salió de entre ellos una larga lengua bífida. Comprendí que había caído en poder de Iblís y del susto me desplomé hacia atrás mientras mi espíritu se oscurecía.

Sentí que me llevaban por el aire, encima de países y mares. La tierra desapareció bajo mi vista y el viaje vertiginoso tomó rumbo al espacio estelar. También las estrellas desaparecieron y me hallé rodeado de oscuridad y vacío.

Estuve largo tiempo flotando en las tinieblas, más allá de los límites de la creación. Por fin percibí una luz verdosa y difuminada, pero desagradablemente punzante. Reconocí en ella el mismo brillo de las pupilas de la danzarina que me había fulminado. Ahora, sin embargo, la luz era omnipresente y no pude discernir de dónde procedía. Cerré los ojos, ya que me producía dolor. Y así pasó un rato hasta que reconocí el lugar en que estaba.

Me hallaba sobre un lecho circular, en medio de una gigantesca sala, también circular, cerrada por una cúpula. No sé cómo describir la sensación de total y definitivo abandono que me invadió y tampoco sé decir a qué características de la arquitectura se debía esa sensación. El enorme espacio se asemejaba a una mezquita, o más bien a una diabólica interpretación de ese espacio sagrado, pues así como éste está imbuido del excelso espíritu del Corán y de sus bienhechores versículos, aquél era el reflejo de un universo vacío e inanimado. Los muros eran lisos y blancos, al igual que la monumental cúpula y el suelo de mármol. No había ventanas, pero en el muro que cerraba en amplia curva la sala se alineaban múltiples puertas. Todas cerradas.

Entonces oí una voz incorpórea, parecida al silbido de una serpiente, que me hablaba desde múltiples partes:

-Éste, altivo joven, es el único lugar entre todos los lugares del universo donde no alcanza la voluntad de Alá. Así como una diminuta pompa de aire en la inmensidad del océano está libre de la húmeda sal, así este espacio en el que estarás de ahora en adelante escapa al poder y al saber del Eterno. Yo, el espíritu de la libertad absoluta, lo he creado como templo de la subversión y de la egolatría. Aprovecha la oportunidad y muéstrate digno de mi invitación.

Estas palabras me espantaron, pues no había caído hasta tal punto bajo el poder de ese perro griego como para admitir tales blasfemias. Pero no me atreví a contestar porque me aterraba confirmar con el sonido de mis palabras que había oído realmente aquellas espantosas frases. Empezaba a pensar que lo que había escuchado eran mis propias ideas.

Te parecerá comprensible, oh mi señor, que mi primer pensamiento fuera el de escapar, abandonar por el camino más rápido tan infausto sitio. Otro hombre en otro lugar se hubiera encomendado a la protección y la ayuda de Alá y él le hubiera guiado según su voluntad, pero a mí me estaba negado ese refugio. Aquí comenzó mi desgracia.

Había muchas puertas para escapar, y eso precisamente me confundía. Si sólo hubiera habido una, habría intentado abrirla de inmediato. Debía existir una razón oculta para tanta puerta. Tenía la posibilidad de escoger, pero con cautela, ya que cada una de ellas podía encerrar una trampa.

-Haces bien en dudar -dijo la voz incorpórea como si leyera mis pensamientos-. Podría ser que detrás de una de las puertas se oculte un sanguinario león que te destroce, detrás de otra florezca un jardín habitado por hadas que te regalarán miles de caricias

amorosas, que por el contrario detrás de la tercera te espere un gigantesco esclavo negro para cortarte la cabeza con una espada, tras la cuarta te aguarde un abismo en el que caerás, tras la quinta una cámara llena de joyas y oro que te pertenecerán, tras la sexta un horrible ghul para devorarte, y así sucesivamente. No digo que sea así, pero podría ser. En cualquier caso tú elegirás tu destino. Elige bien.

Sin abandonar el lecho giré lentamente para estudiar una puerta tras otra, pero todas eran iguales, sin ninguna señal que las diferenciara. Mi corazón vacilaba entre la angustia y la esperanza hasta hacerme brotar el sudor en la frente.

¿Podía confiar en la voz? Tal vez mentía. Además no había dicho que las cosas fueran así, sino que podían ser así. Quizá eran diferentes por completo. Quizá todas las puertas estaban cerradas, excepto una, y ésta era la que yo tenía que encontrar. Resultaba evidente, por otro lado, que unos ojos invisibles me observaban. Para empezar debía descubrir qué puerta me ofrecía la posibilidad de escapar; luego tendría que aguardar un momento propicio. Lo más importante era mantener la calma, me dije. También podía ser que la única puerta no cerrada con llave fuera otra cada hora, incluso cada instante. Pero ¿quién me decía que sólo se trataba de una puerta? ¿Acaso no era posible que estuvieran sin cerrar con llave dos, tres o más puertas? Por las palabras que había escuchado no se deducía que yo fuera un prisionero. Quizá todas las puertas estaban abiertas y podía escoger cualquiera de ellas. Sin embargo, ¿por qué había tantas? Mis pensamientos giraban en círculo.

Tenía que hacer algo para cerciorarme. Me levanté del lecho, crucé la sala y me paré delante de una de las puertas sin atreverme a extender la mano hacia el picaporte. Di unos pasos hasta la próxima, luego hasta la siguiente y la siguiente. No existía razón concreta para preferir una a otra y ante cada una de ellas. Me asaltó por un instante el miedo a la posibilidad de elegir la peor. Fui andando de puerta en puerta hasta dar la vuelta completa sin llegar a una decisión.

Me puse entonces a contar puertas, sin que pudiera decir en qué medida conocer su número me ayudaría a salir de mi desesperación. Pronto tuve que interrumpir el experimento, ya que al serme imposible establecer con qué puerta había empezado a contar ignoraba en cuál terminar. Se me ocurrió quitarme una de mis zapatillas bordadas en oro y dejarla delante de una de las puertas. Recorrí el círculo a la pata coja y al llegar de nuevo a mi zapatilla había contado 111 puertas. Me estremecí, pues ahora sabía que aquél era el lugar de la locura.

Rápidamente me calcé, fui al lecho en el centro de la sala, me eché en él y cerré los ojos para reflexionar.

Apenas lo había hecho cuando oí la voz incorpórea:

-Decídetes, porque si no te quedarás aquí para siempre.

No cabía duda, la única manera de saber algo sobre las puertas consistía en sonsacar información a mi invisible carcelero. Había que proceder con el mayor tacto. Me incorporé y pregunté con aparente indiferencia:

-¿Hay alguien ahí?

-No -respondió la voz.

Un largo silencio. La sangre me latía en las sienes, pero seguí comportándome con calma. Decidí provocar a mi interlocutor. Al fin y al cabo había aprendido tanta lógica con mi maestro griego como para atreverme a un duelo retórico incluso con el Archimentiroso.

Me esforcé por dar firmeza a mi voz:

-¡Qué tonterías! ¡Seas quien seas, si dices “no” es que eres alguien y no eres “nadie”!

La voz respondió inmediatamente:

-Oh maestro del ingenio, me sumes en la confusión. ¿Puedes demostrar lo que afirmas?

-¿Para qué? -repuse-. No se demuestra lo obvio. Nadie no puede decir “no”.

-Si es como dices -continuó la voz-, ¿sería verdadero lo contrario?

-Claro.

-¿Entonces afirmas que nadie puede decir “sí”? -preguntó la voz.

-¡No!

-¿No?

-Sí, es decir, no.

-Vamos a ver, ¿sí o no? ¿O acaso quieres decir que sí es lo mismo que no?

-Quiero decir que nadie, por ser nadie, puede decir sí o no.

-Si comprendo bien tu conclusión -Contestó la voz-, ¿quieres decir que sólo alguien, en la medida en que es alguien, puede decir sí o no?

-Así es -dije.

-Bien -continuó la voz-. Es lo que yo he hecho. He dicho que no. ¿Por qué, entonces, insinúas que digo tonterías?

-Porque -dije ya agotado- nadie puede responder a la pregunta de si ahí hay alguien con un “no” sin incurrir en una contradicción.

-Perdona, oh caudillo de los pensamientos -replicó la voz-, pero ¿no será que el que se contradice eres tú? Acabas de explicarme que nadie puede decir sí o no...

-¡No dije eso! -grité.

-¿Ah, no? -preguntó la voz-. ¿Qué dijiste? ¿Qué pretendes demostrar?

Me tapé los oídos, pero seguía oyendo la voz sibilante que se me clavaba en el cerebro:

-¿Por qué dices constantemente lo que no quieres decir? ¿O acaso quieres decir que no sabes lo que quieres decir? Por favor, acláralo.

Quizá te extrañe, oh califa, que mi invisible guardián intentara confundirme de manera tan burda. Pero el Malo tiene sus métodos para tentar al hombre y romper su resistencia. Uno de ellos es el del moscón que no hace daño pero que te enloquece con su insistencia y vuelve una y otra vez a tu rostro o a tus manos... y en cada intento de acabar con él te das una bofetada a ti mismo.

No sirvió de nada que escondiera la cabeza debajo del cojín de seda de mi lecho, no había manera de acallar la voz. Cuando yo no respondía, ella repetía su última pregunta cien o mil veces, siempre igual, sin énfasis, sin alterar el tono. Y cuando por fin me decidía a contestar ella tergiversaba mis palabras -dijera lo que dijera- hasta que perdían el sentido y el significado y sólo eran sonidos vacíos. Entonces las preguntas se reanudaban.

-Ya sé lo que pretendes -grité-. Quieres que pierda la razón.

-¿Quién? -preguntó la voz.

-Tú, tú, tú -exclamé-. Eres Iblís, el Espíritu del Mal.

-¿De quién hablas? Aquí no hay nadie, como ya sabes. Yo no existo y te lo voy a demostrar. Si yo existiera, se lo debería a la voluntad del Todopoderoso. Sin embargo él no puede desear el mal, pues entonces sería él mismo malvado. Si yo, por otro lado, existiera contra su voluntad, él no sería todopoderoso, sino meramente parte de un todo y yo sería su contrario. No podríamos existir el uno sin el otro y, al mismo tiempo, nos anularíamos el uno al otro. Por lo tanto, no existimos ni él ni yo.

Esta vez no me dejé arrastrar a discutir con la voz.

Me voy.

-No conseguirás mantenerme prisionero.

-Vete tranquilamente -dijo-. ¿Qué te hace pensar que deseo retenerte? Hay muchas puertas, basta con que elijas una.

-¿No están cerradas?

-Todavía no. Es decir, ninguna está cerrada mientras no abras una de ellas.

-¿Y cuando haya abierto una?

-Entonces se cerrarán todas las demás al instante. Y no habrá vuelta. Elige bien.

Reuní todas mis fuerzas, pues sentía que mi capacidad de decisión se iba debilitando en el diálogo con el Invisible. Me arrastré hasta una de las puertas y fui a coger el picaporte.

-¡Espera! -susurró la voz.

-¿Por qué? -pregunté, y dejé caer la mano asustado.

-Recapacita bien en lo que vas a hacer. Después será demasiado tarde.

-¿Por qué no ésta?

-¿Acaso te la he desaconsejado? Dime primero por qué eliges precisamente ésta.

-Pero ¿por qué no? -respondí-. ¿Hay alguna razón para no escogerla?

-Eso debes decidirlo tú.

Dudé.

-Al ser todas las puertas iguales, da lo mismo por cuál de ellas salga.

-Antes de abrirlas todas son iguales, pero luego no -contestó la voz.

-Aconséjame -pedí .

-¿A quién pides consejo? Descubrirás lo que te espera al otro lado de la puerta si la abres. Al mismo tiempo renuncias a saber lo que te esperaba detrás de las otras puertas, ya que se cerrarán al momento. Tienes cierta razón cuando dices que da lo mismo la puerta que escojas.

A punto de romper a llorar grité:

-¿No hay pues razón alguna para una determinada elección?

-Ninguna -contestó la voz-, excepto la que tú decidas por tu propia y libre voluntad.

-¿Cómo voy a tomar una decisión si no sé adónde me conduce? -exclamé desesperado.

Se oyó un murmullo seco, como una carcajada incorpórea.

-¿Lo has sabido alguna vez? Sí, has creído toda tu vida tener razones para decidirte por esto o por aquello, pero en realidad nunca podías prever si sucedería lo que esperabas. Tus sólidas razones no eran más que sueños o elucubraciones. Como si sobre estas puertas hubiera pintadas imágenes que te engañaran con falsas indicaciones. El hombre es ciego y todas sus acciones son acciones en la oscuridad. Uno celebra su matrimonio y no sabe que dos días más tarde será viudo. Otro quiere ahorcarse acosado por las penas y las necesidades y no sabe que la embajada que le convertirá en un hombre rico ya está de camino. Uno huye a una isla desierta para escapar de su asesino y se lo encuentra allí. ¿Conoces la historia de la herradura que Sherezade le cuenta al sultán?

-Sí, la conozco -me apresuré a responder.

-Bien, por eso se dice que todas las decisiones que toma el hombre están prefiguradas en el plan universal de Alá desde el comienzo de los tiempos. Él -según dicen- te inspira cada una de tus decisiones, ya sean buenas o malas, necias o sabias, pues él te conduce según su voluntad, como a un ciego. Todo es kismet, afirman, y eso es una gran bendición. Aquí estás al margen de ella y la mano de Alá no te guiará.

Me levanté y paseé nuevamente por el círculo de puertas -hacia la izquierda, puerta por puerta, y luego a la derecha, puerta por puerta- sin poderme decidir. El exceso de posibilidades y la ausencia de necesidad me paralizaban. Entonces recité los versos siguientes :

Somos prisioneros, condenados a elegir al azar
entre innumerables incertidumbres
que nos atormentan.
No puede el hombre decidir con fundamento,
desconociendo el futuro.
Aunque lo conociera sus pasos
estarían determinados
porque todo está determinado,
así que tampoco podría elegir
Sólo el Señor del Universo posee el saber.
Él guía los planetas y conduce
nuestras almas como él quiere.

Tras interminables horas de caminar en círculo el agotamiento me postró en mi lecho. Pasé allí muchos días y noches inmóvil, deseando estar muerto para escapar así a la voz incorpórea que no cesaba de insistir en que tomara una decisión. Cuando digo “días y noches” no se ha de tomar en un sentido literal, porque no había nada que me permitiera medir el tiempo por esta alternancia. La luz verde y difuminada que dañaba los ojos no cambiaba nunca. De tiempo en tiempo caía en un sueño obtuso, del que me despertaba la voz susurrante a la renovada tortura de la elección imposible. Entonces encontraba junto a mi lecho una mesita con comida y bebida sin que nunca descubriera cómo había llegado allí. Para mis necesidades disponía de un orinal que se vaciaba y limpiaba regularmente. A menudo me hacía el dormido con la esperanza de descubrir la puerta por la que se me prestaban tales atenciones para utilizarla en mi huida. Pero mis esfuerzos fueron en vano.

A pesar de que no me faltaba nada de lo necesario para vivir, mis fuerzas declinaban como la llama de una lámpara de aceite en una mazmorra sin aire. Mi pelo y mi barba se volvieron grises, mis ojos se cubrieron de un velo. Comencé a buscar señales misteriosas que me guiaran en mi elección. Por ejemplo, estudiaba el orden de los alimentos y las bebidas sobre la mesita para deducir de él algún posible mensaje. Hacía complicados cálculos con su posición, su número y su forma. Hasta me dediqué a analizar mis propios excrementos esperando encontrar en ellos una clave del destino. Toda superstición nace de la necesidad de tener que decidir sin la fuerza que se requiere para ello y por eso es obra del diablo.

Es evidente, o señor de todos los creyentes, que estos trucos no me ayudaban, pues lo que yo interpretaba como signos o avisos se anulaba por signos y avisos contrarios y al final me veía abocado a mi capricho al que sin la ayuda de Alá no podía arrancar una decisión. Me sucedía como al burro de Abu Ali Dhan , que murió de hambre entre dos montones de heno porque, atraído por ambos, no se decidía por ninguno. Yo no pasaba hambre y mis posibilidades de elección eran mayores, por lo cual mi situación resultaba todavía más penosa.

Durante mis repetidos paseos en círculo -una puerta y otra hacia la izquierda, una puerta y otra hacia la derecha- escuchaba atentamente la voz incorpórea para deducir de una ínfima inflexión en su tono qué puerta era la que debía o no debía abrir. Rogué, supliqué, gemí como un perro apaleado, me humillé de todas las maneras imaginables ante mi invisible carcelero (que en realidad no me retenía) para moverle a que aligerara un poquito la carga cada vez más insoportable de la decisión. Mi torturador, sin embargo, jugaba con mi debilidad.

-Escucha -dijo-, ya es demasiado tarde para tus súplicas. Aunque te ordenara que abrieras esta o aquella puerta tú tendrías que decidir por ti mismo si confiar o no en mí, si seguir o no mi consejo. Aunque estuviera dispuesto a aconsejarte no te podría ayudar.

-Al menos, inténtalo -le imploré.

-Bien, no quiero que digas que rehusé darte una oportunidad. Sigue andando hasta la puerta número 72.

Recorrí las puertas contando afanosamente. Al llegar a la número 72 me paré sin aliento.

-¿Es ésta? -articulé con dificultad.

-Has dado la vuelta por la izquierda -dijo la voz-, pero se trata de la número 72 girando por la derecha.

Corrí pues contando hacia atrás por el lado derecho hasta llegar al número uno; luego continué en la misma dirección contando hasta alcanzar el 72.

-¿Ésta? -pregunté.

-No -respondió la voz-. Te has olvidado del cero y has contado mal.

-No puede haber una puerta cero -protesté.

-¿Ah, no? -fue la respuesta-. ¿Quieres que te lo demuestre?

-¡No! ¡No!

-Entonces empieza de nuevo.

Como me había equivocado no podía ya encontrar con seguridad la primera puerta. ¿Había contado una de más o una de menos? La voz no quiso aclarármelo. Tuve la

convicción repentina de que había desperdiciado por ligereza la única indicación útil. Dispuse entre mis manos de un cabo de la solución y por descuido lo había dejado escapar. Lágrimas de rabia y de frustración me llenaron los ojos y golpeé muchas veces mi frente contra el suelo.

-¿Dónde debo empezar? -grité.

-Donde quieras -fue la respuesta.

-¡Pero tú me has dicho que salga por la puerta número 72!

-Yo no te he dicho eso. Te he aconsejado que siguieras andando hasta la puerta número 72. Podría haber dicho la número 28 o la número 3 para hacerte un favor. Pero no he dicho nada de abrir. Eso debes decidirlo tú.

Comprendí que el espíritu maligno jugaba conmigo y que iría muy lejos con su juego. Sin embargo, me sentía incapaz de maldecirle ya que no había hecho otra cosa que ceder a mis ruegos infantiles. A partir de ese momento guardé silencio y no contesté más a la voz que continuaba hablando sola.

No quiero cansar tus oídos, oh señor de todos los creyentes, ni agotar tu paciencia alargando el final de mi historia. El simple hecho de que hablo aquí, ante ti, demuestra que el Misericordioso, ¡alabado sea su Santo Nombre!, no había decidido abandonarme en aquel infausto lugar para siempre. Aún hoy no sé decir si fueron años, decenios, siglos, o únicamente un instante, los que pasé allí donde el tiempo no existe. Mi barba y mi pelo se habían vuelto blancos como la nieve, mi piel estaba arrugada y mi cuerpo viejo y decrepito, así como me ves ante ti, oh califa. Exhausto de la constante e insensata lucha contra las cadenas de mi libertad no esperaba ni temía ya nada, no deseaba ni huía de nada. La muerte me era tan grata como la vida, el honor no significaba más que la vergüenza, la riqueza me era tan indiferente como la pobreza. Era incapaz de la más mínima distinción, pues en aquella luz implacable todo lo que los hombres desean o temen me parecía un espejismo.

Mi interés por las puertas fue desvaneciéndose. Hacía mi ronda con intervalos cada vez mayores -puerta por puerta hacia la izquierda, puerta por puerta hacia la derecha-, hasta que renuncié por completo a mi paseo y apenas si dirigía una mirada a las puertas.

Así no me di cuenta de que se producía en ellas un cambio. Un buen día al despertarme descubrí que su número había disminuido. Utilicé de nuevo mi zapatilla, ahora gastada y vieja, como señal, y conté las puertas. Sólo había 84. Desde aquel momento repetí el recuento cada vez que me despertaba y siempre era menor el número de puertas. Nunca vi cómo desaparecían y nunca hallé en el muro huella alguna. Parecía como si las puertas desaparecidas no hubieran existido jamás.

Después de todo lo relatado, oh señor de todos los creyentes, pensarás quizá que una vez perdidos el temor y la esperanza me resultaría fácil levantarme y abrir una cualquiera de las puertas que quedaban, una cualquiera. Pero sucedió lo contrario. Como todo me daba igual, carecía de un motivo para decidir. Si al principio me había paralizado el miedo ante un desenlace incierto, ahora la indiferencia ante lo que pudiera acaecer me impedía hacer una elección.

Cuando por fin sólo quedaban dos puertas en los lados opuestos de la sala, constaté con un interés desinteresado que en el fondo venía a ser lo mismo escoger entre innumerables posibilidades desconocidas que entre dos. Ambas cosas eran imposibles. Cuando sólo quedaba una puerta reconocí que, lo quisiera o no, tenía que decidir si marcharme o quedarme.

Me quedé.

Al despertarme la vez siguiente ya no había puertas. El muro aparecía liso y blanco. La voz incorpórea calló. Un silencio total y eterno me rodeó. Estaba seguro de que a partir de aquel momento ya no se alteraría nada, que había alcanzado el definitivo estado de la exclusión de todos los mundos, de acá y de allá.

Entonces me tiré al suelo llorando y pronuncié estas palabras:

-Te doy las gracias, Misericordioso, Altísimo y Santísimo, por haberme curado del autoengaño y haberme quitado la carga de la falaz libertad. Ahora que ya no puedo ni debo elegir me resulta fácil renunciar para siempre a mi voluntad y someterme a tu santa voluntad sin protestar y sin pretender comprender. Si ha sido tu mano la que me ha conducido a esta cárcel y me ha encerrado para siempre entre los muros, lo acepto humildemente. Nosotros, los hombres, no sabemos permanecer en un lugar ni sabemos abandonarlo sin la gracia de la ceguera por la que nos guías. Renuncio para siempre a la falsedad del libre albedrío, pues es una serpiente que se devora a sí misma. La libertad total es la falta total de libertad. Todo el bien y toda la sabiduría están en Alá, el Todopoderoso y el Único y fuera de él no hay nada.

Caí en un estado parecido a la muerte, pero cuando al cabo de quién sabe cuánto tiempo volví en mí, me hallé como un mendigo ciego aquí, en la puerta de Bagdad, donde tú, oh señor de todos los creyentes, has escuchado hoy mi historia. Desde ese día llevo el nombre de Insh'allah y así me llama la gente” .

El califa contempló asombrado al mendigo y dijo:

-¡Extraordinario! ¡Verdaderamente extraordinario! Tu relato será escrito. Pídeme un regalo, que te concederé lo que desees.

El mendigo alzó sus ojos blancos como la leche hacia el señor de los creyentes y contestó con una sonrisa:

-Alá recompense tu generosidad, señor. Pero qué puedes regalarme si poseo lo más grande que puede poseer un hombre.

Cuando el califa oyó estas palabras se asombró aún más y estuvo callado un buen rato. Por fin dijo a su visir:

-Me parece que lo que a éste le ha sucedido ha sido por designio de Alá -alabado sea su nombre- para conducirlo a la única riqueza verdadera.

-También a mí me lo parece, señor -contestó el visir.

-Si esto es así -continuó el califa-, dime una cosa: cuando Iblís el Mentiroso declaró que la prisión de la libertad era el lugar del que estaba excluido el poder de Alá como una pompa de aire en el océano, ¿mentía o decía la verdad?

-Ni mentía ni decía la verdad, oh señor de todos los creyentes -respondió el visir.

-¿Cómo he de entenderlo? -preguntó el califa.

-Si realmente existe un lugar que no está lleno de la voluntad del Todopoderoso -dijo el visir-, únicamente existe por voluntad de éste. Pero por eso mismo su voluntad está en ese lugar, porque sin ella nada puede existir, y tampoco ese lugar. Su ausencia es su presencia. En la perfección del Altísimo no hay contradicción, aunque así le parezca al limitado espíritu humano. Por eso Iblís, el Confundidor, tiene que servirle y no existe sin él.

-Verdaderamente -exclamó el califa- Alá es Alá y Mahoma es su profeta.

Y se inclinó ante el mendigo y se alejó sin darle limosna.

Insh'allah sonrió.

LA LEYENDA DE INDICAVÍA

Hace mucho tiempo vivía en la ciudad de Augsburgo un rico comerciante llamado Nikolaus Hornleiper. Contaba ya más de cincuenta años de edad cuando su esposa murió como consecuencia de una epidemia que asoló todo el país.

El matrimonio no había tenido hijos y Hornleiper pensó que no quería dejar sin heredero su negocio, sus propiedades y su gran fortuna. Por eso, transcurrido el periodo de luto prescrito, se casó por segunda vez con una joven de apenas dieciocho años, hija de una distinguida familia de comerciantes de la ciudad.

Anna Katharina -así se llamaba la muchacha- no podía amar a un esposo tan viejo, aunque se esforzaba en obedecer su voluntad y la de sus padres. Sin embargo, cuanto más se esforzaba tanto más crecía en su corazón la aversión hacia su esposo, un hombre honrado pero grosero y violento, con explosiones de ira y la mano larga. Ella, por el contrario, tenía un carácter sensible y soñador, aficionado a todo lo bello y refinado, especialmente a la música de laúd que, en cambio, hacía a Nikolaus dormir y roncar a pierna suelta.

Poco a poco Anna Katharina fue perdiendo su interés por la vida. Se volvió silenciosa y dejó por completo de reír. Su voz tan agradable cuando cantaba se quebró y adquirió un tono áspero, avejentado. Su cuerpo adelgazó y se consumió. El único que conocía las causas de esta transformación era su confesor, pero a éste no se le ocurría nada mejor que reprenderla duramente y amenazarla con las penas del infierno por su pretendida soberbia, lo que desde luego no animaba a la pobre niña.

Entonces sucedió que quedó embarazada. En los meses siguientes su vientre creció y creció mientras el resto de su cuerpo se secaba. Cuando llegó la difícil hora que iba a ser su última aconteció algo extraordinario: sobre la ciudad de Augsburgo descargó una tormenta de invierno con rayos, nieve y truenos. En el preciso momento en que un poderoso rayo resquebrajaba el tilo que crecía delante de la casa, su primer y único hijo entraba en la vida, mientras ella cruzaba el umbral de la muerte hacia el otro mundo, pasando ambos, por así decir, por la misma puerta. ¿Quién excepto Dios conoce si sus dos almas no intercambiaron una mirada durante ese encuentro y el significado de esa mirada? Así, en todo caso, fue el nacimiento del niño que más tarde sería el inquieto aventurero y notorio charlatán Conde Atanasio de Arcana que, bajo el nombre de Indicavía -indicador de camino-, halló fin tan enigmático.

Nikolaus Hornleiper no sufrió mucho con la desaparición de su segunda esposa que siempre le había sido extraña, pero cumplió con todos los ritos que un cristiano honrado debe cumplir en estos casos. En el fondo estaba satisfecho de haber conseguido su objetivo y haber engendrado un heredero como se había propuesto al contraer matrimonio. Bautizó a su hijo con el nombre de Jerónimo y le dio un ama que le cuidara y criara. Por lo demás apenas se ocupó del pequeño. Sus negocios le absorbían por completo.

El ama, llamada Teresa, era una mujer de pueblo fornida y bonancible cuyo calor maternal hubiera bastado para diez o más niños. Ella lo regaló entero al pequeño Jerónimo, casi asfixiándole en él. Le llevaba consigo a todas partes y no le dejaba solo ni un instante, ya fuera de día o de noche. Le amamantaba con sus poderosos pechos

siempre que lo pedía, también cuando ya no tenía edad para ello. Sin embargo todo este amor no afectaba -incomprensiblemente a ojos de la mujer- a Jerónimo. El era diferente de todos los niños que ella había conocido. Desde el principio era un extraño sobre la tierra, inasequible a las demostraciones de cariño animal del ama, no porque las rechazara, sino porque estaba separado de ella por un espacio cósmico. Cuanto más se esforzaba la mujer en traspasar ese espacio vacío tanto más grande se volvía. El niño era difícil de amar y en ocasiones Teresa sintió -a su manera inarticulada- algo como respeto sagrado ante el pequeño.

Jerónimo, en efecto, era de una sensibilidad y una delicadeza angelicales, no sólo en el aspecto físico -más de una vez durante los primeros años su vida estuvo a punto de seguir a su madre a los cielos sin que los médicos reunidos pudieran constatar enfermedad alguna, como si el niño se negara simplemente a aceptar su existencia terrena-, sino sobre todo en el espiritual.

Casi nunca gritaba o lloraba como otros niños. Desde el comienzo le rodeó un aura de melancolía. Sus ojos brillaban con una tristeza inconsolable que Teresa no comprendía y que a veces la desesperaba. Entonces le zarandeaba para inmediatamente después abrazarle. Hay seres que sin saber bien por qué se sienten sin raíces en este mundo. Lo que los demás llaman realidad les parece un espejismo, un sueño confuso y a menudo angustioso. Se sienten condenados a vivir en este mundo como si se tratara de un exilio en tierra hostil. Con nostalgia incurable añoran otra realidad que creen recordar como una patria lejana, sin poder formular nada concreto sobre ella. Ésta era la condición en la que Jerónimo había entrado en la vida y que más tarde formaría el trasfondo de su existencia. Naturalmente ni la buena Teresa ni él eran conscientes de ello.

El niño creció y se convirtió en un muchacho de miembros finos, pero no perdió esa mirada extraña que parecía observar nuestro mundo desde otro muy lejano y que expresaba una pregunta permanente, o quizá una expectativa sin palabras. Esto y el hecho de que era muy callado indujeron a muchos a pensar que se trataba de un chico un poco retrasado. Compadecían al padre por tener tal heredero, pero sólo a sus espaldas. Nikolaus Hornleiper no se enteraba de nada. Los niños se mantenían alejados de Jerónimo, se burlaban de él o le tenían miedo. Acostumbraba, pues, a estar solo, pero al no conocer otra cosa lo aceptaba como parte de su enigmático exilio.

Con el tiempo la buena Teresa halló un camino hacia el corazón de su amado niño, más por azar que por designio. Aunque no sabía leer ni escribir -en aquella época estas artes no eran asequibles al pueblo llano- conocía una cantidad inagotable de historias sobre sucesos maravillosos, sobre elfos y enanos, ángeles y demonios, brujas y magos, espíritus y lugares encantados; en una palabra: le entretenía con lo que generalmente se define como cuentos de viejas. Y Jerónimo, antes siquiera de entender el sentido de las historias o de hablar de modo razonable, creció en un mundo de maravillas y misterios. Podríamos decir que aprendió a hablar con los cuentos.

Si Teresa era inagotable en historias, el muchacho era insaciable escuchándolas. Siempre estaba dispuesto y le rogaba que continuara, aunque hubiera oído el episodio cien veces y lo supiera ya de memoria. Sus ojos relucían al escuchar, como los de ella al narrar. Jerónimo deseaba intensamente descubrir aquel mundo en el que lo sobrenatural era cotidiano y lo maravilloso normal. Aquél era en realidad su universo, allí estaba su patria. No le cabía ninguna duda sobre la existencia de ese mundo y pensaba que se

encontraba envuelto en la realidad exterior como la castaña brillante en su cáscara de pinchos y que bastaba con conjurarlo. Su determinación se manifestó por primera vez cuando enfermó su perrito Rambold.

Teresa, desde luego, también le había contado todo lo que sabía de la vida de Nuestro Señor y Salvador, y especialmente sus milagros. Ambos estaban convencidos de que un verdadero cristiano creyente podía reconocer que poseía verdadera fe en su capacidad de hacer milagros parecidos, y aún mayores, en el nombre de Jesús, como éste mismo nos había enseñado. Jerónimo rezó pues con gran devoción, puso las manos sobre su perrito y rogó ingenuamente para que se curara. Pero Rambold exhaló su pequeña vida entre dolorosas convulsiones bajo las manos del niño.

A Teresa su muerte no le afectó demasiado. Enseguida halló mil razones para explicar por qué en este caso preciso no había dado resultado la oración, pero Jerónimo no pudo aceptarlo y su decepción fue profunda. En la iglesia había oído que la fe, aunque no sea más grande que un grano de mostaza, mueve montañas. Le inquietaba en sumo grado si su fe tendría algún defecto que explicara el fracaso de la curación milagrosa de Rambold y decidió analizar inmediatamente el posible defecto.

No se propuso una montaña -su expectativa se había vuelto más modesta-, pero detrás de la casa paterna había en el jardín un montón de arena con el que solía jugar. Pensó en mover ese montón; no muy lejos, se contentaba con unos pasos. Por la noche rezó en la cama en voz alta para que el Padre celestial le concediera esa pequeña muestra de amor. Para Dios Todopoderoso era una pequeñez, pero para él, Jerónimo, tenía gran importancia. A la mañana siguiente corrió lleno de esperanzadora alegría a la parte posterior de la casa. El montón de arena, incommovible, continuaba en su lugar.

Desde aquel momento Jerónimo se sumió en cavilaciones y todos los esfuerzos del amor distraerle fueron inútiles. Cogía en la cocina un grano de mostaza y lo contemplaba durante días. Su fe, y de eso estaba completamente seguro, era más grande, cien y mil veces más grande. ¿Por qué Dios no la aceptaba?

En su confusión se le ocurrió que debía demostrar al Señor lo grave que era su necesidad de un milagro. Un día en que el Lech iba con mucho agua salió a escondidas de su casa y se dirigió a la orilla del río. Con una barca fue hasta el centro de la corriente y pensando en Pedro que había dicho: “Señor, yo creo, ayuda a mi descreimiento”, saltó por encima del borde de la barca a la superficie espumeante de las aguas para caminar sobre ellas. Un remolino le arrastró al instante hacia las profundidades y se hubiera ahogado miserablemente de no ser porque unos pescadores, que lo habían observado todo desde cerca, le sacaron con rapidez.

Cuando le llevaron a casa y Teresa se enteró de lo sucedido, regañó a Jerónimo, le secó y le metió en la cama. En su fuero interno se sentía orgullosa de él y pensó que un niño que poseía tanta fe sería un día prelado o quizá Papa. De lo ocurrido no refirió nada al padre, Nikolaus Hornleiper, cuando éste regresó a casa tras un viaje de negocios.

El tiempo pasaba; Jerónimo contaba ya casi ocho años. Solía pasear solo por los bosques y campos cercanos a la ciudad y había renunciado a hacer él mismo algún milagro. Era evidente que no había sido elegido para ello, sólo Dios sabía por qué. Aún tenía la esperanza de encontrar en el bosque un gnomo que hablara con él y le regalara

un anillo mágico, o de poder observar cómo danzaban los elfos. Le habría consolado para el resto de su vida recordar este momento único. Pero no ocurrió nada semejante.

En una de sus excursiones le picó una serpiente venenosa. No se sabe si fue un accidente o si se expuso conscientemente al peligro para provocar a los habitantes del mundo fantástico y que éstos le salvaran o le dejaran morir. Quizá recordó las palabras del apóstol, según las cuales entre los dones de Dios a sus verdaderos hijos está el de ser inmunes a la mordedura de las serpientes venenosas. Atenazado por los dolores se arrastró hasta la casa de su padre, donde cayó al suelo sin sentido.

Esta vez no se pudo ocultar lo sucedido al padre. Los médicos que acudieron a su llamada no sabían qué hacer, ya que era demasiado tarde para abrir o limpiar la herida. Los antídotos recetados no surtieron efecto y, dada la delicada constitución del niño, todos se prepararon para lo peor.

Jerónimo pasó días y noches sumido en la fiebre, agitándose y gritando. Durante horas caía en la rigidez de la muerte. Hornleiper hizo venir a un sacerdote. Después de su visita el niño se sintió inesperadamente mejor, incluso recobró el sentido. Su primera frase fue para preguntar por Teresa.

-La he mandado marchar -dijo el padre- para siempre, y tan lejos que no volverás a verla.

-¿Por qué, mi señor padre?

-Porque la he interrogado y he descubierto que ella es la responsable de todas tus locuras y fantasías -dijo Hornleiper-, porque te ha llenado la cabeza con su palabrería sobre milagros y otras tonterías. Es cierto que no me he ocupado de ti, pero todo va a cambiar, hijito. Eres mi único heredero y has de ser un buen comerciante cuando me sucedas. Ya es hora de que conozcas la realidad de este mundo.

-No me gusta este mundo -replicó Jerónimo-. Siempre siento añoranza del otro.

-Escúchame bien, chico -le dijo Hornleiper impaciente-, no estamos en la tierra para jugar. Los milagros y las intervenciones del cielo son cosa de la religión. Nada tienen que ver con los libros de cuentas, ¡Dios nos libre! En los libros todo tiene que cuadrar, no lo olvides.

-¿Y lo que dice la Sagrada Escritura no debe cuadrar también?

-Desde luego que sí.

-Entonces ¿hay dos modos de cuadrar?

A Nikolaus Hornleiper se le subió la sangre a la cabeza. La vena de la ira se le hinchó y tuvo que hacer un esfuerzo para que no se le fuera la mano.

-Por última vez: olvida esas historias para viejas locas -dijo con voz ronca-. Te lo prohíbo y basta. Nuestro Señor dijo que bienaventurados son los que creen sin ver señales y milagros.

-Yo creo, señor padre.

-Entonces ¿por qué andas buscando cosas que no sirven para nada? Confórmate, hijo, con el mundo como es, ya que no tienes otro, y hazte un hombre y un comerciante honrado y respetado. Eso es suficiente para conseguir el cielo.

Jerónimo cerró los ojos y calló durante un rato. Su padre creyó que le había convencido, pero el muchacho sacudió la cabeza y susurró:

-No sé cómo decíroslo, padre, pero no puedo vivir así. Es como si tuviera que esperar y añorar eternamente un saludo cariñoso de mi verdadera patria, que me demostrara que allí no me han olvidado por completo mientras estoy aquí en el exilio.

Hornleiper dio un salto, apretó los puños y salió corriendo de la habitación del enfermo para no cometer el pecado de pegar a su hijo rebelde.

Al día siguiente contrató a un profesor para que enseñara a leer y escribir a Jerónimo y también le instruyera en sumar y restar, geografía y lengua italiana, ya que tendría que mantener relaciones comerciales con Génova y Venecia. Escogió un estudiante de teología, porque estaba seguro de que sabría curar a su alumno de toda fantasía y superstición. Su elección cayó en el estudiante Anton Egerling, uno de esos tipos que ya parecen viejos y reseco en plena juventud. Para Egerling la religión era sobre todo obediencia a una moral rígida y, por tanto, rechazaba cualquier cosa que fuera mística o magia. Por cierto que más adelante sería llamado para colaborar con el Santo Oficio en Roma, donde destacaría en la lucha contra las doctrinas heterodoxas. Durante los años siguientes Egerling enseñó al niño todo lo que le debía enseñar sin intercambiar nunca una palabra personal con él. Jerónimo era mal alumno. No porque fuera díscolo, al contrario, se esforzaba cuanto podía, pero siempre con la sensación de estar comiendo paja. Rumiaba y rumiaba e intentaba tragar aquella paja que se le atravesaba en la garganta. Egerling hacía gala de una paciencia indiferente. Sin regañar a su pupilo, con rostro impávido volvía a explicar un capítulo, una y otra vez, como se enseña a un animal tozudo hasta que mecánicamente hace lo que se le exige. Jerónimo no ganaba nada con este método, sólo perdía algo: su capacidad de soñar. Como un hambriento que sueña con pan sin poder saciarse con él, el niño solía satisfacer su ansia de maravillas durante el sueño nocturno, del que despertaba con las manos vacías. Ahora hasta este dudoso consuelo le estaba negado.

A los quince años Jerónimo tuvo su primera aventura amorosa con la hija de unos vecinos, una niña amable de sentimientos más bien domésticos. Como el muchacho persistía en la búsqueda secreta de algo maravilloso y no lo descubrió en ella, la historia, completamente virginal, terminó en desengaño recíproco y Jerónimo se encerró aún más en sí mismo.

Acababa de cumplir los diecisiete años cuando su padre, el viejo Nikolaus Hornleiper, murió de repente de una fiebre, breve y furiosa. De la noche a la mañana Jerónimo se vio convertido en el heredero de una gran fortuna. Muchas casas comerciales en Alemania, Génova y Venecia le ofrecieron el matrimonio con sus hijas para afianzar con lazos familiares el poder económico compartido. Pero Jerónimo no se mostró interesado. Pasó un año y sucedió algo que conmocionó a todo Augsburgo. Jerónimo

declaró públicamente que renunciaba a la herencia paterna, y sin preocuparse lo más mínimo del patrimonio desapareció de la ciudad en plena noche, sin más equipaje que lo que llevaba puesto. Todos los esfuerzos de la magistratura y de los empleados de su padre por encontrarle fueron vanos.

Ocurrió así:

Pocos días antes de su desaparición, había llegado a la ciudad un grupo de saltimbanquis que daban sus representaciones en la plaza mayor. Entre los acróbatas, payasos y devoradores de fuego llamaba especialmente la atención un mago y curandero que llevaba a cabo milagros increíbles y nunca vistos. Viajaba en un carromato negro y alto, en forma de cajón, tirado por dos caballos negros, que le servía de escenario, laboratorio, dormitorio y almacén para sus instrumentos mágicos. La noticia de sus portentos llegó también a Jerónimo, que se dirigió inmediatamente al lugar de la función.

El doctor Tutto Eniente -nombre que puede traducirse como “Todo y Nada” o “Todo es Nada”- era un hombre pequeño y resumido con el rostro surcado por innumerables arrugas y pliegues en el que relucía un par de ojos vivaces y burlones, y que poseía unas manos muy finas y ágiles. Se cubría el cráneo pelado con una extraña gorra de cuero y llevaba un amplio manto de terciopelo azul oscuro, bordado con símbolos desconocidos. Su voz tenía un timbre sorprendentemente sonoro que llegaba muy lejos, y en su conversación mezclaba frases en alemán y en italiano, ya que, según decía, procedía de la punta más extrema del país de la bota, la patria de la Fata Morgana.

Con expectación y excitación crecientes Jerónimo acudió a todas las representaciones de Tutto Eniente, observando con la respiración contenida cómo éste devolvía la vida a unas palomas muertas gracias a un elixir mágico, convertía agua en vino y piedras en pan, lograba que brotara una fuente del suelo con sólo golpearlo con su bastón, descendía del alero de la iglesia sin rozar ni una piedra con sus pies o se cortaba una oreja y se la volvía a pegar con ayuda de un unguento milagroso. Sus artes parecían inagotables. Se hacía traer un pescado del mercado y encontraba en su interior una moneda como había anticipado. Conseguía que de una semilla creciera en breve tiempo un arbolito. Predecía a la gente su futuro que leía en el curso de las estrellas o en las líneas de sus manos y ordenaba aparecer y hablar a los espíritus de los muertos. También vendía elixires y pócimas, polvos y amuletos y otros objetos raros que utilizaba en sus sesiones de magia.

Por su profesión Tutto Eniente estaba acostumbrado a observar detenidamente a cada uno de sus espectadores sin que éstos se dieran cuenta. El joven que se instalaba en la primera fila en todas las funciones y en ciertos momentos parecía a punto de desmayarse no le había pasado desapercibido. El mago que maravillaba a la gente hacía tiempo que no se maravillaba de nada. No le sorprendió, por tanto, que tras la función de su última noche en la ciudad se le acercara aquel joven y le rogara con insistencia que le permitiera marchar con él en calidad de discípulo. El ofrecimiento le venía como anillo al dedo, ya que para algunos de sus números necesitaba un ayudante y la que había sido hasta entonces su colaboradora, una joven francesa, se había escapado con un amante y él se había visto obligado a prescindir en su programa de sus números más espectaculares. Aceptó pues sin más y le dijo a Jerónimo que había venido a Augsburgo

únicamente por él, ya que sus estudios cabalísticos le habían augurado que en esta ciudad hallaría un discípulo y un compañero de viaje.

Así fue como esa noche Jerónimo renunció para siempre no sólo a la herencia paterna, sino también a su nombre y a toda su anterior existencia para abandonar de madrugada definitivamente el lugar de su nacimiento. En Augsburgo se le dio por muerto o desaparecido y la fortuna de Hornleiper fue adjudicada a un pariente lejano que al carecer por completo de espíritu comercial la despachó en poco tiempo.

En los años que siguieron Jerónimo viajó con el doctor Tutto Eniente por los países de Europa bajo el nombre de “il Matto”, que significaba tanto como “el bufón” o “el loco”. El maestro se lo había dado con buen criterio, ya que era éste el papel que interpretaba en las funciones. En ellas era el personaje torpe al que todo le sale mal hasta que el sabio doctor interviene y lo arregla; era la víctima que temblaba de miedo; era el criado pícaro que recibe los palos, naturalmente sólo para divertir al público y dar realce a Tutto Eniente.

A menudo viajaban solos con su carromato de pueblo en pueblo y de feria en feria, pero a veces se unían a otros grupos de saltimbanquis y titiriteros. Tutto Eniente, como hombre práctico que era, aprovechaba esas ocasiones para que su pupilo, cuya inocencia infantil no le había pasado por alto, fuera introducido por las damas adecuadas en los misterios del amor carnal, que como es de suponer no era precisamente melindroso y, aún menos, maravilloso. Si Matto había abrigado alguna tierna esperanza de satisfacer su deseo de misterio y magia en este terreno, pronto sus ilusiones se redujeron a un miserable montón de cenizas.

Hubo otra iniciación, también inevitable, y aunque se realizó paso a paso Jerónimo la sintió como todavía más decepcionante. Tutto Eniente necesitaba la colaboración experta de su ayudante y tuvo que descubrirle cómo y por qué medios obtenía sus milagros. Paulatinamente le fue enseñando sus trucos y juegos de manos. Matto aprendía sin decir nada y pronto se reveló como un talento excepcional. Al cabo de tres años no sólo era igual a su maestro, sino que en algunas especialidades le superaba. El viejo charlatán estaba muy satisfecho de él, convencido de haber encontrado un sucesor digno de su arte. Se sentía orgulloso como de un hijo que, si bien no le debía la vida, tenía mucho que agradecer a su fuerza creativa. Presentía Tutto Eniente que se acercaba el fin de su largo viaje por la tierra y que pronto debería ceder su varita mágica a otro. Por eso observaba con preocupación al joven cuando éste, creyéndose solo, permanecía inmóvil y con mirada fija durante horas.

Una tarde un fuerte temporal les obligó a buscar refugio para pasar la noche en un pajar, junto al camino. Allí el viejo le preguntó:

-Figliolo mio, dimmi un po', ¿qué esperabas cuando te uniste a mí?

-¿Qué queréis decir, maestro?

-¿Creías de verdad que yo hacía milagros?

Matto guardó silencio un rato y reflexionó. Luego se encogió de hombros con resignación.

-Ya no recuerdo lo que esperaba. Tampoco sé lo que espero todavía.

-Ascoltami, Matto, escúchame, Matto. Tú y yo somos artistas, siamo artisti, ecco. Un artista no debe creer en milagros porque entonces no puede hacerlos. El que cree en portentos nunca ser un verdadero artista, mai e poi mai!

Matto callaba. El viejo insistió:

-¿No lo comprendes? Nuestro oficio es la mentira, la ilusión. El arte es eso. Un pintor pinta un cuadro, la gente lo admira con emoción y a veces paga mucho dinero por él, pero en realidad ¿qué es ese cuadro? Un trozo de lienzo y un poco de color. Todo lo demás no existe. Non esiste! E soltanto una illusione! Un actor hace que los espectadores rían o lloren, ma tutto e finto! Los grandes escritores narran interminables historias que nunca acaecieron y nunca acaecerán. Es todo mentira, ecco! Y ¿por qué no? El mundo desea ser engañado, querido Matto. Hay buenos y malos embaucadores, y un buen artista -un vero artista- ha de ser un maestro de la mentira. Ha de convencer a la gente de que se halla ante una verdadera maravilla. Así lo desean y nosotros, Matto, les damos lo que piden. Sabemos cómo hacerlo. Eso es todo.

-Entonces ¿no existen los verdaderos milagros? -preguntó el muchacho.

-Ragazzo -dijo el viejo con un suspiro-, tengo tres veces tus años y he dado muchas vueltas por el mundo, ho girato il mondo. He oído hablar de santos que al decir la misa levitan de puro entusiasmo, portroppo, desgraciadamente cuando iba a cerciorarme de ello no sucedía nada. Otros curaban imponiendo las manos, pero a los tres días los enfermos morían, poveracci. He oído hablar de famosos alquimistas que transformaban el plomo en oro gracias a un polvo rojo, la pietra filosofale, pero he ido a verlo y he descubierto que se trataba de un truco que yo dominaba mejor que ellos. En Oriente, adonde también he viajado, he oído hablar de grandes maestros de la ciencia oculta. Sono andato a cercarli, he ido a visitarles y han hablado y hablado, han explicado el mundo, il cielo e la terra, y han predicado la fraternidad, quei santoni lì, la paciencia y el amor fraterno, pero entre sí estaban a la greña, discutían como verduleras e intrigaban como cortesanos, e perché? Porque cada uno de ellos quería ser el verdadero profeta y el más iniciado de todos los iniciados. He hablado con profetas que según decían habían pronosticado los acontecimientos hasta ese momento con toda exactitud, porque Dios en persona o la madonna santa les había revelado lo que sucedería al día siguiente o cuándo se hundiría el mundo o llegaría el Día del Juicio, il giudizio universale. Ellos mismos se lo creían, sí, ci credevano davvero! Y sus seguidores también, incluso se preparaban concienzudamente para lo que pudiera venir. Pero il mondo gira ancora, el mundo sigue dando vueltas. Dios, según parece, lo ha pensado mejor y no ha sucedido nada especial. No, querido Matto, no hay portentos, excepto los que nosotros mismos hacemos, ecco.

-¿Y Jesús? -preguntó Matto en voz baja-. ¿No le respetáis siquiera a él, maestro?

Tutto Eniente rió astutamente.

-Come no! -exclamó-, ma si che lo rispetto, anzi! Lo ammiro, e il nostro collega piu grande, le admiro professionalmente. La imitatio Christi es mi ideal. Era uno de los

nuestros, pertenecía al gremio. Figurati un po': Primero anuncia lo que va a representar, como nosotros. Dice que le crucificarán y luego sepultarán, que entonces Él resucitará y andar por ahí hasta que ascienda al cielo. Al poco tiempo lo representa, como hacemos nosotros. Per Bacco, che programma, ragazzo! Daría mucho por saber cómo lo hizo. Con razón es famoso en todo el mundo por ese truco. Le admiro; ¡qué profesionalidad!

Matto empalideció al oír hablar así a su maestro. Lentamente volvió el rostro hacia el viejo prestidigitador y le preguntó con voz entrecortada:

-¿No creéis en Dios?

-No -dijo secamente el viejo-. Yo no, pero supongamos que Dios existe, ¿y qué? No se manifiesta, il padre eterno, hace como si no existiera. Guarda silencio. Es invisible. Parece empeñado en que nos las arreglemos sin él. E chi sono io?, ¿quién soy yo para contradecirle? Si él hace como si no existiera, yo hago lo mismo. Insomma, si esiste o no, che differenza fa? Per noi poveri mortali e lo stesso. Poco nos importa, dunque...

-Entonces ¿qué sentido tiene todo?

-E che ne so io, y yo qué sé. Tampoco me importa demasiado. Puedo vivir sin ese sentido. Porque si hay un sentido que sólo él conoce, ¿de bien poco nos sirve! Y si no lo hay, ¿para qué darle más vueltas? No, no, Matto, date por satisfecho y deja de buscar milagros. El azar nos coloca en este mundo y por azar salimos de él. Entremedias disponemos de tiempo para un poco de ilusionismo. Algunos quieren ser ricos, otros buscan el poder o cualquier otra cosa. Los ignorantes se hacen ilusiones, los sabios crean ilusiones para los demás. Ecco la differenza! E ti dico una cosa: sin esperanza y sin conciencia se vive mejor. Allora, buttale via! ¡Deshazte de ellas!

Tras esta conversación se produjo un cambio en Matto. La tristeza nunca le había abandonado en su vida, a veces había pasado a un segundo plano pero siempre le había acompañado a todas partes. Ahora, a medida que recapacitaba más sobre las palabras de Tutto Eniente, su tristeza iba disminuyendo. Se sentía ligero y desnudo como nunca. Inexperto como era en estas cosas, pensó que aquello se trataba de la liviandad de la libertad. En realidad se trataba de la liviandad del vacío.

Pocos meses después murió el viejo curandero en un camastro de paja, en el rincón de una miserable posada, a consecuencia de una herida que le hicieron unos soldados saqueadores, pues en aquella región había guerra. Sus propias pócimas mágicas le sirvieron de muy poco en el trance. Matto no lloró su muerte, ni siquiera le enterró; siguió su camino solo. Como se había despojado de la esperanza y de la conciencia y no buscaba ya el sentido de la vida, no miraba hacia atrás ni hacia delante, vivía al día. Quizá por eso su estrella de charlatán inició a partir de ese momento un ascenso imparable.

Para empezar cambio de nuevo su nombre. Se hizo llamar Conde Atanasio de Arcana y expandió la especie de que tenía más de trescientos cincuenta años y se hallaba en posesión del elixir de la vida. Por su propia y ya periclitada ansia de portentos sabía mejor que nadie con qué seducir a los hombres. Perfeccionó los conocimientos heredados del viejo maestro y pronto le superó en todos los sentidos. A donde quiera que llegara no perdía ocasión de aumentar su saber. Si oía de milagrosos y magos con

habilidades desconocidas para él, les seguía de incógnito, asistía a sus actuaciones y obtenía acceso a sus aparatos y los estudiaba hasta desentrañar su secreto. Después creaba algo mejor. A veces les compraba su truco por mucho dinero, que nunca le faltaba.

Ya no iba de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad, sino que acudía a las mansiones de los nobles y poderosos, incluso a los palacios de los príncipes y soberanos, para divertirles con su arte. El rey de Polonia dio una fiesta en honor del Conde de Arcana y el sultán de Constantinopla quiso, con total seriedad, nombrarle ministro de Finanzas para que le saneara por medio de la magia y de una vez por todas su economía. En Egipto se fundó una secta que le veneraba como a Hermes Trismegisto redivivo, y en España estuvo a punto de arder en la hoguera como nigromante si no fuera porque reveló algunos de sus mejores números mágicos al Cardenal Gran Inquisidor, que luego los mostraba a sus selectos invitados.

El aura de melancolía sombría e intocable que rodeaba al Conde de Arcana le daba, por cierto, mucho atractivo ante las damas, especialmente las de alcurnia, quizá porque no parecía interesarse por sus favores. Como acostumbraba a tratarse a sí mismo, a su persona, con una especie de fría indiferencia, incluso de descuido, se entregaba a todas las seducciones sin preguntarse si le conducían a aventuras inofensivas o peligrosas, o si éstas eran de carácter sentimental o pecaminoso. Sabía, sin embargo, desembarazarse hábilmente de cualquier relación seria. Este periodo de fama y gloria crecientes le duró hasta que cumplió los cuarenta y dos años, y en pocas crónicas de esos decenios está ausente el nombre del Conde Atanasio de Arcana, casi siempre en conexión con algún asunto escandaloso.

Ignoramos en qué país le acaeció el suceso siguiente, que dio a su vida un giro inesperado. Es de suponer que huía de un marido engañado o de un hombre burlado cuando se perdió irremediamente en un paraje rocoso. Dejaremos a cada lector decidir si el acontecimiento que aquí le esperaba pertenece al plano externo de la realidad terrena o, por el contrario, al plano superior del sueño visionario en un estado de vigilia exaltada. En cualquier caso, el Conde Atanasio de Arcana lo vivió con fuerza y precisión hasta entonces para él desconocidas.

Sería hacia el anochecer cuando se encontró de repente ante una muralla ciclópea de gran altura, que se extendía hacia ambos lados sin fin visible. Tras caminar al pie del muro durante un tiempo llegó a una imponente puerta que parecía hecha de un extraño metal azulado, nunca visto. Las hojas cerradas estaban decoradas ricamente con escenas y figuras. Sobre el arco que cerraba la puerta en su parte superior se distinguían unas frases que Atanasio leyó al mismo tiempo que las oía resonar en su interior como una voz, a pesar de que el silencio era absoluto:

Ésta es la puerta
hacia el Mundo de los Verdaderos Milagros.
El que sea puro de corazón
que entre.

Inmóvil, Atanasio leyó una y otra vez la inscripción. Su espíritu se negaba a aceptar su significado, pero poco a poco penetró en su conciencia como un fuego devorador en el que su identidad quimérica ardió como un muñeco de paja. La nostalgia y la añoranza

desesperadas de su infancia, que creía superadas, brotaron con dolor y triple fuerza desde las profundidades de su alma y le atenazaron el corazón.

Por fin había encontrado lo que había buscado durante toda su vida, aunque era demasiado tarde. Quiso acercarse a la puerta para llamar y pedir entrada, pero en el mismo momento le asaltó un miedo terrible que literalmente le paralizó. No podía mover ni un músculo; el sudor le corría por el rostro. Sabía que detrás de aquella puerta le aguardaba lo desconocido, a lo que debería entregarse pese a que su yo diminuto estallara en millones de átomos. Sabía que no podría seguir viviendo si cruzaba aquel umbral. También sabía que le faltaba valor para hacerlo. Era indigno. Había perdido para siempre el derecho de entrada en su patria.

Tampoco podía marcharse. Estaba clavado en aquel lugar, inmóvil como la mosca en el ámbar. Y así continuó toda la noche y el día siguiente.

Intuía con gran claridad que en este lugar carecía de importancia si había robado, mentido o engañado. Aunque hubiera matado, habría sido posible “ser puro de corazón” en el sentido de la inscripción. Pero él había traicionado y vendido su propia y profunda fe en lo maravilloso, y eso se consideraba un pecado contra el espíritu de aquel reino que no le sería perdonado porque él mismo no se lo perdonaba. Había cambiado el derecho de primogenitura de ser ciudadano de aquel mundo por el plato de lentejas de una fama y una riqueza dudosas en una realidad externa dudosa. Así como en su día había sido un extraño en este lado del umbral, ahora era un proscrito en el otro lado, y para siempre. Cualquiera que llegara ante esta puerta guiado por el destino podría entrar por ella sin dudar, pero él no. La entrada le estaba vedada sin remedio.

Cuando la noche siguiente cayó sobre el bosque, Atanasio dio la espalda a la puerta y se alejó. En su caminar aquella noche de luna clara grabó en su memoria cada roca extraña, cada árbol destacado y dibujó el curso de su camino con tinta indeleble en su mente. No lo hizo con la intención de volver un día, sino para ayudar a otros, más dignos que él y que buscaban como él había buscado, a encontrar la puerta hacia el Mundo de los Verdaderos Milagros. Así su vida no se habría perdido por completo. Tras siete días y siete noches regresó, medio muerto por las penalidades y con los vestidos rotos, al mundo de los hombres. Como todavía le quedaba un poco de dinero, un posadero le recogió y le dio una habitación. Allí pasó casi un mes enfermo.

Durante este tiempo le obsesionó la idea de que la humanidad era una cadena infinita que unía al cielo con la tierra. Ningún eslabón de la cadena tenía valor en sí mismo, sino que servía a un conjunto en conexión con los demás. Los eslabones situados más arriba no tenían mayor importancia que los situados más abajo. Todos eran igualmente valiosos, fuera cual fuera su posición. Esta idea le proporcionó consuelo.

Después de su restablecimiento escogió un nuevo nombre, pues el que llevaba había ardidado con su antigua existencia. Ahora se llamaba Indicavía, es decir, “indicador de camino”.

A las gentes que le preguntaban por el significado de su nombre se lo solía explicar con estas palabras: un indicador de camino no es más que un trozo de madera sin valor propio, carcomido por la intemperie. Él mismo no sabe leer lo que pone en él, y si supiera no lo entendería. Tampoco puede caminar hacia donde indica, al contrario, su

objeto es quedarse donde está. Este lugar puede encontrarse en cualquier sitio, excepto allí hacia donde indica. Ése es el único lugar donde estaría de más y carecería de sentido. Y precisamente por no estar en el lugar hacia donde indica es útil al que busca el camino hacia allá.

Las gentes sacudían la cabeza ante explicación tan confusa y la tomaban por una mistificación.

Resumió su antigua profesión con el nombre de Indicavía, ya que no tenía otra, pero la enfocó de manera diferente. Ahora no utilizaba sus conocimientos para convencer a su público de que poseía dones sobrenaturales y que realizaba verdaderos milagros. En cada función aclaraba que todo lo que mostraba no era más que habilidad y juego, que tenía explicación natural y servía exclusivamente para divertir. Pronto se dio cuenta de que perdía el favor y el interés de sus espectadores. Tutto Eniente había estado en lo cierto cuando le advirtió que los hombres deseaban ser engañados. Ni los nobles ni el pueblo se interesaban por sus trucos explicables. Cuando Indicavía les dijo que sus habilidades eran sólo una alusión al Mundo de los Verdaderos Milagros, a cuyo umbral había llegado y cuyo camino describiría al que buscara seriamente, se burlaron de él e incluso le dieron de palos. Su única verdad pasaba por ser una mentira.

Desde aquel momento Indacavía dejó de hablar de su secreto y se limitó a proclamar que su arte era pura ilusión. Así fue de feria en feria, de taberna en taberna. El público ya no daba mucho por verle, pero aún era suficiente para vivir. En los años siguientes Indicavía desarrolló un olfato certero para las “almas sin patria”, cómo él las llamaba, en recuerdo de su infancia y juventud. Dentro de estas “almas sin patria” no establecía distinción alguna entre prostitutas e hijas de burgueses, nobles y vagabundos, sabios y pobres diablos. No pretendía juzgar la madurez interior o la dignidad de los demás, ya que sabía que en el Mundo de los Verdaderos Milagros regían distintas leyes que en éste. Halló ocasión de hablar en secreto con varias de estas “almas” y de mostrarles el camino hacia aquella puerta. Algunas no dudaron en ponerse en marcha.

El tiempo, como es sabido, no sólo cura las heridas sino que también nos arrebató la realidad de nuestros recuerdos. Cuantos más años pasaban tanto más dudaba Indicavía de haberse hallado alguna vez delante de aquella misteriosa puerta. Se defendía como podía de las dudas, pero éstas le asaltaban con mayor frecuencia. Se preguntaba si aquel episodio no sería el producto de su propio deseo, ansioso de que existiese en algún lugar un mundo maravilloso. Cuando hablaba con cualquier curioso y le mostraba el camino hacia allá, le parecía que en el fondo estaba recordando sólo sus anteriores relatos. Día a día aumentaba su desprecio de sí mismo.

Nunca volvió a ver a la mayoría de los que le pidieron información. Supuso que habrían encontrado con su ayuda el camino hacia el Mundo de los Verdaderos Milagros y se agarraba a esta idea como un naufrago a la tabla salvadora. Años más tarde halló a uno de estos viajeros en un burdel de un puerto holandés. En su deformada patrona reconoció a una muchacha, antaño angelicalmente bella e inocente, a la que había confiado su secreto. Ella le contó que no había descubierto la puerta en el lugar por él descrito. Le tachó de mentiroso y le hizo responsable de su terrible destino. El viaje que él le había propuesto la había conducido a la desgracia.

A partir de entonces el espíritu de Indicavía empezó a desvariar. La única justificación de su vida absurda había sido su modesto papel de indicador de camino y ahora se demostraba que era una ilusión más. Ya no le quedaba nada. Realidad y apariencia, verdad y mentira, Dios y mundo, todo era un juego de ilusiones, un confuso sueño que nadie soñaba. En medio de este laberinto se hallaba él, un indicador de camino sin dirección.

Enmudeció definitivamente como si hubiera perdido el habla. Las palabras le repugnaban y se esforzó en no pensar. El poco dinero que poseía lo gastó bebiendo en tugurios de maleantes y cuando estaba completamente borracho se reía del vacío del mundo. A veces sus compañeros de taberna le animaban a que les mostrara su arte, pero él sacudía con obstinación la cabeza. No merecía la pena añadir al fraude y al sueño de la existencia su pequeña mentira personal para entretenimiento de canallas. Su cuerpo empezó a resentirse de los excesos y su cabeza se embotó. Perdió la habilidad adquirida en largos años de ejercicio. Pero no le importó. No se sentía capaz de desear nada. Se dejó caer y cayó muy bajo. Nadie hubiera reconocido en aquel miserable fante, que andaba tirado por las alcantarillas o pedía limosna en las posadas, al tan celebrado Conde Atanasio de Arcana.

Al no tener ninguna meta no se fijaba en el camino, y así sucedió que sin quererlo entró en aquel lugar salvaje en el que hacía mucho tiempo había visto la puerta que conducía al Mundo de los Verdaderos Milagros. Pero la puerta ya no estaba allí.

Una tormenta oscurecía el cielo y pronto comenzó a llover con fuerza. Un rayo cayó a los pies de Indicavía y permaneció fijo a pocos pasos de él. Aterrado abrió los ojos y entonces descubrió que el rayo no era otra cosa que una rendija en la puerta hacia el Mundo de los Verdaderos Milagros, cuyas hojas se habían entreabierto y dejaban salir una luz maravillosa, nunca vista, que iluminaba el paisaje.

Leyó otra vez la inscripción sobre la puerta y no se atrevió a entrar: ahora menos que entonces. Se limitó a mirar con profunda añoranza la claridad: un sollozo breve y seco le sacudió. De pronto oyó hablar a la luz.

-¿Por qué nos has hecho esperar tanto? Amigo, ¿por qué no has venido si te hemos llamado?

Indicavía notó que la luz le miraba y que le traspasaba por completo. Con labios temblorosos respondió:

-¿Cómo podía entrar, si era del todo indigno?

Apenas terminó la frase rodó hacia atrás entre relámpagos y truenos. ¡Tan fuerte fue la bofetada que recibió! Permaneció en el suelo con las piernas estiradas. Se frotó la mejilla y se preguntó sorprendido por qué no notaba dolor. No había sido más que una saludable conmoción que le hizo centrar su interior y sentirse mejor, rejuvenecido. A pesar de ello, dijo:

-Si he pecado de soberbio os ruego que me lo digáis. Si no es así, ¿por qué me castigáis con tanta fuerza?

Como respuesta escuchó una carcajada tenue, ni burlona ni divertida, más bien consoladora, como si alguien le tomara en brazos y le acunara suavemente.

-Te reconvenimos -dijo la luz- por pretender juzgarte a ti mismo.

Esto confundió de manera profunda a Indicavía. Si tenía alguna buena cualidad era precisamente su capacidad de juzgarse y su rigor en este único punto. Si ahora resultaba ser también un defecto, entonces no entendía nada. Pero no cabía duda de que la luz a la que se dirigía como a una persona le había corregido con una bofetada, lo cual él aceptaba.

Se puso en pie y con pasos vacilantes se acercó a la puerta.

-No es necesario -dijo- que me rechacéis con tanta severidad, ya que no tengo la intención de cruzar el umbral sin permiso. Tus razones y las mías serán muy diferentes, pero estamos de acuerdo en que no hay lugar para mí ahí, al otro lado. He mostrado el camino hasta aquí a otros y me gustaría saber si han encontrado la puerta y si la han traspasado.

De nuevo rodó por el suelo entre relámpagos y truenos hasta caer sentado. Se frotó la otra mejilla, aunque tampoco le dolía esta vez.

-¿Otra bofetada? -se atrevió a murmurar.

-Por creer que necesitamos tu ayuda para llamar a quien nos plazca -dijo la luz.

Indicavía comprendió entonces que ante la luz no se dirimían cuestiones de culpabilidad de méritos. Frente a lo completamente diferente no existían estas minucias. Se volvió a poner en pie, dio unos pasos y preguntó:

-¿Quién eres? -alzó automáticamente el brazo, en espera de una tercera bofetada, pero ésta no se materializó.

-Yo -dijo la luz- soy tú. ¡Y ahora entra!

Indicavía se inclinó profundamente y cruzó el umbral.

El rayo se apagó.

En este punto se pierden las huellas de Indicavía. Se desconoce si más tarde reapareció, con otro nombre y otra vida, en el mundo de los hombres o si aquel momento fue el de su muerte. La diferencia no es importante. En cualquier caso regresó a los orígenes de su existencia terrenal, pues dicen que el primer rayo y el último fueron el mismo. Hay instantes que dominan verticales e inmóviles la corriente del tiempo que fluye debajo de ellos. Si estos instantes son la puerta al Mundo de los Verdaderos Milagros, tras la cual se halla lo totalmente diferente, entonces aquí acaba la persona de Jerónimo Hornleiper, alias Matto, alias Conde Atanasio de Arcana, alias Indicavía. Y también acaba este cuento.